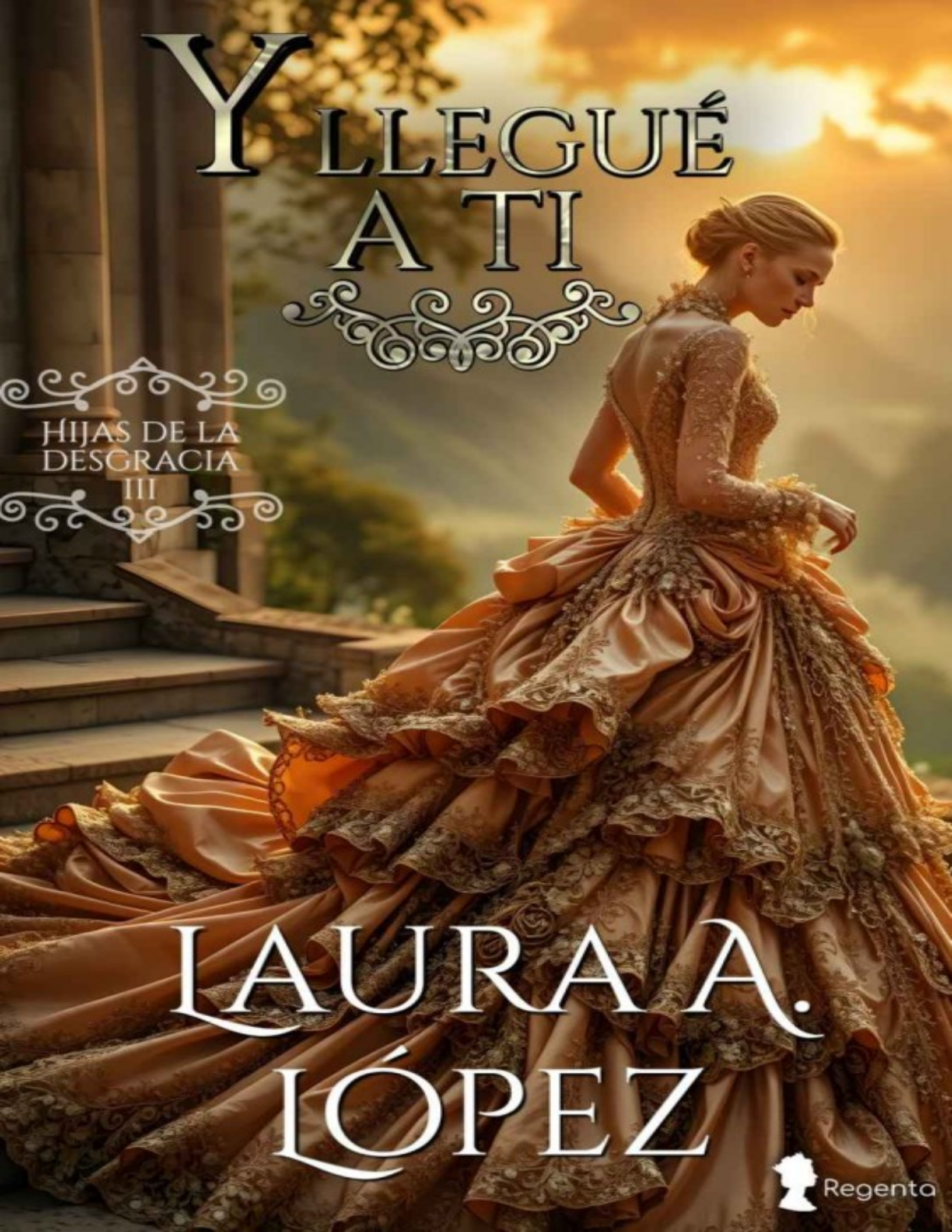
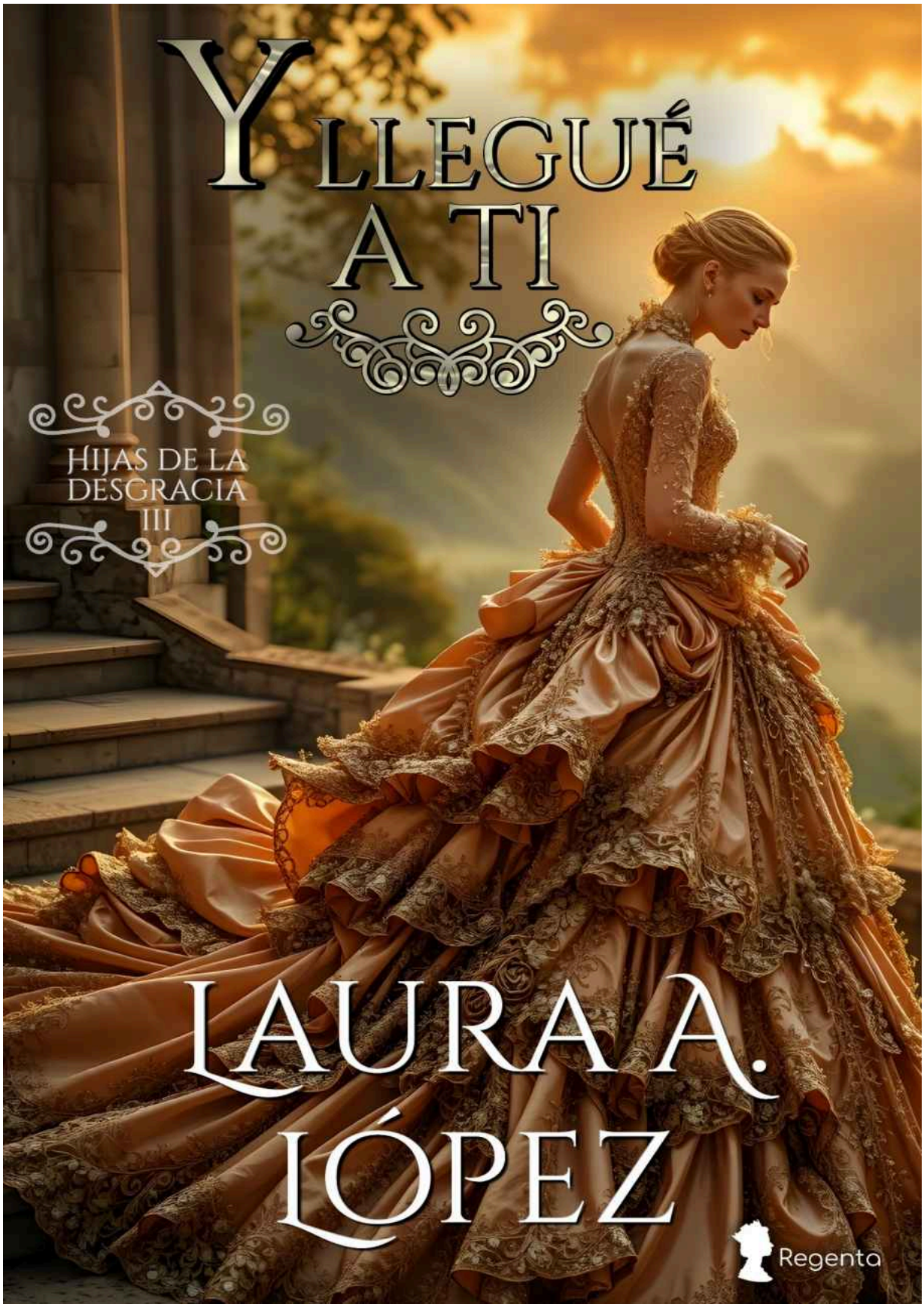

Y LLEGUÉ A TI
HIJAS DE LA DESGRACIA III
LAURA A. LÓPEZ
Regenta


Y LLEGUÉ A TI
HIJAS DE LA DESGRACIA III
LAURA A. LÓPEZ
Regenta

Y llegué a ti

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

IMAGEN: PIXABAY



Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Final
Continúa con la serie Hijas de la desgracia
Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó No me convencerás, podría gustarte…
Biografía

Capítulo 1

Ese día era como otros que se tomaba cada cierto tiempo para reflexionar sobre su vida. Con dos hermanas casadas, un sobrino hermoso y sus hermanos esperando entrar a la guillotina del matrimonio, lady Primrose esperaba regresar con la mente abierta a diferentes escenarios para su próxima presentación. Una visita a su tía, lady Eloise Morrison, condesa de Riverside, que vivía en Yorkshire en compañía de su esposo. Su hijo, de la edad de William, prefería los viajes a quedarse en el campo, mientras sus padres no querían saber nada de Londres. Eran más felices lejos de las apariencias y el escándalo.

Lily, William y ella solían visitarlos una vez al año, a veces juntos y otras separados. Todo fuese por mantener a la familia unida. Sus padres habían muerto, pero no había razones para olvidar sus raíces. Eran queridos y siempre bien recibidos cuando iban.

—Nosotros te llevaremos hasta la casa de nuestros tíos y regresaremos a por ti en un mes —dijo William que miraba cómo subían sus baúles al carruaje.

—¿Por qué no van conmigo? —preguntó Primrose, curiosa.

—Porque tenemos otras diligencias...

—¿Otras fiestas? ¿Otros escándalos? ¿Otras mujeres? No soy una tonta, sé lo que hacen los hombres como ustedes. La señorita Bruster siempre ha sido clara sobre las necesidades masculinas de las cuales debemos alejarnos.

Dimitry se sonrojó y se metió al carruaje.

—Esos no son asuntos de los que una dama deba hablar con sus hermanos... —replicó William que no quería responder preguntas incómodas de una niña como Primrose que no dejaba de buscar problemas en donde no los había.

—Durante el camino tendrán que confesar sus fechorías... —masculló al ser ayudada por su padre para subir.

—Ten, querida. Si necesitas dinero. Te puse más bolsas en tu baúl. No quiero que pases necesidades si no estoy ahí contigo... —dijo John que no quería dejar ir a Primrose. Sabía que eran sus últimos meses como mujer soltera antes de que encontrara a un buen hombre. Tendría su confianza puesta en que ella sería menos problemática que las otras dos que se casaron antes. Era más calmada, centrada y realista. No era idealista ni discriminaba a nadie, lo que hacía que sus decisiones fuesen difíciles de predecir.

—Mis tíos no dejarán que me falte nada, padre. No se preocupe demasiado, aunque para que no se sienta mal aceptaré su dinero... —Primrose sonrió y tomó el dinero sin problema, sabía que con eso caminaba las inseguridades de su padre y también acrecentaba el dinero que guardaba, de forma independiente, para comprarse alguna joya que le gustara sin tener que pedirles a otros que se lo compraran.

—No olvides cabalgar por nosotras, Primrose —habló Iris para despedirla.

—Sí, aquí nos tendrán encerradas para que no enfermemos por la nieve —alegó Camellia que agitaba la mano para despedir a su hermana.

Ese momento le costaba mucho a Primrose. Para ella no existían otras personas más importantes que sus hermanas que se quedaban

ahí. Separarse siempre era difícil, pero sabía que ellas tenían sus propias cosas que hacer y parientes que visitar o que las visitaran.

Cuando la portezuela del carruaje se cerró, Primrose miró a sus hermanos que acariciaban su Frac para saber si sus armas estaban ahí. Ellos viajaban con frecuencia y sabían que existían salteadores de caminos que no tenían compasión de las mujeres y aquellos no querían arriesgarse a que le pasara algo. Los dos trataban a todas las damas de su casa como si fuesen tesoros valiosos y desde que crecieron se sintieron en la obligación de atender a sus hermanas y si hacía falta dar la vida por ellas. Los amaba por amarlas.

Durante el camino cogió un libro para leer, mientras sus hermanos hablaban de política y caballos. Los escuchaba mientras se perdían en esos temas. Por supuesto, cuidaban de no hablar de mujeres porque ella era una y su padre les había enseñado que debían tratar a una dama como quisieran que otros trataran a sus hermanas.

Le aburría oírlos hablando de asuntos serios, ella era más de conversar sobre vestidos, joyas, gatos o perros, comidas y bordados, amaba estos últimos y la costura. Siempre supuso que sería una mujer de su casa, dedicada a su esposo y con las labores normales de una esposa. No aspiraba a ser algo demasiado importante, prefería la paz al estatus. Para ella un baile era un mero trámite para casarse y tener la vida tranquila que merecía, entre menús, violín, lecturas, bordados y costuras para agrandar al que se casara con ella. Su padre solía decirle que no se casaría por amor porque solo escogería a quien fuese el más calmado de todos los caballeros de un salón. Para Primrose era suficiente que su futura pareja tuviese dinero de sobra para hacerla vivir como en casa de su familia, con eso era más que feliz.

Antes del anochecer pararon en un pueblo para descansar en una de las posadas al paso. Sus hermanos pidieron que a ella se le

llevara la comida a la habitación, mientras ellos fueron a solo Dios sabía qué lugares en ese sitio.

Estaba sola y solo podía observar por la ventana cómo la gente entraba y salía de la posada. Después de la cena, pidió un té para hacer un bordado que cansara un poco y cuerpo y mente para descansar y continuar el camino al día siguiente, aunque antes de eso se trenzó el cabello largo y ondulado en color rubio. Sus ojos azules no los sentía especiales, porque era muy parecida a sus demás parientes. Era evidente que todos heredaron características físicas de la familia Preston, porque su tío era parecido a ellos, por eso nadie decía que no fueran sus hijas, por más que sabían que era su tío.

No se había dado cuenta de que se perdió en el oficio y era medianoche. Tuvo que guardar sus cosas y forzarse a descansar o lo pasaría muy mal al día siguiente con sus hermanos que, pese a que apenas dormían, siempre parecían descansados.

A la mañana siguiente, Primrose se levantó fresca como una lechuga, se arregló para continuar el viaje y fue hacia el carruaje, pero sus hermanos no estaban ahí. El cochero estaba dormitando en su lugar y eso le parecía extraño.

—¿Y mis hermanos? —preguntó la joven con delicadeza esperando que el cochero le hiciera caso, mas eso no ocurrió. Siguió repitiendo lo mismo con suavidad hasta que se cansó—. ¡Por un demonio, Ralf, ¿dónde están mis hermanos?!

Eso hizo que el cochero diera un salto del carruaje y sacara el arma para apuntar hasta que se dio cuenta de que era Primrose quien estaba frente a él.

—¡Perdóneme, milady! —exclamó tirando su arma lejos de él.

—Solo quiero saber en dónde están esos dos buenos para nada que deberían estar cuidándome.

—Ellos regresaron al amanecer. Pasaron toda la noche en un burdel y se pelearon con otros hombres...

La joven suspiró con molestia.

—Ve a buscarlos, quiero continuar el camino y no me importa si están vivos o muertos. Dígales que nuestro padre sabrá sobre esto y no saldrán impunes por el comportamiento irresponsable.

—Sí, milady.

Ella se quedó con los brazos cruzados, mientras el sirviente iba a contarles lo que había ocurrido. Tendría que esperarlos, por lo que pediría que le sirvieran un poco de té en el comedor de la posada. Una vez ahí, eso parecía una mala idea. En aquel lugar había demasiados varones que la miraban como si fuese el único pedazo de carne a millas de distancia.

Apenas se sentó, un hombre de aspecto elegante se acercó.

—Nunca he visto una belleza tan grácil como la suya... —expresó como si estuviese impresionado con ella.

Pero la señorita Bruster era como un sabueso que siempre había dicho que, si un caballero la abordaba en solitario, era un sinvergüenza.

—Le pido que no me moleste, caballero, y continúe su camino sin esperar nada. —Primrose le dio un sorbo a su té e ignoró al hombre.

—¿Por qué está a la defensiva? Solo quiero halagarla —afirmó el joven.

—No diga palabras que quizá una dama no acepte. Soy una forastera y usted también. No me conoce y yo no quiero conocer a nadie lejos de un salón de baile con mi padre presente —respondió con serenidad.

—Solo quiero mantener una conversación. Si debutará esta temporada entrante, ahí me tendrá... —El hombre le extendió su tarjeta que decía: Andrew Martins, conde de Stell—. Guárdela, uno nunca sabe cuándo puede necesitar un esposo. Puede enviarme una carta a esa dirección.

—No le escribiré, pero por educación guardaré su tarjeta.

—¿No me escribirá por educación? ¿Qué puedo hacerle por un papel? Como mucho puedo ser un poco fogoso al decir que es hermosa...

A Primrose le dedicó una sonrisa, aunque sabía que no debía y menos a un desconocido que le dijera cosas bonitas. Solo debía ser educada y pasar de largo.

Andrew se quedó con ella viéndola tomar su té mientras la joven que no le dio su nombre se mantenía en silencio.

William y Dimitry bajaron con los rostros somnolientos, pero cuando vieron que un hombre estaba cerca de Primrose, espabilaron al instante. Se acercaron a ella sin perder el tiempo.

—¿Te está molestando? —preguntó Dimitry observando al caballero cerca de ella. William a la vez rodeaba al hombre para intimidarlo. Ambos eran jóvenes y fuertes.

—No. Se ha presentado de manera amable —respondió para no alarmar la situación—. Deberían estar cuidando de mí, pero cuando nuestro padre sepa que mis queridos hermanos se pelearon en una

taberna por unas faldas, creo que será generoso al repartir improperios para ustedes.

—Calma, caballeros. Halagaba a la bella dama y ella ha sido clara, me hablará en la temporada y esperaré por ella... —Andrew inclinó la cabeza para despedirse de ella y de sus hermanos.

—Es una rata... —masculló William.

—Por supuesto que lo es, y me dejaron lidiando sola con él. ¿En dónde estaban esos hermanos míos que se jactan de tener valentía y honor?

—Prim... No te enfades ni le digas a nuestro padre sobre lo ocurrido. William y yo fuimos a beber y nada más. El resto fue un incidente aislado y desafortunado.

—Miéntele a nuestro padre, Dimitry. Bien, terminen de llorar en el carruaje, quiero partir. Dormí muy bien y tengo energía para un viaje largo.

Ella bebió su té y se puso de pie para salir de la posada. Sus hermanos se miraron y la siguieron, ambos estaban cansados y pensaban dormir durante todo el camino.

Partieron para continuar su camino a Yorkshire. Primrose continuó leyendo, mientras sus hermanos roncaban como si pudiesen devorar algo. Deberían estar despiertos y cuidando de ella durante el trayecto que era el lugar donde podrían aparecer salteadores de caminos. Por supuesto que no guardaría esto en el rincón del olvido, se lo contaría a su padre y las orejas de esos dos crecerían tanto que podrían volar con ellas.

Se despertaron en la primera parada para extender las piernas y comer las frutas que llevaban. Primrose observaba el paisaje blanco

que se extendía en el horizonte. Pronto se derretiría y las flores comenzarían a brotar.

Continuaron la travesía hasta que llegaron a Yorkshire por la noche. Su tía, Eloise, salió de la casa a recibirlos y detrás de ella, su esposo.

—¡Primrose! —exclamó llena de felicidad al verla. La abrazó con fuerza.

—Tía Eloise... —murmuró correspondiendo al abrazo.

—Cada vez que te veo estás más bella, ¿por qué tuviste que crecer tan pronto?

Eloise la observaba con verdadero afecto. Siempre deseó tener una hija; sin embargo, terminó teniendo un varón y con él se fueron todas sus esperanzas debido a un parto difícil y que le imposibilitó tener más hijos.

—Este año es mi presentación, ya soy una mujer, tía.

—Para nosotros siempre serás una pequeña niña —dijo Patrick, el conde de Riverside.

—Tío Patrick... —Ella lo abrazó con cariño. Ellos siempre la querían y trataban tan bien que para Primrose era un placer estar ahí.

—¡Oh! ¡Y estos jóvenes tan atractivos! Es evidente que la sangre Preston es demasiado fuerte —comentó dirigiéndose a sus hermanos.

Aquellos sabían que por esa noche serían colmados de afecto y atención exagerada, pero siempre disfrutaban de la compañía de personas amables como ellos.

Capítulo 2

Yorkshire...

Alexander Pemberton, duque de Pemberton, realizaba sus rondas por una de sus propiedades, esta vez en Yorkshire. Pasaba seis meses en cada propiedad, poniéndola en orden en todos los aspectos. Perseguía a sus administradores, sirvientes y cualquiera que tuviese relación con sus tierras o negocios. Buscaba imponerse ante cualquiera que quisiera traicionarlo, nadie más se burlaría de él como había ocurrido tiempo atrás con la mujer que él amaba.

Lady Frances Ackerman fue su prometida, la dama a la que había escogido a sus veintitrés años cuando todavía era un marqués y su padre seguía con vida. En aquel tiempo no le importaba demasiado su reputación, era un hombre con muchas canas al aire, pero cuando la conoció a ella, tan especial y distinta, quedó prendado de su belleza y tranquilidad; sin embargo, ella no parecía estar tan convencida en que su destino de su duquesa fuese algo ideal, quería menos, revolcarse en la mugre y salir reluciente.

Una noche, en una de las veladas más importantes de la temporada, ella desapareció de su vista, por lo que comenzó a buscarla por cada rincón que podía, hasta que oyó sonidos en la biblioteca, risas y gemidos. No quería pensar que fuese ella. Incluso rogó al cielo para que no fuese su prometida, pero al coger valor y abrir la puerta, vio al barón Rutherford con la mano derecha bajo la falda de Frances agitando con fuerza, haciendo que aquella gimiera de placer. A él le había negado cualquier tipo de acercamiento, hasta tocarse la mano era visto como un pecado, pero se había dejado hacer cosas por otro hombre, alguien que no solo carecía de reputación, sino también de dinero.

En ese momento, algo en su cabeza se rompió. Su conexión sentimental con ella se convirtió en sentimientos de odio, desprecio y asco. Siempre recordaba las palabras que había pronunciado y hasta ese día no se arrepintió de ninguna de ellas. Estaba decidido a hundir sus vidas, comenzando por lo social, para después ir a lo económico. Se transformó en un verdadero hombre a ser temido en cada rincón de ese país. Sabían que era mejor traicionar a un prestamista sangriento que al duque de Pemberton.

Todavía le daba risa y satisfacción haber golpeado a Rutherford hasta echarle los dientes. No importaba que su propia mano hubiese quedado rota. El escándalo fue tal cuando Alexander colocó a ese hombre en el centro del salón, ensangrentado, casi inconsciente, y después arrastró a Frances y la tiró junto a él en el suelo.

—Aquí tienen a la ramera en compañía del desgraciado. Esta pareja debe casarse. Mi familia no puede mezclarse con mujerzuelas, suripantas o prostitutas. Esta mujer cumple con todo lo que no quiero. Que se encargue este caballero que minutos antes tenía sus manos entre las piernas de ella.

Algunas damas abrieron sus abanicos para que les llegara un poco de aire. La humillación pública podría dejar a cualquiera con muchas preguntas, aunque Alexander no dejó nada a la imaginación, solo quería justicia y alejarse de esa mujerzuela para siempre.

Él salió de aquel salón en compañía de su madre y su padre. Ambos estaban pálidos ante lo que había ocurrido. Con el pasar de los días, quisieron guardar las apariencias como si fuera que nunca existió lo que había hecho. Compraron silencio con favores y todo para que nadie lo señalara por haber dicho la verdad. Desde esa noche, él se aisló. Solo visitaba a su familia cada vez que estaba cerca. No sabía si algún día estaría listo para otro compromiso. Tenía treinta años y no parecía existir nadie a su alrededor que fuese capaz de curar su corazón y su orgullo herido.

—Su excelencia... —pronunció Marcus, su capataz que lo acompañaba a todas sus propiedades. Tenía tiempo libre únicamente cuando Alexander visitaba a su familia, después debía regresar a sus constantes viajes, por lo que su sirviente tampoco podía establecerse en algún lugar.

—¿Encontraste algo extraño en el oeste? —preguntó Alexander a su sirviente.

—Nada extraño. Una joven, doncella de una casa cercana, se llama Meryl.

—¿Qué estaba haciendo? ¿Tratando de matar aves para sus patrones?

—No, su excelencia. Ella me agrada y la estuve viendo durante los últimos meses...

Alexander miró a su sirviente como si le hubiese crecido otra cabeza.

—¿Crees que vale la pena arriesgar tu trabajo por una mujer? Créeme, no valen un penique.

—Meryl no es como su prometida, es humilde y quiere formar un hogar a mi lado.

El duque no podía creer la traición que estaba sufriendo por parte de la persona en la que había confiado durante años para que nunca lo dejara.

—Mi respuesta es no. No te vas a casar con nadie. Apenas salgamos del condado, ella te traicionará. Son viles, asquerosas, unas criaturas que merecen la muerte.

—¿Su madre merece la muerte?

—No, mi madre es una dama. Una verdadera mujer que supo honrar a su esposo y su buen nombre hasta el último día.

—Entonces, significa que no todas son malas, excelencia. Meryl es honesta, puedo traerla para que la conozca.

—No quiero verla, ni conocerla. No estoy contento con esto que haces. Lo ocultaste.

—No podía decirle nada. Usted es una fiera cuando se le habla de alguna mujer.

—No me interesan para otra cosa más que para sexo y tampoco estoy satisfecho con eso. Piénsalo bien, Marcus. Si la dejas, estoy dispuesto a pagarte el doble...

Marcus negaba con la cabeza.

—El triple, el cuádruple... ¡Lo que quieras!

—Su excelencia, no hace falta que me compre. Soy fiel a usted sin que me ofrezca dinero, es solo que tengo, casi cuarenta años y quiero tener hijos, una familia... Establecerme en alguna de mis propiedades. Meryl puede trabajar en la cocina o como doncella. Es trabajadora.

—Ni aunque me digas que es un ángel podré convencerme de lo contrario. No puedo confiar.

—Excelencia, entiendo, pero yo escogí hacerlo. Quiero una vida con Meryl y espero que usted lo apruebe. Me importa mucho su opinión.

—Considero que no te importo lo suficiente para darme este disgusto. ¿En qué propiedad trabaja la mujer?

—En la propiedad del conde de Riverside. Trabaja ahí desde que tenía quince años.

—Al menos es capaz de mantenerse en un lugar estable. ¿Tiene hijos?

—Ninguno, excelencia.

—Debe ocultar algo. No te dejaré ir hasta que descubra lo que trama esa mujer.

El sirviente suspiró. La desconfianza de su amo lo estaba matando.

—No esconde nada.

—Todos escondemos algo y sabes que no soy generoso con las mentiras. Envié una mano como obsequio para alguien que de verdad lo apreciaría. Es bueno encontrar personas que saben lo que uno siente, quizá no conmigo, pero sí con mi hermano. Jamás permitiría que al pequeño Louis le ocurriese algo.

—Espero que no piense en volver a hacer algo semejante.

—Un cadáver no se queja de que se le quite la mano. Ni siquiera sangró, ya la sangre estaba esparcida por todo Bath. Y no es crueldad, el que a hierro mata a hierro muere. Es una simple respuesta del destino, así como Frances y Rutherford, que siguen casados, pero miserables...

—Ellos sí merecen sufrir. Son personas horribles.

—Sí, y seguirán sufriendo hasta que me canse de verlos siendo miserables, son siete años de esto y todavía me siento estafado, deben pagar hasta que me sienta satisfecho.

—Excelencia, lo único que hace es endurecer su corazón de esta forma. Merecen sufrir, pero tienen hijos, debería evitar que pasen necesidades.

—Tienes razón... Ordena que alguien traiga al primogénito de Rutherford. Me encargaré de su crianza para hacerles un favor, así no será como ellos.

—¿Está seguro de que no le hará daño?

—No le haré daño, solo lo educaré como debieron educarlo a él para no meterse con mujeres ajenas y comprometidas. No necesita un pésimo ejemplo en su vida.

—Así lo haré, excelencia.

El plan de Alexander era sencillo, haría que rogaran perdón hasta que se les gastaran las rodillas. Para un hombre no debe existir algo peor que le quiten su primogénito o tener niñas en lugar de varones. Él quería explotar todas las debilidades de sus adversarios y no andaba con rodeos. Cuando Marcus mencionó a los hijos de la pareja, su mente se puso a pensar en cómo hacer más daño del que hacía. No era suficiente con hacer que su dinero menguara o sus negocios se viesen afectados. No tenía mucho para sacarle a un barón, solo lo hacía por ser vengativo. La satisfacción de ver sufrir a ese idiota era su pan de cada día.

Una vez en su casa, los sirvientes se acercaban a él con el temor a ser alcanzados por su malhumor. Había cambiado con los años y todos parecían vivir en la cuerda floja si llegaban a equivocarse. Los administradores sudaban frío cada vez que él los citaba para alguna consulta, por pequeña que fuese. Alexander creía

que la gente que trabajaba en su casa lo respetaría al menos por miedo, para que no se les ocurriera alguna tontería en su contra.

Su madre no estaba de acuerdo con eso y Louis no sabía mucho o no se daba cuenta, pues aún seguía en su mundo de niño conociendo a su nuevo preceptor, ya que el otro fue un desgraciado que casi termina dañando la vida de su hermano. No le tembló el pulso para tomar la decisión de que debía morir. Ese hombre tenía un horrible historial de maltratos.

—Milord, ha llegado una carta de la duquesa... —dijo su ama de llaves que se acercó a él con la bandeja de la correspondencia.

—¿Cómo hace para enviarme una carta todos los días? Tú tienes algo que ver aquí, ¿no es así? Mi madre es una criatura demasiado inteligente y habrá hecho alguna cosa, tal vez entregar un paquete de cartas para el mes y me entregan uno por día. No me sorprendería su astucia.

—No lo sé, excelencia, la próxima vez se lo preguntaré al que trae la correspondencia. Lo mejor es que la lea y si puede le conteste. Usted sabe que mientras más silencio haga, sus misivas serán más frecuentes.

—No es un mal consejo...

Él buscó una silla, se sentó y rompió el sello antes de leer.

Querido Alexander.

Hijo mío, te extraño tanto y estoy tan preocupada por ti y más aún por tu soltería. He conversado con un par de matronas. Para nuestra fortuna, pocos son los que recuerdan los acontecimientos pasados. Las damas están dispuestas a casarse con alguien como tú...

No terminó de leer. Dejó la carta porque ella solo tenía una misión en esta vida y era casar a la gente y su objetivo más

importante era buscarle un matrimonio que él claramente no deseaba. Cuando fue a la propiedad de su madre no sabía que ella había hecho un plan de unir a varias personas, no le extrañaba, pero agradecía haber ido, porque, de lo contrario, no hubiesen sabido lo que le ocurría a Louis y aquel seguiría siendo la víctima de un ser ruin y miserable.

—Sírvame algo de comer, señora Clayton.

—Sí, su excelencia. ¿Un bocadillo o una comida más sustanciosa?

—Un bocadillo, tal vez huevos con judías. El resto será para la cena. Quiero ir a los campos junto a los terratenientes para comenzar a ver la tierra para las plantaciones.

La mujer obedeció y fue a la cocina para ponerse manos a la obra.

Cuando Alexander se quedó solo, cogió una botella de whisky y se sirvió una copa. Necesitaba pensar en qué hacer para solucionar el inconveniente que tenía nombre de mujer: Meryl. Una doncella no podía arrebatarle a su mejor sirviente. Debía deshacerse de ella, pero sin hacerle daño, tal vez persuadirla, darle mucho dinero para que se alejara de Marcus.

Estaba dispuesto a mucho para que Marcus permaneciera a su lado. El pobre hombre estaba cegado por las ilusiones con una mujer, mas por su bien, debía evitarle cualquier sufrimiento. Ambos serían inseparables, ¿para qué atarse a una mujer si podían hacer lo mismo con cualquier otra?

Capítulo 3

Las dos se quedaron ahí al menos por una hora hasta oír el sonido de unas botas pesadas acercándose.

Meryl se puso de pie y fue corriendo a los brazos de Marcus. Aquel tenía una capa que le cubría hasta la cabeza. Era un hombre corpulento y era con exactitud como lo había descrito la doncella.

Al darse cuenta de que no estaban solos, Marcus retrocedió un poco.

—No te preocupes, ella es lady Primrose, la sobrina de la condesa. ¿Recuerdas que te hablé de las sobrinas de milady?

—Oh, sí. Es que aún no he pedido la mano de manera formal y pensé que quizá me acusaste con tu ama. Es un placer, milady... —pronunció con una venia hacia Primrose.

—Meryl habla muy bien de usted, es un gusto conocerlo, señor Marcus.

—Solo llámeme Marcus, milady. Meryl, hoy hablé con el duque y no está contento, pero eso no significa que nos alejaremos. Tendré que buscar otro trabajo, su excelencia es alguien que no está pensando con claridad y no quisiera que me obligara a hacer cosas que no deseo.

—¿Él no quiere que nos casemos? —preguntó Meryl con tristeza.

—No es personal, Meryl. Él es un ogro que no tiene en un buen concepto a las mujeres y eso no es culpa tuya. Que una víbora

muerda no significa que todas lo perseguirán para morderlo.

Meryl parecía triste con lo que Marcus le contaba. No sabía qué hizo mal para merecer el rechazo del amo de su amado.

Primrose escuchaba lo que decían con interés y quería ayudarlos.

—Puedo hablar con su patrón, Marcus. No creo que sea tan irracional para no conversar sobre un matrimonio deseado entre ustedes.

—Agradezco su predisposición, milady, pero su excelencia en verdad está cerrado de mente con la idea de que me case. Creo que no es solo conmigo, sino que puede estarlo con otros hombres. Tiene una gran decepción que no le deja pensar con claridad. Para mí la solución es dejarlo.

—Pero, Marcus, tú lo parecías.

—Sí, crecí en su propiedad, jugué con él desde que era un niño, pero no tenemos los mismos ideales y no puedo quedarme en donde tiene más poder que yo. En su calamitoso estado de desconfianza es capaz de cualquier cosa y no quiero pensar en que pueda hacerte daño.

—¿Hacerme daño? ¿Crees que sería capaz?

—Sí. A veces lo desconozco un poco, pero sé que en el interior sigue siendo una buena persona.

—Es una verdadera lástima que su amo no sea comprensivo con el amor entre ustedes. Mi oferta de conversar con él sigue en pie. Me quedaré por un mes en esta propiedad y puedes acudir a mí cuando lo desees, Marcus. Si haces feliz a Meryl significa que eres buena persona.

—Se lo agradezco, milady. Quisiera que su excelencia pensara como lo hace usted, pero eso es solo un sueño que nunca ocurrirá.

Para Primrose, una nube de curiosidad se instaló sobre el patrón de Marcus. Quería saber la razón por la que rechazaba a Meryl, necesitaba saber quién era y por qué se comportaba de esa manera.

La joven dejó a los tortolitos solos y comenzó su caminata sobre la nieve que comenzaba a derretirse, una clara señal de que la primavera traería consigo muchos cambios a su alrededor y más aún a su propia vida. La época social estaba a punto de iniciar y la pequeña temporada, de la que su padre prefirió no formar parte este año esperando que se asentara el matrimonio de su hermana Daisy con Charles, pues este había sido muy comentado por los demás, aparte de hablar de la mala relación entre los recién casados y la condesa viuda. El letrado quería que ella fuese independiente a lo que eran los hechos que unieron a otros en matrimonio. Él le había dicho que confiaba en su criterio. A veces Primrose pensaba que dejar algo a su criterio era un verdadero error, porque no sabía si era fría, caliente o tibia. Sería la primera vez que estaría conversando con hombres ajenos a su familia y se preguntaba sobre qué hablaban las parejas todos los días, si tendría un tema de conversación interesante para atraer a alguien a su telaraña.

Vio al caballo de Marcus pastando en un rincón y se acercó a él tarareando una melodía suave que sabía que calmaba a todos los caballos que conocía. Su tío, el conde de Riverside, le dijo que ella tenía un talento especial para domar a las bestias con el canto, pero ella no lo creía, consideraba que era suerte, ya que sabía que todos los animales de la casa eran adiestrados y más aún teniendo niñas que no dudarían en arriesgar su vida para subir a un animal tan majestuoso.

Mientras Primrose acariciaba el pelaje oscuro y suave del equino, Alexander observaba desde una colina lejana. Este había

seguido a su sirviente para saber en qué lugar ocurrían sus encuentros con la mujer que lo tenía completamente cegado. Desde esa distancia y a lomo de su semental negro, observaba a una joven tocando a su caballo como si fuese la dueña. No podía distinguir más que el color rubio de su cabello, pero no alcanzaba a distinguir facciones.

En ese instante se le ocurrió un plan para amedrentar a la joven, no lo haría en ese momento, aprovecharía para enviar a Marcus al pueblo para dejar clara su postura de que no estaba de acuerdo con un matrimonio. No perdería a su mejor sirviente y amigo por una mujer que podría traicionarlo apenas la ocasión lo ameritaba.

Se alejó sabiendo bien cómo abordar el asunto. No había nada mejor que hablar de frente y exponer los problemas a resolver sin perder tiempo. No le gustaba dar vueltas y no solucionar nada. Quería que cualquier golpe o sufrimiento fuese rápido y doloroso para que la recuperación fuese más rápida. Lo había puesto en práctica, aunque a veces todavía le dolía la humillación y se tapaba el rostro por la vergüenza que sentía al haber sido cambiado por un barón de cuarta.

Capítulo 4

Primrose regresó hasta donde se encontraba Meryl y ambas se despidieron de Marcus. Regresaron a la casa cuchicheando sobre lo atractivo que era el hombre y lo malo que era su amo por no querer que se casaran.

La condesa las vio entrando felices y sonrió con satisfacción.

—Meryl, ve a preparar las cosas para el té. Llevaré a Primrose a mi salón personal —ordenó la mujer.

—Sí, milady —acató Meryl, sonriente.

—Ven, Primrose. Tengo cosas que mostrarte y las conseguí exactamente para ti. —La condesa cogió el brazo de su sobrina y la llevó hasta el lugar.

Al entrar, Primrose sabía que ese era uno de sus lugares favoritos de la casa. Tenía telas por cada rincón, bordados a medio acabar, costuras de vestidos que jamás había visto e incluso la confección de sombreros.

—Este sitio cada vez es mejor, tía...

—Sí. Tu primo envía muchas cosas que me gustan para tapar sus ausencias. Es algo común en los hombres, querida. Quería mostrarte algunas cosas que aparte para ti, sé que te gusta la costura y por eso te he comprado esta canasta con hilos de todo tipo incluyendo los de oro para que puedas hacer que tus vestidos sean los mejores de la temporada.

—¡Oh! —Primrose no podía hablar después de ver ese canasto lleno de hilos. Estaba maravillada—. Esto es un sueño.

—Y solo estamos empezando. También te conseguí un precioso libro de canto. Tienes muchas canciones que puedes seguir aprendiendo para deleitar a tu futuro esposo. Tienes una voz dulce, suave y muy privilegiada que calma a las bestias.

—Eso solo lo dice el tío. No sé si calma personas que se creen bestias.

Las dos rieron y después la duquesa sacó un alhajero.

—Y este es el último. Son mis joyas personales, los que me dieron como hija del duque antes de convertirme en condesa. Los he repartido entre tú y Lily porque quiero que queden en las mujeres de la familia. Las joyas de la condesa serán para mi sucesora. Estas que te entrego, al igual que se las di a tu hermana, son especiales para mí. Representan los recuerdos con mi padre y mi hermano. Ustedes deben tener algo que los recuerde de la misma forma.

A Primrose se le escapaban un par de lágrimas, porque conocía a su padre a través de todas las historias que su tía le contaba y a su madre, a través de las que recordaba su padre de crianza. Siempre aprovechaba para apreciar la pintura de él cuando estaban ahí, no tenía mucha similitud con aquel porque la sangre Preston era demasiado fuerte, pero la mandíbula y la nariz podrían decirse que eran suyas. Era un consuelo diferenciarse de sus otros parientes al menos por algo.

—¿Y sus recuerdos?

—Yo tengo los míos con cartas, pinturas y una infancia compartida. Fue maravilloso para mí. Ahora que estás cerca de comenzar tu vida con un hombre, quiero que lo hagas recordando a quien te dio la vida.

—Esto es demasiado, tía, pero lo acepto porque sé que la hará feliz y a mí también.

—Por supuesto. Quiero que uses estas joyas cuando tengas que presentarte. Serán de buena suerte.

Ella estaba confiada en que tenían más un valor sentimental que algo de suerte, pero las usaría puesto que eran hermosas y valiosas en todos los aspectos de esa palabra.

En compañía de su tía, cosieron un vestido que la condesa quería terminar y como sabía que su sobrina pasaría un mes con ella, decidió que sería una actividad que las uniría mucho más. Invitaron a Meryl a unirse a la costura y aceptó con agrado. Disfrutaba oír las conversaciones y que la hicieran partícipe de lo que decían. Las tres terminaban divirtiéndose mucho con los temas de conversación, además de burlarse un poco del conde por estar solo entre las damas. Él siempre decía sentirse halagado, aunque en desventaja y de esa manera no podía mostrar su potencial.

Eso las divertía durante las cenas. Hacía que esa casa enorme se sintiera más como un hogar. Les gustaba tener visitas y en su mayoría de las veces eran ellos quienes iban por gusto y no por obligación.

A la hora de dormir, Meryl se encontraba trenzando el cabello de Primrose para que pudiese acostarse.

—¿Cuándo le dirás a mi tía que tienes un pretendiente? Hoy estuve a punto de decírselo demasiadas veces. No quería pecar de indiscreta, pero la lengua comienza a picarme.

—Primero quisiera que el duque me aceptara.

—No entiendo la razón por la que ese hombre debe decidir por Marcus.

—Es respeto. Crecieron juntos y el duque lo adora, es su amigo. Para Marcus es difícil tomar cualquier decisión porque lo quiere mucho.

—Terminarás perdiendo tu lugar si no haces algo. Si quieres puedo hablar con mi tío para que le dé trabajo aquí y puedan casarse.

—No entiende, milady. Ellos son inseparables y deben llegar a un acuerdo. Me sentiré mal si tienen que romper relaciones por capricho. El duque es temperamental y es cuestión de convencerlo.

—Si intenta algo, te prometo que usaré toda mi influencia familiar para vengarme por ti.

—Me hace sentir muy querida, milady. Le agradezco mucho su cariño.

—Te quiero mucho, Meryl, y odio las injusticias. Apoyaré este amor como sea. No estoy segura de poder conseguir un amor tan puro como el tuyo para mí, por eso quiero ver que estén juntos y felices. Si para eso tengo que enfrentar a un ogro, pues lo haré con gusto.

Meryl rio ante las palabras de Primrose. Esa joven era de armas tomar y sabía que podía meterse en un problema sin que este todavía existiera. Estaba dispuesta a pelear con gente que no solo le doblaba la edad, sino que también en recursos y reputación. Valoraba su inconmensurable afecto y lo correspondía con la misma devoción.

Acostó a Primrose y después apagó la lámpara para poder retirarse a dormir.

Cuando Primrose se quedó sola, dio vueltas en la cama esperando dormir, pero no podía dejar de pensar en su enemigo imaginario: el duque.

A la mañana siguiente, Primrose despertó porque su tía la llamó, puesto que enviaron a Meryl al pueblo para comprar lo necesario para surtirse en harina, azúcar, condimentos y otros artículos necesarios para la estancia de la joven ahí.

—Buen día, querida. Me encargaré de tu precioso cabello. No importa que estés en el campo, siempre debes ir arreglada. No sabes en qué momento puede aparecer el candidato perfecto.

—¿Está segura de que aquí en medio de la nada se puede encontrar algo?

—Mmm... Tal vez. Hay muchos condes y otras personas de la nobleza.

—¿Y el vecino?

—¿Cuál vecino?

—El duque...

—Ah, el duque. No es el mejor vecino que alguien pueda tener, pero no molesta. Casi nunca está por aquí, por eso no hablamos mucho de él.

—¿Qué tiene?

—Problemas, querida. Es una persona conflictiva, dicen las malas lenguas. No puedo comprobar nada, pero si la gente murmura es porque algo sabe.

—Puede ser. ¿Sabe si es un hombre viejo?

—¿Por qué preguntas tanto?

—Curiosidad. Me levanté con el ánimo de conocer la fauna autóctona de Yorkshire.

—Oh, querida, eso suena muy gracioso. Eres creativa para definir a algunos seres. Ven, vamos a desayunar con tu tío que está a punto de comerse la mesa. No hay que hacerlo esperar demasiado.

Fueron juntas hasta el comedor y se sentaron. El rostro de alivio le recordaba a su padre que siempre tenía hambre y ellas hacían lo posible para que él pudiese desayunar, aunque no era intencional, los mejores temas polémicos estaban en ese horario, cuando solo quería disfrutar de su primer alimento del día. Con ellos se daba cuenta de que los hombres al llegar a cierta etapa de la vida solo buscaban paz.

—¿Cómo dormiste, Primrose? —curioseó su tío.

—Muy bien, tío. Me encanta venir aquí, es como vivir algo diferente a Londres. Me gusta la casa de mi padre, pero este sitio tiene un encanto particular.

—¿Quieres ir a cabalgar el día de hoy? —indagó el conde.

—Estaré tan feliz. Extrañaba mucho los caballos. Si no fuese por mi tía que no quería que cabalgara para no enfermar, ya hubiese estado en el lomo de alguna yegua.

—No me culpes, querida. No queremos que enfermes y se te arruine el mes aquí. Solo porque la nieve se está derritiendo tu tío y yo decidimos darte esta oportunidad.

—Entiendo, tía. Desde pequeña sé que ciertas decisiones de las personas mayores es por una razón que a nuestra edad no comprendemos. Soy buena oyendo y regular siguiendo órdenes. Procuraré no darles ningún dolor de cabeza, eso incluye enfermedades.

—Eso nos tranquiliza —dijo su tío haciéndole un guiño a su esposa para que dejara de preocuparse y entendiera que su sobrina parecía más de su edad que ella misma por el exceso de preocupaciones.

Al terminar el desayuno, ambos se dirigieron a las caballerizas y ahí estaba Theo, su yegua a la que siempre montaba en esa propiedad.

—Buen día, Theo, ¿prefieres que te visite con más frecuencia?

La yegua relinchó como si respondiera a la joven.

—Así lo haré. Eres muy inteligente. Hoy correremos mucho por la pradera.

El conde de Riverside asintió y ambos subieron a sus caballos para partir hacia la pradera. En algunos sitios, el tío de Primrose colocó obstáculos para que pudiesen practicar equitación. Esas actividades le encantaban y se sentía complacida al poder sortear cada uno de ellos. Estar en Yorkshire era diversión asegurada.

Durante un par de horas, corrió junto a lord Riverside unas carreras para que los caballos se sintiesen libres mostrando sus habilidades, habían sido hechos para eso y no para adornar los establos. A veces, Primrose se sentía mal por tener un caballo en cada propiedad y no poder estar con todos ellos o montarlos cada día. Sabía que los sirvientes hacían lo mejor por ellos, pero eso no evitaba que se sintiera mal por tenerlos encerrados en las caballerizas.

Los obstáculos eran la parte preferida de Primrose y aprovechaba para lucirse lo mejor posible. Tenía buenas habilidades de amazona y compatibilizaba con su yegua haciendo que su competitividad fuese alta.

—¿No has pensado en buscar algún competidor en equitación, Primrose? —le preguntó cuando fueron al arroyo para que sus animales pudiesen beber agua.

—No, porque para mí esto es diversión, aunque no me negaré si alguien quisiera desafiarme. Theo y yo podemos contra cualquiera que se crea superior. Podemos dar un buen espectáculo, todo dependería de quién hiciera de jurado.

—Es cierto, Theo es una gran yegua y solo quiere obedecerte a ti. Los mozos deben rogarle para que pueda salir de las caballerizas cuando no estás.

—Eso me hace sentir más culpable. Siento que he sido demasiado consentida para tener tantos caballos a los que no puedo dar afecto con frecuencia.

—No te sientas así, querida. Te aseguro que en todas las propiedades quienes están ahí aman a estos animales y hacen que nunca les falte cariño y cuidado. Ellos no olvidan a su jinete, Theo lo sabe y te lo hace ver cada vez que vienes aquí. Es la más feliz de las cuadras.

—Es un gran consuelo, aunque no evita la culpa. Considero que después de encontrar un buen esposo, me quedaré a vivir en una propiedad rural y juntaré a todos mis caballos para montarlos, uno al día...

—No puedo creer que te cases como Lily —lamentó el conde. Él desvió la mirada para que en sus ojos no se notara la tristeza—. Son

como las hijas que no tuvimos... Siempre hemos querido niñas aquí y valoramos sus visitas.

—Lo sé, tío. Quizá mi futuro esposo tenga una propiedad en Yorkshire y pueda quedarme aquí cerca de ustedes. Tal vez también tenga la fortuna de concebir niñas. Para mí sería satisfactorio que usted y mi tía pudiesen disfrutar de ellos. Creo que mis padres nos han tenido en exclusividad por demasiados años. Es tiempo de equilibrar la balanza.

—Eso sería genial y que tu primo quisiera casarse para darnos una nieta.

—No sé si él aún querrá. Está en la misma edad que William y Dimitry, nada bueno puede querer a estas alturas.

Capítulo 5

Con el pasar de los días, Alexander perfeccionó la letra de su amigo Marcus para poder enviarle una misiva a Meryl y llevarla a la trampa que pensaba que sería la única forma de sacarla del camino y así dejara de intervenir en sus vidas.

—Estoy listo, excelencia. Partiré en unos minutos —anunció Marcus.

—Te espero aquí en pocos días. Lleva tu arma, ni el frío detiene a los delincuentes.

—Sí. Procure no meterse en problemas durante mi ausencia, excelencia.

—Prometo hacerlo, Marcus. Tráeme algo bueno que encuentres, el mejor whisky para nosotros. Creo que festejaremos un par de cosas a tu regreso.

Marcus achicó los ojos y lo miró con cierta curiosidad. ¿En qué pensaba este hombre? No solía ser alguien que festejaba lo que fuese. Sabía que estaba tramando algo, pero no sabía qué.

Después de que Alexander despidió a su sirviente, no perdió el tiempo, imitó la escasa escritura de su amigo para enviar una nota escueta pidiendo a Meryl que se encontraran en ese lugar en el que la había visto la vez pasada.

Esperó que se secara la tinta y le pidió a uno de los sirvientes que lo llevara a la propiedad de lord Riverside a nombre de Meryl y que dijera que la misiva era enviada por Marcus.

El hombre al que envió no preguntó más, solo siguió las órdenes. Fue hasta allí y golpeó la puerta de la cocina. Salió Prince, el mayordomo, y miró al desconocido de pies a cabeza.

—¿Se encuentra la señorita Meryl? —preguntó aquel.

—¿Qué quiere? —interpeló el mayordomo, protector.

—Solo entregarle una carta de Marcus, el capataz de Pemberton Hall.

—¿Quién demonios es Marcus el capataz? ¡Meryl! —llamó molesto. Quería saber en qué andaba esa doncella.

Meryl se acercó corriendo ante la llamada del jefe de los sirvientes.

—¿Qué ocurre, Prince?

—Este sirviente dice que tiene una carta del capataz de Pemberton Hall para ti. Es mejor que prepares una buena explicación.

La doncella recibió la carta con palidez en el rostro y la metió dentro de su delantal. El mayordomo cerró la puerta con fuerza sin despedirse del otro sirviente.

—¿Qué está pasando, Meryl? —indagó el hombre.

Ella no quería contar nada aún, pero había sido descubierta por una tontería de Marcus.

—El capataz de ahí me pretende, Prince, eso es todo. ¿No puedo pensar en casarme alguna vez?

—¿En dónde conociste al capataz?

—En los límites de la propiedad hace varios meses atrás. ¿Por qué importa tanto?

—Deberías decirle esto a los patrones. No queremos que los chismes de esta casa estén en Pemberton Hall.

—¡No soy ninguna chismosa, Prince! No cuento nada de aquí, es mi vida personal, ¿puedes entenderlo? No me pasará nada.

—Deberías decirnos para cuidarte. Es un capataz, puede ser un hombre violento y abusar de ti. No te encuentres con alguien así.

—Él sería incapaz de algo semejante. No te preocupes tanto, sé que me quieres como a una hija, pero en algún momento quisiera casarme y Marcus es el hombre al que amo.

El mayordomo parecía más tranquilo, aunque de cierta forma, preocupado por las elecciones de la joven. No conocía al tal Marcus y por eso no podía estar seguro de que fuese alguien confiable para estar cerca de Meryl.

Aquella salió de la cocina y fue junto a Primrose que se preparaba para la salida con ella.

—Milady, me han traído una carta de Marcus... —contó a la joven con emoción.

Primrose abrió los ojos con sorpresa, creyendo que sería partícipe de la primera carta de amor de su vida, por más que no fuese dirigida a ella.

—Ábrela, debemos leerla...

Las dos se veían sonrientes y emocionadas. Meryl frunció el ceño ante la letra de Marcus. Cuando le escribía los poemas, su letra

era menos temblorosa.

Meryl,

Espero encontrarte en el lugar de siempre esta tarde.

Marcus.

—¿Es en serio? Esto no parece escrito por el capataz que conocí hace días —afirmó Primrose, decepcionada.

—Esto es extraño. Él no suele hablar así. Es muy romántico.

—Pues esto parece la escena del crimen del romance, lo han matado. Debemos acudir y ver qué ocurre.

—¿Y si el duque lo convenció de no querer estar conmigo? —Meryl comenzó a llorar histéricamente, mientras Primrose cerraba sus oídos con ambas manos antes de intentar que el sonido no hiciera estallar sus tímpanos.

—Cálmate, Meryl. No sabes si lo ha escrito en el apuro. No creas que te voy a dejar sola, ¿entiendes? Estaré contigo.

—Me moriré si quiere dejarme, milady, no podría vivir sin Marcus...

—No digas esas cosas absurdas. ¿Sabías que los peores escenarios de nuestra mente nunca se concretan? No te asustes por eso.

Entre sollozos, Meryl miró a Primrose y se convenció de que nada malo ocurriría o al menos intentaba convencerse de eso. Le aterraba pensar que habían logrado separarlos.

Una vez que la doncella se calmó, las dos partieron con capas y vestidos sencillos porque la nieve se derretía y los buenos vestidos de Primrose podían ensuciarse. A un par de millas, la joven cayó de cara en el lodo, ensuciándose toda la prenda.

—¡Milady! ¿Está bien? —inquirió Meryl ayudando a Primrose a ponerse de pie.

Primrose solo reía a carcajadas por su torpeza, hundió su bota en el lodo, este lo succionó y ella terminó cayendo.

—No te preocupes.

—Regresemos, milady...

—No, pues estamos cerca de la hora. Solo tráeme un delantal de esos que están en la cocina. Eres rápida y después puedes coger un caballo para llegar a tiempo. Te esperaré en nuestro lugar.

—Está bien.

La joven vio que la doncella corría colina abajo para regresar lo más pronto posible. Estaba llena de barro, pero eso no detenía su curiosidad, quería saber la razón por la que Marcus no parecía ser quien escribió esa nota que ni siquiera merecía llamarse correspondencia.

Se sentó sobre uno de los troncos del lugar favorito de ella y la doncella. Ahí esperaría a que apareciera el hombre y obtendría la explicación que deseaba. Solo esperaba tener razón y que no fuese a terminar con Meryl.

Mientras esperaba a Meryl, oyó el sonido de un caballo acercándose. Ella volteó la cabeza para ver quién se acercaba. Notó que era el caballo de la última vez y un hombre con capa, aunque no podía ver su cara. Primrose se puso de pie y se acercó.

—¿Marcus? —curioseó.

La persona sobre el caballo se quitó la capucha y notó a un hombre de piel impoluta, rostro serio, ojos azules grandes y cabello rubio como el sol. Ese no era Marcus, era mucho más atractivo y tenía un aire sofisticado, poco tenía que ver con el capataz rudo en el físico, pero amable en el trato.

—¿Quién es usted?

Alexander bajó del caballo y se acercó con su porte señorial y la miró de pies a cabeza. No era lo que esperaba. Una mujer sucia, aunque de facciones bellas y una voz suave.

—Soy un enviado de Marcus —dijo con tranquilidad, mientras tenía una cuerda en su mano.

—¿En dónde está él?

—No se preocupe, solo tiene que acompañarme.

La doncella tenía razón en desconfiar de la letra que vio en la supuesta carta. Su corazón comenzó a latir con fuerza y su instinto le decía que huyera de ahí; sin embargo, su presencia era hipnótica, pero eso no podía cegarla, sentía el peligro en sus huesos. Giró sobre sus talones para salir corriendo, mas aquel la cogió de la cintura y la llevó hacia él.

—¡Auxilio! —gritó con todas sus fuerzas, pero como su voz era suave, apenas salió como un murmullo.

—No le haré daño, solo quiero que coopere. Usted y yo tenemos una conversación pendiente por un tema común: Marcus.

El duque no ató las manos de la joven con una cuerda mientras esta gritaba.

—Nadie la escuchará, puede gritar más fuerte si gusta. Estamos lejos de su propiedad y de la mía, pero para que no me dé dolor de cabeza haremos algo inteligente. —Alexander le mostró a Primrose un pañuelo y se lo puso cerca de la boca.

Pese a su inocencia, Primrose no era tonta, sabía lo que este pensaba hacer.

—Bastardo... —escupió con molestia, pero lo vio reírse como si le hubiese contado un chiste.

—Suena a un buñuelo cuando lo dice usted. ¿Puede que algo salga de esa boca que realmente pueda hacerme daño?

Él no esperó que le respondiera, metió el pañuelo en la boca de ella y después se lo ató detrás de la cabeza.

—Meryl, solo quiero que colabore, no le haré daño. Deseo hablar de un trato justo sobre Marcus.

Negó con la cabeza al entender lo que ocurría. Ese hombre creía que ella era Meryl. Esto era una trampa horrible en donde la obligarían a hacer algo que no deseaba creyendo que era otra persona.

Aquel se agachó y la colocó en su hombro para después subir al lomo de su caballo. Entendía que se la llevaría y esa idea la aterraba. Sus tíos estarían desesperados al darse cuenta de que había desaparecido. Sentía miedo de lo que este varón podría hacerle.

De camino a su casa, se sentía conforme con lo que había hecho. Tenía a la dichosa Meryl en donde quería y terminaría

persuadiéndola para que dejara a Marcus, le daría dinero y le haría inventar una historia de engaño para que él no la buscara, era algo perfecto. Le sorprendía que su sirviente tuviese buen gusto, escogió a una doncella que de eso no tenía mucho, parecía más la bastarda de un noble por su forma de hablar. Solo las damas refinadas decían la palabra bastardo sin parecer vulgares.

Al avanzar por el camino, Primrose miraba todo a su alrededor, sin moverse para que ambos no cayeran del caballo. No conocía esa zona y cuando vio la gran propiedad que se alzaba frente a ellos, supo que estaban en las tierras del duque de Pemberton.

Los ojos de los mozos estaban desorbitados al ver que el duque llegaba con una mujer al hombro. Nunca habían visto algo semejante.

—¿Le ayudo en algo, excelencia? —indagó uno de sus sirvientes por educación.

—No. Denle agua y alimento a mi caballo. Y otra cosa, no han visto nada...

Al oír que lo llamaban excelencia, entendió que estaba en brazos del mismo duque, de ese ser intratable que odiaba la idea de un compromiso entre Meryl y Marcus.

El ama de llaves estaba incrédula con lo que veía.

—No puedo creer que trate así a una mujer, su excelencia. ¿Qué está haciendo?

—No me cuestione, sé lo que hago. Esta fémina necesita conversar sobre Marcus.

—¡No le haga daño! Deje que la atienda, está sucia, su excelencia, no es digna de estar en su presencia.

Aquel se detuvo un segundo y sí, su ama de llaves tenía razón.

—La llevaré a una de las habitaciones sin ventana. Atiéndala ahí y dele alguna ropa. No voy a hacerle daño si responde como deseo. Después la dejaré ir.

La mujer mayor siguió al duque y este dejó a la joven en una silla dentro de esa habitación que no se usaba desde hacía al menos un par de décadas.

—Si ella se escapa, quedará despedida.

—Sí, excelencia.

Después de que él saliera, la mujer cerró la puerta con la llave y se apresuró a sacarle el pañuelo de la boca a la joven.

—¿Qué ha hecho para enfadar al duque?

—Estar en el lugar equivocado. Me confundió con una doncella.

—¿Qué está diciendo?

—Es una historia larga. Meryl es la doncella de la casa de mis tíos, los condes de Riverside y Marcus quiere casarse con ella, pero el duque no lo aprueba. Él creyó que yo era Meryl y aquí me tiene por una confusión absurda. Se arrepentirá cuando mi familia se dé cuenta de mi ausencia.

—Oh... —dijo el ama de llaves palideciendo—. Debo avisarle para que la devuelva inmediatamente.

—No, deje que su error le muerda la retaguardia, necesita aprender que no puede secuestrar mujeres que ve en el bosque para

amedrentarlas. Lo enfrentaré cuando lo desee y haré que se arrepienta de su petulancia.

Capítulo 6

La señora Clayton no dejaba de pensar en el gran problema que tenía por delante con el duque por su propia culpa.

Trató de conseguirle ropa a la joven, pero solo tenía las que eran grises y para nada se ajustaban al estatus de la mujer. Para intentar calmar a la secuestrada, le llevó agua tibia en una jofaina para que se higienizara el rostro y parte de su cabello, también le llevó galletas y un té.

—Por favor, milady, trate de ser indulgente con el duque. Es un hombre desorientado para haber hecho algo así —dijo la mujer abogando por su amo.

—Tendré la misma cortesía que él ha tenido conmigo, es decir, ninguna. Quiere amedrentar a una pobre doncella enamorada que al recibir esa falsa carta de Marcus casi se muere de desasosiego. El capataz se muere por Meryl y no entiendo las razones por la que este gran señor se opone al amor entre unos sirvientes.

—Ellos dos crecieron juntos, milady. El duque ve a Marcus como un amigo más que como un sirviente y solo quiere ahorrarle dolor.

—Lo único que hará será dárselo.

Primrose bebió el té y comió las galletas después de lavarse el rostro y parte del cabello. Tendría que esperar a que el duque, tuviese un momento iluminado y se diese cuenta de lo que había hecho.

El ama de llaves la dejó sola y ni siquiera cerró la puerta con seguro. Primrose se sentó a esperar que el duque se presentara para

decir sus tonterías, lo escucharía y después le diría de qué moriría.

No tuvo que esperar mucho, la puerta se abrió. Ella se puso de pie y vio entrar al duque. Era tan atractivo y elegante que si no fuese porque la raptó le pediría que fuese su esposo.

Al cerrar tras él, no pudo evitar observar a la mujer que estaba ahí. Era diferente sin tanto barro en la cara. Se sentía mal al pensar que era hermosa. Debía recordar que era la persona que le gustaba a Marcus.

—Se ve diferente sin el barro, parece alguien decente.

Primrose no respondió, se limitó a observarlo con molestia.

—Hable de lo que tenga que decir y déjeme ir.

—Usted es una simple doncella, debería guardar silencio y escucharme.

—Entonces deje de dar tantas vueltas y diga lo que le preocupa.

—Quiero que deje a Marcus. No quiero que tenga distracciones ni desamores.

—¿Usted ve la relación como una amenaza? Lo mejor que podría hacer, su excelencia, es enfocarse en su esposa y dejar que los demás tengan la suya. ¿En qué le beneficia truncar el sueño de dos sirvientes?

—¿Cómo se atreve a hablarme así? ¿No sabe su lugar? Veo que convencerla de hacerse a un lado será una odisea, por lo que recurriré a lo que mejor funciona. —Alexander arrojó una bolsa con mucho dinero dentro—. No tendrá que volver a trabajar jamás si toma ese dinero. Si es inteligente puede comprar una casa.

La joven sonrió al ver eso y después suspiró. Ella no estaba sorprendida porque su padre hacía lo mismo para acabar con cualquier conflicto creciente. Hombres, creen que el dinero puede comprar todo.

—Vaya, no estoy impresionada. Con este dinero no convence a nadie. No debería ofrecerle dinero a los sirvientes, ellos huelen su necesidad, si saben que pueden ganar más, pedirán más. Su excelencia, creí que sería más inteligente.

—Cuente las monedas, volveré por la noche.

—¿Por la noche? Debe liberarme si no quiere tener problemas.

—La persona que está en problemas es usted. Haga lo que le ordené. Estará satisfecha con eso.

El duque cerró la puerta tras de sí y se retiró, dejando a Primrose en medio de la peor noticia. No podía quedarse ahí, sus tíos morirían de desesperación y sabía que Meryl se culparía por su desaparición. Sufría al pensar en todo lo que ocurriría durante su ausencia. Este hombre estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de deshacerse de la doncella que lo molestaba.

—¡Regrese aquí y libéreme! ¡Se arrepentirá de lo que está haciendo y lo pagará caro! —advirtió la joven golpeando la madera para llamar la atención del duque.

Mientras tanto, Alexander caminaba por el pasillo oyendo el eco de las advertencias de la joven. Se reía de ellas porque aquella doncella parecía creerse más de lo que era. No importaba que tuviese la apariencia de una dama de familia, él sabía quién era y cuál era el problema que tenía con ella. Aquella no se rendía respecto a Marcus, por eso la castigaría con silencio y tiempo de reclusión hasta que entendiera que sin él no lograría salir, solo lo

haría con un trato ventajoso, pero para su persona, no para una mujer.

La señora Clayton negaba con la cabeza al verlo conforme con lo que hacía, estaba lejos de imaginarse lo que había llevado a su casa: una dama de familia noble, adinerada y en edad casadera. ¿Qué pensaría la gente al saber que el duque la raptó? Nadie creería que no sabía lo que hacía, sería la ruina para un caballero de su reputación y estirpe. Además, era alguien que no pensaba en contraer matrimonio y esto le caería como un cubetazo de agua helada.

—Debería dejar ir a esa joven, excelencia. Es una locura tenerla prisionera en su casa. ¿Qué pensarán de usted?

—Nadie puede pensar algo que no saben, señora Clayton. ¿Cuántas personas la conocen o saben lo que hice? Nadie se preocupará por una criada, por supuesto, sin desmeritarla. A usted la necesito o moriré de hambre. Puedo cazar lo que sea, mas necesito que la comida tenga sazón o mi vida no tendrá sentido. De hecho, puedo contratar a más personas, pero ninguna será como usted.

—Al menos reconoce mi valía.

—Sí, es la mejor cocinera de todas las propiedades, es más necesaria que mi propia madre, eso es mucho mérito, señora Clayton.

—No va a endulzarme con palabras azucaradas, su excelencia, conozco sus secretos y sus sucias intenciones.

—Señora Clayton, usted solo debería limitarse a hacer su trabajo y...

—Y contarle a la duquesa lo que hace. Usted sabe que ella aprecia a Marcus y quiere que se case. Si usted sigue de esta manera, lo sabrá y ella acabará con su persona por truncar los planes de otros. Sabe cómo se pone cuando quiere que la gente se case. Es víctima de esas mismas artimañas y se niega por gusto. El capataz quiere casarse con una doncella y usted pone trabas absurdas, excelencia. Vaya a esa habitación y devuelva a esa joven a su casa.

—No lo haré hasta que acepte el dinero que le ofrecí para abandonar esa tontería.

—No lo conseguirá, se lo aseguro. Esta mujer no solo puede costarle su amistad, sino también su soltería. Considérelo.

—¿Mi soltería? ¿Le ha puesto opio a las galletas, señora Clayton? Porque no veo en qué una criatura inferior puede influir en mi vida.

—Puede hacerlo más de lo que cree...

La mujer fue hacia la puerta que estaba cerrada y golpeó.

—¿Está bien, milady?

—¡Necesito salir de aquí! Si mis tíos no me encuentran, se desatará un verdadero Apocalipsis.

—No puedo hacer nada. He intentado convencer al duque, pero está reacio. No piensa dejarla ir hasta que acepte el dinero. Milady, dígale la verdad y no se arriesgue. ¿Quiere terminar casada con un hombre así?

Primrose se puso pensativa y evaluó si quería casarse con él. Era un duque, rico atractivo, pero no creía que eso compensara su demencia.

—No, no quiero. Fijarme en su atractivo puede ser un problema de juicio. Prefiero no arriesgarme.

—¡Oh, milady! El duque es un demonio desde que lo traicionaron, quizá no sea un buen esposo nunca. Iré a intentar convencerlo otra vez. No quiero que tenga que pasar por esto.

Escuchó que los pasos de la mujer se alejaban y Primrose se quedó pensando en lo que había dicho el ama de llaves. ¿Quién traicionó al duque y lo convirtió en esto que era?

Durante el paso de las horas ella buscó un lugar más cómodo que la silla que le habían proporcionado. No sabía cuánto tiempo había pasado en realidad. No tenía certeza de si el sol había entrado o no, solo sabía que la ansiedad la consumía. Sus tíos debían estar trepando por el techo y la pobre Meryl estaría deshecha al creer que la perdió por imprudente. No quería que ninguno de ellos se sintiera culpables por lo que ocurría.

Por un lado, le alegraba que el duque la hubiese tomado a ella, porque Meryl no hubiese podido tolerar esto que ocurría. Esto le daría cierta ventaja para proteger el amor entre Marcus y ella. No dejaría que nadie echara a perder eso tan bonito que tenían.

Acostada en el suelo, cerró los ojos por el aburrimiento. Ese lugar era una verdadera prisión tortuosa sin ventanas, no se podía saber la hora o un aproximado y eso la desesperaba. Solo deseaba que su familia no se preocupara demasiado, aunque sabía que eso no ocurriría.

Una vez que cayó la noche, el duque fue a la habitación de Primrose. Al abrir, la encontró en un rincón, tumbada con los ojos cerrados. La verdad que comenzó a sentirse mal. Ni por más que fuese una criada debería estar durmiendo en aquel lugar frío y duro.

Carraspeó su garganta para saber si ella respondía. La notó abriendo los ojos. Enseguida se puso de pie con un salto y cruzó los brazos.

Primrose se había quedado dormida por el aburrimiento. El sonido del carraspeo de ese hombre la despertó. Se sentía avergonzada, pero no lo demostraría.

—¿Ha pensado en lo que le ofrecí?

—No hay nada que pensar, quédese con su sucio dinero.

—Entonces seguirá aquí hasta que acepte y lo hará sin comida.

La joven cogió la bolsa de dinero y se la arrojó con violencia en el rostro del duque.

—Hemos terminado con esta farsa absurda. Agradezco haber sido raptada yo y no Meryl, porque la pobre hubiese muerto de miedo. Se equivocó de persona, excelencia. Le ordeno que me libere para ir con mis tíos.

Por un minuto él se quedó en silencio, pero después comenzó a reír a carcajadas groseras.

—¡Por favor, es una doncella! ¡Mírese!

—Estoy vestida así porque su ama de llaves no tenía prendas dignas para la hija de un duque, hermana del actual, prima de un conde y sobrina del letrado más importante de la ciudad. Oh, eso sin decir que mis cuñados, el marqués de Archer y el conde de Mulgrave podrían ser sus conocidos.

Eso hizo que él dejara de reír. Lord Mulgrave resonaba en su cabeza y sabía la razón. Tenía una deuda eterna con él y su esposa por salvar a su hermano del señor Damon.

—¿Está hablando en serio? ¿Conoce a lord Mulgrave?

—Sí, es mi cuñado y Daisy mi prima, pero fuimos criadas como hermanas por mis tíos John y Martha.

Ese fue el momento en que Alexander cerró los ojos y supo que tenía un problema entre las manos.

—Yo...

—Guárdese lo que tenga que decir, espero que no sea de noche para poder aparecer por mi casa. Tendré que contar lo que le quiso hacer a la doncella de mi tía, la condesa de Riverside.

—Maldición... —murmuró, aunque ella lo escuchó.

—Sí, maldición, mucha maldición para usted si no me devuelve a casa de mi familia en este mismo instante.

—Es medianoche... —confesó Alexander haciendo que la joven frente a él abriera tanto la boca hasta casi romper su propia quijada.

Enfadada, Primrose se acercó a él y dio una bofetada.

—Es hora de que me libere y me preste un caballo para ir. Le contaré a mi tío lo que me hizo.

—Si usted habla, caeremos los dos. Lo mejor es decir que se perdió en medio del monte. Las jóvenes de ciudad suelen tener esos problemas.

—Vengo a este condado desde que nací. Conozco este sitio mejor que usted.

Capítulo 7

A Alexander le ardía el rostro por la bofetada que recibió. Esa mujer tenía una piedra en lugar de mano. No sabía qué más decir para tapar su error.

—Si hubiese hablado antes, no seguiría aquí. Debió ser sincera desde un principio.

—No, excelencia. Usted debió respetar los deseos de su sirviente y darle la bendición para que le propusiera matrimonio a Meryl. Conocí a Marcus hace un par de días porque estoy de visita y me pareció alguien enamorado al igual que la doncella. Agradezco saber hasta donde es capaz de llegar para truncar el futuro de dos personas que se aman. Debería darle vergüenza su proceder.

—Usted no entiende. Las mujeres son lo peor que puede pasarle a un buen hombre. Son capaces de cambiarlo por otro de menos valía.

—No sé de dónde saca ideas tan absurdas, pero por su bien no fume, el humo se le ha subido a la cabeza.

—Definitivamente, no podemos encontrar un equilibrio.

—Lo que menos me incumbe es encontrar un equilibrio con un desequilibrado. Quiero que me proporcione algo para llevar a mi casa, un caballo, carruaje, lo que sea...

—El carruaje lo tiene Marcus y afuera está lloviendo, no puede ir a caballo.

—¿Y dice todo esto tan campante? ¿Sabe lo que significa que pase la noche en este sitio? No me quedaré un segundo más en esta habitación. Haga que me preparen unos aposentos dignos de una dama. No pienso volver a ser tratada como algo peor que un sirviente.

—¿Y quién se cree que es para ordenarme? —increpó con molestia ante el tono petulante de la joven.

—¿Quiere que le explique el problema? Me sacó de la propiedad de mis tíos bajo amenazas y todavía finge demencia. Admita su error y simplemente deme lo que corresponde a una dama de mi clase.

—Ni siquiera sé su nombre...

—Lady Primrose Lowther. Si pone comodidades para mí, tal vez no termine tan mal bajo mis ojos, pero tenga en cuenta que esto que ha hecho no nos beneficia en una sociedad en la que dos solteros no pueden pasar la noche bajo un mismo techo sin una carabina presente. Le sugeriría que durmiera en las caballerizas, pero el mal está hecho, llevo todo el día aquí y si mis tíos fueron con desesperación al pueblo para buscarme, puede considerarse en serios problemas.

Alexander intentaba mantener la calma para no pegar el grito al cielo con esa mujer. Claramente, se había equivocado con ella al creer que era una doncella. Debió haberlo visto y no pensado mal, pero no recapacitó a tiempo. Tenía un problema entre manos y no sabía cómo solucionarlo. La raptó, trató mal y la humilló. Cuando eso llegara a oídos de sus padres, estaría en un problema, los había conocido y también sabía cómo se había dado el matrimonio entre lord Mulgrave y lady Daisy. Temía por su suerte en este punto, pues el rapto era lo que no le ayudaba. No podía terminar casado con una dama salvaje y mandona como esta. De hecho, con ninguna, prefería mantenerse soltero, puesto que tenía un hermano que podría ser su heredero. No tenía apuro ni intenciones de volver a

parecer un venado. Esquivar esta bala era su prioridad, aunque mientras más lo pensaba, terminaba más complicado, pareciendo culpable y sin posibilidades de redención.

—¿Está pensando en lo que le pedí? Merezco que me traten como mi posición lo amerita. Quiero una habitación, comida decente y atención. Usted es un duque, no debería costarle darme lo que le pido y de lo que me privó casi por un día. Esto nunca debió ocurrir, no debimos conocernos en estas circunstancias... —dijo Primrose. En verdad lamentaba lo que ocurría, porque el duque era tan atractivo que se arrepentiría de haberlo conocido así. Un salón de baile, una pieza y un par de copas hubiesen sido lo ideal, pero tuvo que conocerlo en su momento más bajo.

—Nunca debimos conocernos.

Esas palabras fueron como un golpe para Primrose, porque no entendía tanto odio y grosería de su parte, no solo a ella al saber quién era, sino también con Meryl.

—Esas palabras son duras.

—Su mano ha sido más dura con esa bofetada. ¿Cree que estoy feliz de haberla recibido?

—No, pero la merecía y lo sabe.

Él se hizo a un lado de la puerta y la dejó pasar para que saliera.

El pasillo estaba en penumbras y al llegar al área del salón los relámpagos se colaban a través de las finas cortinas. Era cierto que estaba lloviendo. El enorme reloj marcaba unos minutos después de la medianoche.

—Señora Clayton —llamó el duque a su ama de llaves.

La mujer apareció en bata y camisón.

—Diga, excelencia.

—Prepare una habitación para milady y sírvale algo decente para comer —habló tratando de disfrazar la vergüenza en su voz.

El ama de llaves lo miraba como si le insinuara: se lo dije. Asintió ante la orden y fue a hacer lo que le pedía.

—Hace rato no pude apreciar su casa, excelencia, pasé tan rápido al cautiverio que todo lo bonito pasó desapercibido. —Ella se sentó en un sillón y observó a su alrededor.

—¿Espera que me disculpe por todo? Lo digo porque no deja de insinuar que la secuestré.

—¿Y qué otro nombre merece lo que hizo? Podríamos decir que me raptó, me hizo desaparecer y me robó de la seguridad de las tierras de mi tío.

—Si lo dice así, parezco culpable, pero debió hablar conmigo.

—No lo hice porque hubiese destrozado a Meryl, ella es sensible. Desde un principio, la carta le resultó sospechosa, porque Marcus no escribía de esa manera. Debería esforzarse más para su engaño, excelencia. Me ofrecí a ir con ella, en el camino caí de cara al barro y mientras esperaba que ella me trajera un delantal nuevo, apareció usted en el caballo de su sirviente.

—¿Cómo sabía que era su caballo?

—Porque lo toqué y le canté hace unos días. Es un bello espécimen, inteligente y leal...

—Entonces usted era la mujer que vi desde lejos. Así supe cuál era el lugar en donde se encontraban. Pensé que era Meryl, sus prendas de ese día y las de hoy...

—¿Piensa que saldría con mi vestido más elegante a pasear entre la maleza? Soy una persona práctica, su excelencia, y usted, alguien que no piensa más allá de su propio beneficio. Lo que planeó le salió terriblemente mal.

Alexander alzó la barbilla y le dio la espalda. Fue hacia una de las ventanas, colocó sus dos manos entrelazadas en la espalda, pensando en qué decirle a esa mujer. Era peor que una fiera. No había visto a una dama con tanta confianza y autoridad en sus palabras. No era bella, sino que también parecía ser inteligente. Lo mejor que podía hacer era deshacerse de ella. Era un problema con el que no podría lidiar a corto plazo y menos si resultaba en que debía responder a algo. No quería pensar en que lo acusaría de hechos que no había ocurrido para conseguir un matrimonio.

—Usted no es solo bella, milady, también es inteligente. Considero que ha llegado el momento de negociar mi error.

Ella entrecerró los ojos esperando que ese hombre, que parecía fiel a su naturaleza de cometer errores, dijera otra cosa que hiciera que pensara que era un tonto.

—Usted también es atractivo, excelencia, aunque considero que su inteligencia debería utilizarla para el bien, porque no sirve para el mal. Si piensa ofrecerme dinero, ahorre saliva. Lo tengo de sobra. Mi padre puede darme lo que deseo y no necesito que nadie me ofrezca un soborno para no contar que perdió el juicio al raptar a una dama de cuna.

—¿Entiende que esto se complicará? ¿Comprende las implicancias?

—Usted debió pensarlo antes. Recapacitar hubiese sido el camino.

—No quiero casarme. La odio a usted y a otras mujeres que son capaces de las bajezas más grandes.

—¿Qué tengo que ver con sus problemas con otras mujeres? Tampoco me ilusiona casarme con alguien tan grosero. Mi futuro esposo solo debe tener dinero, posición, ser amable, adorable y que yo lo adore. Mi pensamiento es básico y considero que el amor llega con el tiempo. Mi primera hermana odiaba la pobreza de su esposo, aunque le rogó para que se casaran cuando caminaba y se le caía un diamante y Daisy... Bueno, ella se enamoró de un hombre sin alma. Si ellas pudieron, yo también puedo quererlo a usted, quizá en unos veinte años.

A Alexander se le escapó una risa burlona.

—No nos casaremos y no tendrá que amarme en veinte años. Solo dígame su precio. ¿Quiere un caballo? ¿Una mansión en algún condado? Puedo conseguirle un esposo que claramente no seré yo, solo diga lo que más valore.

Esta vez el turno de reír le correspondía a Primrose. Se puso de pie y caminó por el salón en la misma posición en la que él tenía las manos.

—No puede darme lo que quiero.

—¿Por qué no?

—Porque no es Dios y no puede revivir a los muertos. Lo que más valoro lo tengo y es el afecto de mi familia.

—Pone las cosas difíciles. Todos tenemos un precio, ¿cuál es el suyo?

—Sigue insistiendo con eso, pero sé que usted es lerdo en entendimiento. No insistiré. Que sea lo que tenga que ser y que pase lo que tenga que pasar cuando mi familia sepa que me tuvo retenida un día en contra de mi voluntad. Puede empañar mi reputación, pero la suya quedará a tres metros bajo el lodo, tan sucia que no volverá a verla.

El duque gruñó exagerado.

—¡Debe tener un maldito precio! —espetó golpeando el marco de la ventana con el puño derecho.

Él comenzaba a entrar en desesperación. Sabía que de esto no se salvaría si no hacía algo. Para no casarse solo tenía una opción y esa era matarla y enterrar el cuerpo, así quedaría como desaparecida, tal vez dirían que se fue con alguien, pero jamás llegarían hasta un duque.

Esa terrible idea había cruzado por su mente. Giró sobre sus talones y la vio ahí, quieta, había dejado de caminar para observarlo con reproche y después cruzar los brazos con movimientos negativos de la cabeza. Antes de que él pudiese imaginar su entierro, ella ya lo estaría enterrando primero. Esa idea era mala, muy mala. La joven no tenía la culpa de su error, quizá si intentaba de otra manera, aquella desistiera y dijera que se perdió.

—Está perdiendo los estribos, excelencia. Eso podría darle miedo a cualquiera, menos a mí... —Primrose sabía que estaba en una situación peligrosa, pero debía sacar ventaja de esto y en ese momento se le ocurrió la mejor idea de todas—. Negociemos, excelencia...

Esas palabras fueron un poco de luz en la oscuridad de los pensamientos de Alexander.

—Sabía que sería razonable.

—No negociaremos si tengo la garganta seca y el estómago vacío. Primero la comida y se sentará a comer conmigo, hará buena conversación, lo conoceré y hablaremos de un trato justo que nos beneficie a ambos si me convence de que no es un monstruo.

—No estoy seguro de no ser un monstruo...

—Entonces tampoco estoy segura de proponer un trato justo.

Exasperado, el duque cogió la campanilla. La señora Clayton estaba a punto de estallar con lo que debía hacer como para que le pidieran algo más.

—¿Se le ofrece algo más, excelencia?

—Sí, ponga la mesa para dos personas y lleve vino.

—Usted ha cenado.

—No importa, solo sírvame menos.

—Sí, excelencia.

La mujer se fue con una sonrisa extraña en la boca. Le sorprendía ver al duque completamente domado por una desconocida.

Ambos esperaron a que el ama de llaves avisara que todo estaba listo para que pasaran, ese proceso tardó al menos media hora.

Cuando la señora Clayton avisó, los dos se sentaron a la mesa. Alexander debió comportarse como un caballero estirando su silla.

Necesitaba conseguir un trato para salir del embrollo en el que se había metido solo.

Capítulo 8

—Ahora cuénteme sobre su desprecio hacia las damas. Me interesa escuchar. No sé si tenga que ver con una palabra destacada: traición —mencionó Primrose que pinchó su patata.

—No veo la razón para hablar de asuntos personales, milady. Deberíamos estar negociando. —Él quería esquivar el asunto.

—Le dije que debía darme una buena conversación. Parte de eso es contar cosas interesantes. Usted es un hombre mucho mayor que yo, por lo que supongo que tiene experiencias que contar, ¿o prefiere que la pregunte a una matrona anciana y alcahueta?

—Es menos vergonzoso si lo cuentan esas personas, milady. —El duque bebió un sorbo de su vino.

—¿Eso significa que no me enteraré? No lo juzgaré más, creo que he juzgado sus defectos lo suficiente por un día. Usted y yo estamos cansados del juego del gato y el ratón.

—Puedo contarlo, pero hay humillaciones que nunca se borran y que, en lugar de olvidarse, recuerdan la sensación amarga.

—Soy buena escuchando. Distráigame con algo que me haga pensar en un trato ventajoso para usted más que para mí.

—¿Podría mentir por lástima? Si es así, se lo contaré.

—¿Está apelando a mi parte sentimental?

—No, pero si le llega lo que le diré, puede que usted olvide que me vio y nunca estuvo aquí, ¿no le parece un excelente trato?

—Sí, me parece un excelente trato, pero para usted. ¿En dónde está mi ganancia?

—Es cierto no podemos negociar con contraprestación.

—Lo escucho...

Alexander suspiró y, resignado, comenzó su relato.

—Fue hace siete años atrás. Era un joven comprometido, en mis tiernos veintitrés. Conocí a la que me destruyó en términos de reputación y construyó otra que muchos prefieren callar antes que hablar. La descubrí con un barón en la biblioteca de una casa a la que fuimos a una velada. Todos sabían del compromiso, era de dominio público; sin embargo, ella pareció olvidarlo cuando le abrió las piernas a otro hombre. Lo cogí de sus prendas, lo golpeé hasta tirarle los dientes, ese hombre no debe estar sonriendo hasta hoy y después lo tiré en medio del salón, también arrastré a mi prometida y lo arrojé junto a él. Conté todo en público. Destruí no solo mi imagen, los destruí a ellos. No hay caballero más peligroso que aquel que fue traicionado. Puse mi confianza en la persona que quise que fuera la duquesa. A estas alturas sería el venado más grande de la ciudad. Agradezco haberlo descubierto, mas el daño estaba hecho. Me alejé para criar caballos, hacer contabilidad y administrar mis propiedades. Nunca me quedo quieto, soy un nómada.

Primrose no pudo seguir comiendo después de lo que había oído. Sentía remordimientos al no salir corriendo de ahí y decir que se perdió como él le había sugerido. Este caballero tenía mucho rencor solo por una mujer. Las demás solo entraban en la misma bolsa por defecto.

—Lo lamento. Qué mujer tan sucia...

Alexander no esperaba esa sinceridad de ella. Rio a carcajadas cuando la oyó.

La joven lo observaba y podía ver que detrás de la locura que estaba desafiando, veía los ojos más amables y risueños del mundo. Solo que él todavía cargaba con un gran dolor por lo ocurrido.

—¿Todavía tiene sentimientos por ella?

—Sí, por supuesto. Odio y muchas ganas de que se muera. Me arrodillo cada noche para ser escuchado en mis plegarias y que esa gran plaga de la humanidad desaparezca.

Ella casi escupe el vino al oírlo decir algo semejante.

—¿Y de alguna manera se han cumplido sus malos deseos?

—Tal vez. Supongo que Dios no escucha cuando se desea el mal a alguien, entonces debo hacerlo por mi cuenta. Los perjudico cada vez que los recuerdo, aunque no lo crea, no ocurre con tanta frecuencia. El enfado se enfría con el tiempo. Cuando me siento frustrado busco hacer daño. Los perjudiqué con sus tierras, su dinero y ahora lo haré con uno de sus hijos.

Al oír eso, a Primrose se le disparó el corazón.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó con los latidos en los oídos.

—Que mandé secuestrar a su heredero. No merece ser criado con alguien sin valores. Lo tendré conmigo por su bien. ¿Qué moral pueden enseñarle dos inmorales? Seamos razonables. —Alexander llenó su copa de vino y la levantó hacia ella que parecía aterrorizada por lo que contaba.

—Pocas cosas me han dejado sin palabras. Creí que solo era malicioso con Meryl, pero esto va más allá de cualquier cosa. Separar a un niño de su entorno no es algo que debería hacerse. No digo que olvide lo que le hicieron, pero es un niño.

—Un niño al que cuidaré y educaré como merece. No puede crecer con gente demente. Le estaré haciendo bien.

—¿Esa idea lo dejará dormir?

—Sí. Imagino que su hijo ya debe tener seis años. Es suficientemente mayor para tener un preceptor.

La joven le mostró su copa al duque para que le sirviera más vino.

—Ahora que me conoce, también siento curiosidad por saber de usted. Conocí a su hermana y su cuñado. Me hice amigo de él y le envié un presente valioso por su matrimonio.

—¿Un presente valioso?

—Puede preguntarle a él cuando lo vea. No pienso ensuciar más mi imagen.

—Oh, Dios. Temo preguntar —confesó.

Sin dudas, Primrose estaba bajo el techo de alguien que tenía la realidad distorsionada. Era un verdadero loco.

—Cuénteme, ¿tiene algo interesante que contar?

—No, mi vida es aburrida y no tan excitante como la suya que siempre está en constante movimiento. Perdí a mis padres en un naufragio y desde pequeña vivo con mis tíos. Mis primos también perdieron a los suyos en el mismo barco, por esa razón Daisy es más

una hermana que otro pariente más. Me gustan los caballos y tengo varios en todas las propiedades familiares, canto para ellos con frecuencia. Dicen que eso los calma. Se dejan acariciar y cepillar sin resistencia.

—¿Canta solo para los animales o también para humanos?

—En realidad, debería hacerlo para las veladas, pero como todavía debo presentarme esta temporada...

—¿No ha debutado? —preguntó con interés.

—No, no he tenido la oportunidad y espero tenerla para conocer a mi futuro esposo. Porque si todo sale mal aquí, usted será la persona con la que pasaré el resto de mi vida.

El problema que tenía iba más allá de lo que pensaba. Una debutante que ni siquiera había debutado. Necesitaba una salida.

—Eso nos lleva al mismo punto del principio: negociar.

—Sí. Tengo una propuesta que nos beneficiará a ambos. Antes del amanecer, saldré con mi ropa de ayer y me llevará hasta el límite de la propiedad de mi tío. Fingiré estar perdida y eso será todo...

—Estoy de acuerdo...

—Pero...

—¿En verdad tiene que poner trabas a eso? La idea es perfecta.

—El trato es solo ventajoso para usted hasta este punto y la idea es que ambos la tengamos.

—La escucho.

—Llegaremos a este trato solo si usted aprueba el matrimonio entre Meryl y Marcus. ¿Prefiere conservar su soltería o dejar libre a su amigo?

—¡Esto es un disparate! Pobre de mí que no soy sordo para tener que escuchar esta tontería.

—¿En qué se supone que es un disparate o una tontería?

—¡Usted debería ser muda!

—Lo prefiero a usted siendo sordo. De hecho, lo es por no querer escuchar sobre esta solución que nos beneficia a todos. Usted no se casa conmigo y puede seguir revolcándose en la osamenta de su venganza, yo sigo soltera y ellos dos se casan. Es un trato justo, completamente favorable para todos los involucrados, los cuatro seremos felices, cada uno con lo que desea.

Al duque le costaba perder esta partida, pero dentro de todo, lo que ella decía era demasiado razonable o, más bien, la única forma en que no tendría que casarse, mas eso significaba perder a Marcus y no sabía si estaba dispuesto a eso.

—¿Y si nos centramos en lo que sería nuestra felicidad cada uno por su lado?

Para sorpresa de Alexander, Primrose rio cantarina.

—A mí me conviene un esposo rico que me ofrezca todo para mantenerme muda. El matrimonio con un duque es la aspiración máxima de cualquier dama; sin embargo, estoy siendo generosa al darle la opción de no casarse conmigo por este pequeño malentendido. Para eso hay una condición y es dejar a los demás ser felices. Estoy dispuesta a ceder mis ideales ambiciosos por la felicidad verdadera de dos personas que se aman. Nosotros dos no lo hacemos, así que no pierdo nada, solo una excelente oportunidad

de lucirme ante la sociedad del brazo de un hombre importante y que me llamen «su excelencia o su gracia». No suena mal.

—Lo que quiero es mantenerme soltero y que Marcus también lo siga siendo para que siempre me acompañe.

—Eso es egoísta. ¿Sabe qué es lo único que conseguirá? Casarse con alguien que no quiere y perder a su amigo, porque créame, él está pensando en dejarlo por tener a Meryl. ¿No es mejor conservarlo cerca, aunque sea solo por la mitad?

Lo último que dijo Primrose lo golpeó en el estómago. Parecía sentir un impacto, como si fuese un susto grande. No dijo nada, al menos por unos minutos. Su mente estaba haciendo el trabajo de años. Trataba de convencerse de que no era difícil tomar una decisión que lo salvara a él e hiciera feliz a su amigo. Su egoísmo era grande cuando se trataba de no perder a una de las únicas personas leales que conocía aparte de su madre y hermano. Los ojos de la joven esperaban una respuesta, se abrían y cerraban con aburrimiento. Ella no parecía tener inconveniente con nada. Le daba igual perderlo sin haberlo tenido y dejar escapar un título. Eso era lo que hacía la falta de sentimentalismo. Para él, los sentimientos y las relaciones estaban ligados a la lealtad y le daba la impresión de que Primrose no era una persona leal, aunque después recordaba que ella estaba perdiendo una oportunidad de oro con un duque por una doncella y un capataz que decían amarse con locura.

—¿Dirá algo? Estoy esperando. ¿Quiere que termine la botella para que responda? Estoy a poco de hacerlo si sigue tardando. Ambos debemos dormir, ¿lo sabe?

—Está bien. Dejaré que se casen, pero debe salir bien o esto se cae.

—Entonces es un trato.

Para Primrose parecía lo más justo; no obstante, pensaba en lo que estaba perdiendo. Un hombre atractivo, con un poco de demencia, pero era aceptable. Le resultaba divertido, alguien con quien podría discutir por cualquier cosa para mantener viva la llama de no sabía el qué, porque no era amor lo que sentía, sino que ese caballero quemaba sus ojos con su belleza y sus gestos. Era casi irresistible. Definitivamente, era la más tonta de las mujeres por desaprovechar la oportunidad de casarse con un excelente candidato que se puso en bandeja de plata para ella sin saberlo. Debía olvidarse de todo ya que no existía amor entre ellos y tampoco existiría eso en el futuro.

Los dos dieron un último sorbo a sus copas de vino. Alexander llevó a la joven hacia la planta alta y la dejó frente a una de las habitaciones.

—¿Cree que me arrepentiré de no aprovechar esta oportunidad de tener esposo sin esfuerzo? —preguntó con la mano sobre el picaporte.

—No, no soy apto para esposo. No puedo confiar en nadie, no seré una buena compañía. No me preocupa casarme, tengo lo que necesito en las mujeres del pueblo o de donde yo desee.

—¿Y su heredero?

—No lo necesito. Tengo un hermano menor que merece este título cuando yo ya no esté.

—No debería cerrarse a confiar otra vez. Soy una mujer honesta y lo respetaría si se casara conmigo.

La sorpresa invadió a Alexander y observó a Primrose con otros ojos. Su belleza resplandecía bajo aquella penumbra.

—¿No estará pensando en romper el pacto?

—No puedo hacerlo, porque para un matrimonio los dos deben querer, ¿o no?

—A veces no. Para atar a alguien solo se necesita a uno.

Capítulo 9

—Eso no sería justo. ¿No irá a Londres esta temporada?

—¿Para qué? ¿Qué tendría que hacer ahí?

—Tal vez solo para bailar con algunas mujeres. No es bueno que un caballero no disfrute la diversión del baile y una velada musical. Mi madre me ha dicho que buscará eventos para que pueda cantar en ellos...

—Oh, no. He sufrido suficiente en el pasado con los bailes y las veladas musicales. La buena salud de mis oídos no es negociable.

—Canto bien y soy capaz de domar fieras.

—Considero que está sobrevalorando sus capacidades, pero entiendo que todas las damas quieren impresionar. Lo malo es que yo no me impresiono con cualquier cosa.

—¿Está llamando cualquier cosa a mi arte?

—No específicamente al suyo, sino en general.

Primrose llevó aire a sus pulmones y entonó una melodía antes de que Alexander alcanzara a colocarse las manos sobre sus orejas. Interpretaba una de las canciones que Martha cantaba para ellas en la habitación que compartía con Iris y Camilla. A veces pedían que la interpretara por más tiempo, amaban el tono amoroso que utilizaba, nunca sintieron que no fuese su madre.

El duque se había preparado para un clásico «desbarajuste»; no obstante, escuchaba la canción que su niñera le cantaba cuando

tenía miedo durante la ausencia de sus padres cuando era un niño pequeño. Los recuerdos se agolpaban en su mente y lo hacían pensar en tiempos mejores. La veía mover las manos con gracia y cerrar los ojos en las notas más altas. Esta mujer era más de lo que podía manejar en medio de sus desventajas.

Cuando terminó su canto, ella sonrió con suficiencia.

—¿Le duelen los oídos? —curioseó alzando una ceja.

Él respondió alzando las manos en señal de rendición.

—No hay como defenderme, canta como un verdadero ángel.

—Gracias. Lo esperaré en Londres para que me oiga cantar más piezas.

—¿De dónde conoce esa canción?

—Es una que siempre cantaba mi madre o para que usted entienda, mi tía Martha. Decía que era una canción antigua que venía desde siglos atrás, pero no sabe el lugar exacto de donde surgió, solo sabía que quería interpretar eso para sus hijos.

—Mi niñera la cantaba con frecuencia.

—Tenemos algo en común...

El silencio se alzó sobre ellos, indicándoles que debían separarse por esa noche.

—Buenas noches, milady... —La despidió el duque con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, no olvide que debe dejarme en el límite de las tierras de mi tío antes del amanecer. Si no cumple el trato de

consentir la unión entre Marcus y Meryl, cantaré, pero como un pajarito todo lo que hizo. —Ella hizo una venia educada y levantó su mirada dirigiéndola hacia los ojos de él para dejar claro su punto.

—Honraré el trato, siempre que usted también lo cumpla y no quiera aprovecharse delatándome después de haber dado mi bendición.

—No sería capaz de tal bajeza, excelencia.

—Me está chantajeando. A estas alturas la creo capaz de cualquier cosa descabellada.

La joven le entregó una sonrisa y giró el picaporte para entrar a la habitación. Mientras cerraba la puerta no dejaba de mirar al duque que tampoco la perdía de vista. Al terminar, ella suspiró e hizo un gesto con ambos brazos de haber ganado una batalla. Dio un bostezo y fue hasta la cama. La misma era suave y cómoda, digna de los aposentos de invitados de un duque. Bien podría acostumbrarse a un lugar así y a un hombre trastornado, por supuesto que sí. Aquel no era una persona fácil, pero había formas de acercarse a la coraza sin romperla. Ella podría ser como esa gota que caía cada día sobre la misma piedra hasta erosionarla. Quizá estaba achicando sus posibilidades de matrimonio, mas existían ventajas. Él era; no con certeza, el caballero que deseaba en su vida.

Seguía sonriendo mientras se acostaba y pensaba en el día tan extraño que había tenido. Fue raptada, obligada a permanecer en un sitio sin ventanas y dormir en el suelo, para después cenar y hacer un trato con su captor. Todo eso sonaba extraño y delirante. Nadie le creería si llegara a contarlo. Para su mala suerte, Primrose era una mujer de palabra y no delataría al duque para obtener una ventaja deseable. No era la manera de tener un esposo.

Con el paso de los minutos se quedó dormida hasta que abrió los ojos de golpe. El sonido en los pasillos la despertó.

Al abrir la puerta, pudo distinguir la figura alta del duque en albornoz, yendo a largas zancadas. ¿Qué estaba ocurriendo?

La señora Clayton había oído golpes en la puerta, entonces miró por la ventana y vio un carruaje frente a la entrada y a dos mujeres y un hombre. Abrió y levantó su lámpara para mirarlos.

—¿Qué se les ofrece a esta hora?

—¿Se encuentra Marcus, el capataz? —indagó el hombre.

—Marcus fue enviado a unas gestiones del duque esta mañana. No se encuentra en la propiedad. ¿Quién lo busca?

—El conde de Riverside.

Al ama de llaves se le subieron los colores al rostro. Se sentía enferma. No podía creer que los problemas habían tocado la puerta y ella abrió como si nada, sin cuidado alguno. Estaba en un gran problema y había metido a su patrón en uno aún peor.

—Le diré que lo han buscado... —Ella cerró la puerta de inmediato y corrió escaleras arriba. Sin perder tiempo entró a la habitación de Alexander, que estaba acostado en la cama con los ojos cerrados—. ¡Despierte, excelencia!

Alexander despertó sumido en la confusión y vio la enorme cara de su ama de llaves mirándolo.

—¿Qué ocurre, señora Clayton? ¿Quiere que la despida? Sabe que odio que me despierten sin una buena razón.

—Tengo una, lo juro.

—Debe ser demasiado importante.

—Lo es. El conde de Riverside está en la entrada y preguntó por Marcus. Cometí el error de abrir y responder que no estaba. Ahora están tocando de nuevo, excelencia. Ya no quiero abrir porque estoy segura de que preguntarán por la joven.

Él estaba a punto de perder lo poco que le quedaba de calma. Se levantó de un salto y comenzó a dar vueltas por la habitación con pasos pesados.

—Me van a casar —dijo nervioso.

—Si no abre la puerta nadie sabrá que cometió el terrible error de tener pésima suerte en su plan.

—No puedo. Debo abrir esa puerta, pero debo hacerlo con sangre fría. ¿Solo está él?

—No, está con dos mujeres.

—Eso es malo, no puedo enviar a que le hagan algo y ocultamos el problema.

—No puede creer que todo se solucione enterrando gente, excelencia.

—Créame que sí se solucionan, señora Clayton, pero no puedo hacerlo con gente inocente. ¿Por qué demonios tuve que cruzarme con esta mujer?

—Podría hacerse esas preguntas después, ahora tenemos una situación que requiere su atención inmediata.

—Es cierto. Solo el matrimonio es capaz de ponerme de malhumor. —El duque cogió su albornoz que estaba colgado cerca de la puerta, se lo puso y salió disparado hacia la entrada pensando en qué decir.

Al bajar las escaleras oyó es sonido de los golpes insistentes. Abrió con brusquedad y vio a esa gente ahí, de pie, abrigados hasta no poder más.

—Mi ama de llaves les dijo que Marcus no estaba... —habló con severidad.

—¿Es usted el duque? Disculpe, solo estamos buscando a mi sobrina, Primrose. Es una joven rubia, de ojos azules, tenía un vestido gastado en color lavanda y es alta.

—No la he visto. ¿Cuándo se perdió?

—Meryl dice que fue esta tarde, la dejó en el lugar que frecuentaban siempre y confesó que ahí debían encontrarse con su capataz... —Lord Riverside indicó hacia su doncella que estaba hecha un mar de lágrimas. Sus ojos hinchados delataban que estuvo llorando por horas—. No queremos pensar que la ha atacado un animal. Su sirviente tampoco pudo haberla tomado del campo. Hemos enviado cartas a sus padres para que vinieran lo más pronto posible. Estamos destrozados.

—Ayudaré con la búsqueda de su sobrina. Estoy seguro de que puede estar en mis tierras, quizá entró por error y se perdió. Tengo muchos bosquecillos que en los que uno puede dar muchas vueltas sin darse cuenta —mintió con naturalidad—. Pediré a mis sirvientes que comiencen ahora mismo.

—Se lo agradecemos mucho... —musitó la condesa entre lágrimas—. Oh, mi pobre Primrose...

Ver a esas personas desesperadas incomodaba a Alexander. Llevaba mucho tiempo sin sentir remordimientos y era algo demasiado incómodo y pesado de llevar. No recordaba nada bueno que hubiese hecho en los últimos siete años. Ya no era el joven sonriente que quería casarse con una mujer hermosa. Era un hombre con dinero que utilizaba su influencia para perjudicar a otros, agrandar la malicia y, por supuesto, abrir la puerta al infierno.

Desde las escaleras, Primrose escuchó todo lo que habían conversado. Le dolía el corazón no poder gritarles a sus tíos que estaba ahí, pero debía cumplir el trato. Dejó que unas lágrimas brotaran por la tristeza que le daba mentir. Nunca quiso hacerlo, solo cayó en un lugar que ni siquiera sabía que existía.

Cuando Alexander se giró y vio a Primrose en la escalera con lágrimas en los ojos, sabía que todo eso debía terminar ahí mismo. Todos sufrían y él no era un paño de lágrimas para todo el mundo. Solo debía solucionar el problema en el que se metió.

—Busque su ropa y póngasela. Haremos que aparezca milagrosamente en un rincón de mi propiedad. Será encontrada por mis sirvientes y será llevada a su casa. Por favor, mienta bien, con convicción, crea que eso es lo que pasó —ordenó pasando de largo junto a ella.

—Esto no nos estaría ocurriendo si usted hubiese respetado el pedido de su capataz.

—Es cierto. Trate de sacar algo bueno de esto, milady, aunque no exista.

—Conocerlo a usted no ha sido del todo malo. Darle una bofetada fue sanadora para ambos. Usted dejó de estar en esa nube de estupidez y yo dejé de seguirle la corriente.

—Todavía me duelen los dientes, es algo que nunca le perdonaré.

—No me importa su perdón y más si no lo volveré a ver. Recuerde que todavía puede cambiar de opinión en alguna velada.

—No, no y no. No me verá. Ese mundo no existe para mí. Entiendo que para una mujer sea importante, pero para mí no lo es.

—No importa. ¿Puedo escribirle?

—No. Olvídeme.

—¿Por qué se empeña en ser desagradable cuando en realidad es una buena persona? Quizá un poco equivocado en muchos conceptos sencillos, pero en la base, es alguien que nunca debió ser malo.

—No hay peor villano que aquella persona que fue traicionada. La traición quema puentes y sentimientos. Extingue todo. No se lo digo de broma, lo afirmo.

—¿No ha pensado en no ser malvado con la gente que no tiene nada que ver con la traición que le hicieron? Por ejemplo: otras damas que estarían encantadas con ser la duquesa.

—¿Cómo usted?

—Sí, tal vez como yo. Solo que, en mi caso, hemos quedado en un pacto de sacrificio por un amor de verdad.

—Una vez que la confianza se pierde, no importa que otros intenten ganársela, sigue perdida.

—¿Por qué buscar a la confianza perdida si se puede construir una nueva? Personas nuevas, confianza renovada.

—Vístase antes de que la deje así, pero en el otro condado...

La señora Clayton observó toda esa interacción desde lejos. Ella sabía que esa mujer era lo que le convenía al duque, pero él estaba demasiado ciego para darse cuenta de que estaba perdiendo una oportunidad verdadera de ser feliz con alguien que lo respetara. Su anterior prometida siempre fue una mariposa nocturna, solo que él estaba deslumbrado por su belleza y el carisma que desprendía, pero jamás fue alguien que valiera la pena para ser la duquesa y lo demostró cayendo con uno de los nobles más pobres de la región. La pasión debía ser grande o el secreto que escondía en el pantalón era demasiado tentador para resistirse y así dejar ir al mejor partido de todos.

Capítulo 10

El ama de llaves ayudó a Primrose para que pudiese colocarse el vestido y la capa que tenía al llegar a la residencia. Todavía estaba sucio, aunque para su suerte no se sentía la tela mojada o moriría de frío en esa madrugada.

—Pensé que su familia sabía que usted estaba aquí. Sentí miedo por el duque. Él es capaz de matarnos si cometemos un error.

—Lo está demonizando. No quiero justificarlo, pero sus acciones son el resultado de un problema. No ha superado el engaño que sufrió, lo que no significa que siga enamorado, sino que se dejó llevar por la frustración. Le falta una esposa como yo.

La mujer que la ayudaba se detuvo y la miró como si estuviese a punto de tirarse de un precipicio.

—Lo ha conocido menos de un día, la raptó, la dejó en una habitación oscura, fría y sin comodidades, la humilló y usted lo defiende...

—No estoy defendiendo sus acciones, ni justificándolas inapropiadamente, sino que intento ver más allá. El dolor es un pésimo consejero si se junta con la frustración. Él es consecuencia de acciones pasadas y por eso necesita a alguien en quien confiar. Para él nadie es digno de guardar sus sentimientos, ya no. Me entristece, porque es un candidato perfecto para cualquier dama.

—Puede que tenga razón, pero ese hombre que usted cree un buen candidato no existe, salvo en su imaginación. Le sugiero que busque en otro lugar. Me encantaría ver que el duque cambie, mas eso parece imposible después de siete años siendo un ogro.

—Creo que le daré una oportunidad de cambiar o tal vez pueda cambiarlo yo. Le falta paciencia para las cosas y demostrarle que no todo se puede solucionar con gritos y amenazas.

—Le deseo suerte en eso, milady.

La joven terminó de arreglarse y fue hasta la planta baja. Ahí estaba el duque con una ropa más abrigada y su capa gruesa para protegerlo del frío.

—Le falta el barro en la cara, milady —dijo Alexander, afilado.

Ella sonrió y se acomodó la capa.

—Tal vez... ¿Iremos juntos en su caballo?

—Sí, para que parezca más real que la encontramos en la propiedad y la devolvimos a la brevedad.

—Es un genio de las maquinaciones. Me sorprende todo lo que hace para no casarse.

—Hay que evitarse heridas, milady. Vamos...

El duque abrió la puerta y cuando ambos salieron, el frío de la madrugada los golpeó. No estaba nevando, pero el hielo de semanas y la estación del año no eran generosos con dos imprudentes que preferían morir congelados que contar la verdad de lo que estaba ocurriendo.

Fueron hasta las caballerizas en donde dormían los caballos cubiertos por mantas. Los mozos tenían cerca las habitaciones y cuando oyeron los movimientos en la cuadra del duque, se levantaron con la intención de amedrentar a quien fuese. No

esperaban verlo a él ahí con la joven a la que había llevado a su propiedad y sabía Dios en qué condiciones ella estaba ahí.

—¿Se le ofrece algo, excelencia? —preguntó uno de ellos.

—Sí, ensillen un caballo para mí y otro para uno de ustedes. Necesito que esa persona se mantenga en silencio sobre la estancia de esta joven aquí.

—Yo lo haré, excelencia.

—Si alguien pregunta, la encontramos en la madrugada refugiada en un rincón del bosquecillo lejano.

—Sí, excelencia...

Los mozos trabajaron para ensillar a los caballos para que pudiesen partir rumbo a la residencia del conde de Riverside. Alexander creía que llegarían antes del amanecer, pues harían lo posible por tardar más de lo necesario, parecer exhaustos y congelados. Todo lo que hacían debía ser bien actuado o ellos llegarían a la conclusión de que Primrose estuvo en su casa todo el tiempo.

Cuando Primrose se propuso subir al caballo por su cuenta, el duque negó con la cabeza.

—No debe subirse como si fuese un mozo de cuadra. Si quiere hacer eso le facilito un pedazo de paja para que lo mastique... —La reprendió.

—Entonces debo aceptar que usted me ayude.

Al terminar de decir esas palabras, Alexander la cogió de la cintura y la alzó hasta colocarla en el lomo del animal, no sin antes

cruzar miradas con ella. En ese ínterin, algo se encendió dentro de él por el contacto físico y visual.

Primrose no había dejado de mirarlo y de sentir como si algo se extendiera por su cuerpo. Una sensación extraña, como si todo dentro de ella quisiera tenerlo cerca. Eso se acrecentó una vez que él subió, la rodeó con sus brazos para coger las riendas. Ambos cuerpos estaban pegados y ella quería quedarse ahí. No quería regresar a su casa. Nunca otra persona podría igualar esta experiencia junto al duque. Sin duda, iba a aprovechar la oportunidad.

Apenas salieron de las caballerizas hacia la madrugada helada y ella se acurrucó en el pecho de él.

—Mi vestido es tan fino... —comentó fingiendo tiritar de frío—. ¿Puedo calentarme en su pecho?

—Ya lo hizo, milady —replicó como si la estuviese reprendiendo. Tenerla ahí lo hacía sentir poderoso y, sobre todo, caliente. Sí, caliente. Su cuerpo ardía cerca de ella como si se quemara en un fuego invisible. No sabía cuánto podría traicionarlo su propio templo. Si se dejaba llevar por sus deseos, abandonaría a su sirviente y se escondería con ella entre la maleza, en donde la tomaría sin mucha delicadeza. Su lujuria era demasiado cruel para pensar en la comodidad de alguno o que se le congelara la entrepierna.

—¿Me está reprendiendo por sentir frío?

—No, no lo hago.

—Entonces aprovecharé. ¿Sube mucho a los caballos? Su pecho y sus brazos se sienten fuertes, excelencia.

En medio de la noche él se sonrojó por lo que ella dijo. Se sentía avergonzado, aunque a la vez halagado.

—Eso es atrevido por su parte.

—Debo admitir que esto que ocurre ahora no volveré a vivirlo y tal vez no vuelva a verlo por más que frecuente estas tierras. Usted no es de los que se queda quieto...

—No soy de esos. Es cierto que no volveremos a vernos. Pese a que somos de la misma clase social, no pertenecemos al mismo mundo. Estoy alejado de las apariencias, prefiero la autenticidad del campo y de las relaciones humanas.

—¿Cuáles serían esas relaciones humanas si piensa que todos lo traicionarán y por eso mantiene en zozobra a sus sirvientes? No quiero ser imprudente y meterme en asuntos ajenos, pero me temo que no está siendo sincero consigo mismo.

—¿No quiere meterse? Pues tiene el cuerpo completo metido en mis asuntos que, por cierto, no le competen.

—Sabía que diría eso. Considero que le falta una consejera.

—No, no la necesito.

—Una esposa es la mejor consejera. Si me pide que me case con usted, haré que su vida sea hermosa.

—¿Escucha sus disparates?

—¿Cuáles? No creo que sean eso que dice. Para mí significa una oportunidad de cambiar a alguien.

—No soy su próximo proyecto de caridad, ni soy un pajarito con el ala lastimada para que quiera curarme. Manténgase lejos.

—¿Puedo visitarlo en su propiedad?

—Sí, cuando esté ausente.

—Eso no tiene sentido, pero entiendo lo que quiere decir. Debería dejarse apreciar un poco.

—No quiero que me aprecien. Quiero que la gente se aleje de mí y ahora quiero que me haga el favor de ser muda durante todo el trayecto a su casa. Piense en su actuación para fingir que se perdió siendo una mujer que conoce este condado como si fuese que en lugar de nacer del vientre de su madre lo hubiese hecho a través de un agujero de conejo.

Ella rodó los ojos ante las palabras del duque, pero no siguió discutiendo, le dio el beneficio de no oírla, aunque solo era para concentrarse en contar los latidos del corazón de Alexander.

El vapor que salía de los cuerpos calientes de todos se fundía con los que salían del paisaje que los rodeaba mientras se acercaban a la casa de lord Riverside. Primrose se había quedado dormida varias veces durante el trayecto, mientras que Alexander trataba de mantenerse en pie mientras iban por el camino, pues ella recostaba todo su peso en él. No podía mentir, se sentía como todo un héroe, su salvador; sin embargo, la realidad era distinta: él mismo había causado el problema por una estúpida confusión.

La casa de lord Riverside se alzaba detrás de una colina, en donde también se alcanzaba a distinguir la pequeña claridad que se asomaba.

—Milady, estamos a poco de llegar —dijo el duque que la tocó con una de sus manos.

Abrió los ojos y sin inmutarse, se acurrucó con más fuerza en los brazos de él.

—No necesito regresar, aquí estoy bien...

—A mí me duele todo y me está asfixiando.

—No llore tanto por la atención que le doy, excelencia. Es una lástima que tenga que deshacerse de mí.

—Lo único que tendría que lamentar es casarme con usted.

Como comenzaba a ser costumbre para Primrose, ignoró las palabras de Alexander, porque solo buscaban herirla.

Cuando los caballos se detuvieron frente a la residencia, el duque bajó a Primrose de la misma manera en que la había subido. Aquel contacto entre ellos era el final de todo y Alexander lo sabía. Por un lado, sentía alivio, aunque por el otro, un sentimiento incómodo. No tenía ni un día de conocerla, pero sentía que le haría falta escuchar alguien que fuese parecida a la voz de su conciencia.

—Camine hacia la puerta. Usted hablará contando todo y yo solo seré convincente para apoyarla.

—Todavía estamos a tiempo de contar la verdad. La verdad nos hará libres.

—No, la verdad nos condenará a un matrimonio en el que claramente no quiero estar.

Él siguió dando pasos hacia la entrada de la casa y golpeó la puerta con fuerza. Esperaron unos minutos hasta que el mayordomo, que tenía un pañuelo en la mano y lágrimas en los ojos, lo vio y se fijó en la persona que lo acompañaba.

—¡Oh, milady! —exclamó Prince con emoción al ver a la joven —. ¡Milord, milady!

Los tíos de Primrose se apresuraron a llegar a la puerta. Al ver ahí a su sobrina, la condesa la abrazó sin perder un segundo.

—Primrose, casi matas a tu pobre tía. No debes hacer esto nunca más. Te amamos mucho, querida... —expresó la dama sollozando.

Se sentía tan conmovida por el afecto de la familia que lloró con su tía como si hubiese corrido peligro real.

—¿En dónde la encontró, excelencia? —indagó el conde que le puso una mano en el hombro a Primrose. Estaba visiblemente emocionado.

Ese era el momento en que debía convertirse en el mejor actor que Inglaterra hubiese visto. No podía fallar o terminaría perteneciendo a esa familia.

—Después de buscar mi ayuda, pedí a mis hombres que hallaran a la joven. La encontramos en uno de nuestros bosques. Espero que esté bien...

La condesa soltó a su sobrina y fue a abrazar al duque. Aquel se quedó rígido por la sorpresa. Solo su madre solía demostrar tanto afecto.

—Muchas gracias, excelencia. No tenemos cómo pagar esto que ha hecho por nosotros. Primrose es nuestra sobrina más querida y al saber que desapareció casi perdemos la esperanza...

—No se preocupen, estoy bien. Agradezco que me encontraran en la brevedad. Lamento haberme extraviado, fue un acto involuntario y tonto de mi parte al querer explorar un camino distinto. Lejos estaba de saber que me perdería...

—¿Qué camino tomaste? —curioseó su tío queriendo saber todo lo que había ocurrido.

La joven no sabía qué responder, pero le sonrió a su tío.

—Es evidente que sin saber tomé uno que llevaba a la propiedad del duque. Los límites no parecen estar tan claros para mí.

—Su excelencia, por favor, pida lo que guste para que podamos pagarle de alguna manera... —rogó la condesa que estaba muy agradecida con él sin saber que aquel fue el causante de todo el problema.

—No hace falta, milady. Lo importante es siempre hacer lo correcto —declaró sonriente.

Capítulo 11

Por supuesto, lo correcto, era algo que él no había hecho.

—¡Milady! —vociferó Meryl al verla en la puerta. Se arrojó a sus pies y abrazó sus piernas—. ¡Fue mi culpa que se perdiera, si no la hubiese dejado sola!

La doncella estaba desconsolada. Estaba sufriendo mucho por lo que el duque había hecho sin saber.

—Meryl, no fue tu culpa, fue mía. Fui solo una persona impaciente... El duque me ha dicho que estuvieron buscando a su capataz y después a mí. Espero que no pensaran en culpar a ese pobre hombre...

—Meryl nos ha dicho que conoce al capataz del duque. Después descubrimos que tú eras su cómplice en esos encuentros. Eso no debería ser así, Primrose. Es peligroso para dos mujeres andar por las praderas sin compañía. Ya vieron lo que ocurre —murmuró el conde—. Ella dijo que se encontrarían ahí, pero resulta que el sirviente estaba en otro pueblo. Pensábamos que alguien quiso raptarte y exigir un matrimonio para quedarse con tu dote.

Alexander miró de reojo a Primrose para que no dijera nada. Cualquier comentario en ese momento podría ser incendiario.

—Los dejaré descansar... —pronunció el duque que se dirigió a su caballo.

—Lo invitamos a una cena mañana, excelencia... —habló Primrose, apresurada. Todavía no estaba lista para dejarlo ir—. Es para agradecerle su ayuda...

—Es cierto, excelencia. Si no nos pide nada por haber salvado antes a Primrose, al menos acepte una cena en su honor.

Debería declinar esa oferta; sin embargo, estaba ahí, considerando ese asunto por educación.

—Estaré aquí mañana a las siete...

A Primrose le latía el corazón con fuerza. Estaba feliz porque tendría al duque cerca otra vez. Solo debía preocuparse por no meter la pata al momento de decir sus mentiras, porque su tío fue perspicaz al saber sobre el falso encuentro y supuso lo del rapto, cosas que pasaron en verdad.

Todos se despidieron del duque y entraron a la casa abrazando a Primrose.

—Cámbiate y ve a descansar, por favor, Primrose —pidió su tía —. Más tarde nos cuentas todo. Necesitamos descansar después de tanta búsqueda, querida.

—Sí, tía. Lamento haberlos preocupado tanto. Fue un error de mi parte ir sin rumbo.

—Estoy segura de que tomaste al pie de la letra lo de conocer la fauna local. —La condesa pellizcó la mejilla helada de Primrose y le sonrió.

Meryl acompañó a Primrose a la habitación. Cuando la puerta se cerró tras ellas para cambiar a la joven, la doncella la miraba con dudas.

—¿Es verdad que se perdió? Usted y yo sabemos que no es cierto. Marcus no escribió la carta, fue el duque, ¿verdad? No le creo

nada. No es capaz de perderse en estas tierras, conoce cada escondrijo.

—Me perdí, es la verdad...

—No mienta. Fue el duque, es muy extraño que apareciera después de que fuésemos a su casa. Prometo guardar silencio sobre todo lo que tenga que decirme.

—Sé que puedo confiar en ti, pero si algo sale de aquí, tú puedes perder más que yo...

Esa afirmación hizo palidecer a Meryl. La ayudó a cambiarse y ambas se acostaron en la cama. Sabían que pronto amanecería, pero Primrose le contaría la verdad.

—El duque me encontró en el lugar donde te encontrarías con Marcus, me confundió contigo, ató mis manos y me puso una mordaza para que no pudiese gritar. Me llevó a su casa, me encerró en una habitación y me ofreció mucho dinero para que dejara a su capataz. Al principio no le dije que no era tú, quería saber hasta dónde era capaz de llegar. Créeme, puede llegar muy lejos. Cuando me negué, me dejó por más tiempo sin ninguna comodidad, pero no estaba arrepentida de rechazar su dinero, sé que tú lo hubieras hecho también. Después regresó creyendo que había cambiado de opinión. Fue ese el momento en que le dije quién era, le di una bofetada y le hice pensar con claridad...

La doncella estaba horrorizada por todo lo que había pasado Primrose. Quizá ella no hubiese sido tan fuerte como la joven y a estas alturas estaría muerta del susto.

—Fue por mi culpa, milady, perdóneme...

—No fue por tu culpa, sino por el mismo duque que está empeñado en controlar la vida de su sirviente. Déjame contarte lo

demás. Después de eso comenzó a tratarme mejor, aunque le cuesta mucho ser una persona decente. Es tan atractivo y demente que hasta suena encantador. Mientras cenábamos, le propuse un trato, puesto que estábamos considerando el escenario en que tuviese que devolverme. Él no quería casarse y pagar por el resto de su vida por un error, entonces negocié. Le dije que mentiría para salvarlo si daba su bendición para que Marcus y tú se casaran. Pensé que preferiría casarse conmigo por la cara que puso, mas aceptó a regañadientes.

—¿Usted arriesgó todo por el matrimonio de dos criados, milady? Dios, no merezco tanta consideración y cariño de su parte. Casarse con un duque podría ser lo mejor de su vida.

—Sí, pero prefiero que se casen dos personas que así lo desean y no dos extraños que no acordaron conocerse. Hoy entendí muchas cosas, como los pensamientos y sentimientos contradictorios. Pensé que me desagradaba el duque, pero terminé fascinada con él. Quisiera que fuese mi esposo; sin embargo, es un hombre difícil de convencer porque tiene heridas del pasado, unas que dominan su presente y dictarán su futuro si alguien no lo salva. Es un desperdicio que se quede solo.

—¿Entonces no es tan malo?

—No es malo, solo está equivocado. Quiere mucho a Marcus, pero es un cariño enfermizo que no lo dejará volar. Cuando él regrese, ustedes podrán casarse. Lo mejor es que no hablemos sobre la carta falsa o lo perjudicaremos con su capataz. Sería horrible tener que decirle todo lo que tenía pensado para ti y que yo tuve que vivir. No me arrepiento, me divertí y expandí mis horizontes. No hay nada que lamentar, ahora quiero intentar salvar a quien no quiere ser salvado.

Después de hablar un poco más se quedaron dormidas por el cansancio. La residencia estaba en silencio, pues todos los sirvientes

habían pasado la noche en vela y la condesa los autorizó a dormir más tiempo para que pudiesen recuperarse del cansancio.

El desayuno se sirvió a la hora del almuerzo. Todos en la casa tenían bolsas bajo los ojos, incluyendo a Primrose que bostezaba. Ella sabía que era inevitable lo que venía: debía contar su versión de los hechos.

—Ahora puedes contarnos todo —pidió su tío con su taza de té en la mano.

—Pues nada, tío. Fui ingenua. Experimenté en un mal momento. Debería haberlo hecho en verano, pero como no sé si podré venir, me aventuré a lo desconocido. Ustedes saben cómo me gusta lo novedoso. Ayer vi la oportunidad perfecta para explorar y... Bueno, las cosas no salieron como pensé, me perdí, traté de buscar un lugar seguro para pasar la noche sin morir en el intento.

—Debió ser duro para ti. ¿Cómo fue que te encontró el duque? —preguntó su tía—. Parece un caballero de armadura brillante, querida. Es un excelente candidato para esposo...

—Tía, dice tonterías. Él ha sido amable conmigo en el poco tiempo que pude hablar, pero no sé si le agrado como esposa...

—Estoy seguro de que si te conoce mejor estará encantado. Fue un caballero al buscarte como un favor. No lo haría cualquier persona, lo que significa que tiene un buen corazón —alegó el conde.

«Por supuesto», se dijo Primrose en la mente. Ninguno de ellos conocía todos los delirios de ese hombre, solo estaban pensando con la ilusión de la comodidad para casar a una dama con un hombre adinerado. En cierta forma coincidía con ellos y esperaba con ilusión poder ver al duque nuevamente, aunque a él no le hiciera mucha gracia tener que compartir el espacio. Lo bueno era que aquel al

menos sabía admitir sus terribles errores, solo que como ambos eran ricos, no había forma de compensar el inconveniente. En realidad, sí la había, pero ese caballero era reacio con devoción y hasta cierto punto era comprensible.

—También opino lo mismo. Tenía una mirada muy amable, por lo que creo que es un excelente candidato... —siguió su tía.

—Recuerdo que no hace mucho dijo que no era un buen vecino, tía.

—Soy humana, cometo errores de juicio, querida. Lo que importa es que puede ser un gran héroe cuando lo desea. Para mí es el caballero perfecto, aunque no tanto como mi adorado esposo...

—No exageres, querida. Esperaremos a que llegue lord Preston para conversar sobre posibilidades de sugerir un matrimonio entre estos dos jóvenes.

—Estoy segura de que no es buena idea presionarlo, tío. Él debe escogerme y no sé si eso llegará a ocurrir. Además, en Londres tendré buenos candidatos...

—Un duque menor de cuarenta años no lo consigues todos los días y cuando lo ves, lo mejor es aferrarte, querida. Es la instrucción que han seguido muchas damas que han conseguido un lugar importante en la sociedad —replicó su tío.

—Entiendo. La señorita Bruster no me dijo que me arrojara como alfombra bajo los pies de un caballero, pero supongo que era para darme más importancia ella misma dándome demasiadas clases artísticas. Solo decía que no debíamos quedar a solas con nadie y que jamás deberíamos reír como si fuésemos vendedoras de fruta en el mercado de Londres.

—Ese es un buen consejo. La risa de una dama dice mucho sobre su educación y lo apropiada que será como esposa y anfitriona para su esposo —dijo su tía.

Era cierto que todo importaba al momento de buscar esposo, aunque ellos quisieran unirla con la persona con la que hizo un trato para no casarse. Esas eran ironías de la vida.

Por ese día su tía le prohibió salir. Tuvo que quedarse a bordar. No podía decir que eso le aburría, pero ella prefería los paseos por la propiedad. Siempre estaba en el salón de la casa de Londres, por lo que aprovechar el tiempo en el campo le suponía un gran alivio, pero por haber sido víctima de un loco al que le prometió algo, debía quedarse ahí y ser más que obediente.

Por la noche, una caravana de carruajes llegó a la entrada de la residencia de lord Riverside. No solo habían llegado John y Martha, sino también Lily y Matthew, al igual que Daisy y Charles. Este último sabía que no podría detener a su esposa en cualquier cosa que pensara y por eso fue con ellos al saber que Primrose se había perdido.

Cuando Prince abrió la puerta y todos ellos vieron a Primrose en el salón sonriendo nerviosa, comenzaron a surgir las expresiones faciales. Sus padres estaban aliviados al verla sana y salva, de hecho, la abrazaron con fuerza, mientras que Lily y Daisy tenían los brazos cruzados bajo el pecho. Habían estado muertas de preocupación al pensar que fue raptada por un hombre pobre que quería su dote, ambas pensaron como el conde de Riverside. Sus esposos solo suspiraron de cansancio al darse cuenta de que hicieron un viaje con el riesgo de morir por la velocidad para llegar y ayudar en una búsqueda absurda.

—¡Dios mío, Primrose! ¿En dónde estuviste? Cuando recibimos la misiva de tu tío, no dudamos en venir y traer a más personas para

buscarte. Estoy tan feliz de que estés aquí... —preguntó su madre llenándola de besos.

—Me perdí al tomar otro camino, el vecino me encontró refugiada en uno de los bosquecillos de su propiedad. Lamento haberlos preocupado, en especial a mis cuñados que no parecen tan felices de verme.

—¿Sabes lo peligroso que es perderse para una dama, Primrose? —increpó Lily—. ¿No aprendes de Daisy que terminó casada con Charles por ese pequeño malentendido?

—No ha sido del todo un pequeño malentendido, pero sí, todos sabemos lo que ocurre cuando alguien se pierde y un caballero la encuentra —insinuó Charles—. No quiero hablar mal del vecino, mas sin dudas es sospechoso.

Capítulo 12

—Claro, esposo mío, pero como tú fuiste inocente, el vecino también lo es. El ladrón juzga por su condición. No hiciste nada malo y aun así te casaron conmigo y vives una vida maravillosa.

—Sin duda es mejor que vivir con mi madre, pero tampoco hay demasiada diferencia al momento de tus maquinaciones, esposa mía. Quiero que el vecino inocente sufra como yo y tenga que buscar a su cuñada aventurera para después encontrarla plácidamente sentada en el sillón con una sonrisa que es como un puñal para nosotros, los cocheros y los caballos.

—No quiero darle la razón a Charles, pero, Primrose, hay brújulas —musitó Matthew.

La estaban culpando de todo, pero no podía decir nada porque prometió callar para obtener otra cosa.

—En verdad vuelvo a disculparme, pero les aseguro que el duque de Pemberton no ha sido mala persona.

—¿El duque de Pemberton? —interrogó Daisy con presteza.

—Sí, querida. Él es nuestro vecino —replicó la condesa.

—Entonces supongo que es inocente. No tengo dudas sobre eso porque huye de las damas y con justa causa debería mantenerse alejado de las de esta familia, por su salud física y mental —alegó Charles.

Lord Mulgrave estaba juzgando al duque dentro de sí, puesto que le resultaba sospechoso que él apareciera para rescatarla. La

duquesa había querido que se interesara en alguna de las damas la temporada anterior y la indicada era Daisy. Primrose y ella se parecían, por lo que no le resultaba descabellado que tal vez le hubiese gustado su cuñada.

Era cierto que su nuevo cuñado conocía al duque de Pemberton. Daisy era la que estaba más alerta al oír el nombre del hombre y eso le daba curiosidad.

—Por favor, Prince. Ayuda a la familia a ubicarlos en las habitaciones de invitados —pidió el conde a su mayordomo.

—Sí, milord.

El sirviente obedeció y fue a buscar al resto para que pudiesen ayudar con los baúles.

—Mañana tendremos una cena con el duque para agradecerle que encontrara a Primrose. Estuvimos a punto de morir de preocupación... —contó la condesa a Martha. Ambas se tomaron de los brazos y caminaron hacia los asientos para conversar.

Por un lado, Primrose se sentía feliz por tener a toda su familia, pero su hermana y su reciente esposo la miraban como si supieran todo lo que ocurría. Quería creer que era solo la culpa por mentir que le estaba haciendo pensar más de la cuenta o imaginar cosas que no existían; sin embargo, recordaba lo que había dicho el duque sobre preguntarle a Charles sobre su presente de boda.

Mientras Charles estaba sentado junto a Matthew, ella se sentó con brusquedad junto a él. Lord Mulgrave la observó como si fuese una cucaracha y después desvió la mirada para continuar su conversación.

—¿Qué te obsequió el duque de Pemberton por la boda?

Eso llamó la atención de Charles, ya que solo su sirviente y Daisy sabían sobre lo que ocultaba en su despechado.

—Antes de que preguntes cómo lo sé, le hablé sobre mis hermanas y sus esposos, dijo que te conocía y que te había enviado algo especial por el matrimonio.

—Es una mano conservada en alcohol. Créeme, él es una persona peligrosa que comparte hábitos poco saludables como torturar gente, pero es bueno dando obsequios, fue muy encantador de su parte enviar la mano de mi preceptor. No hay nada más valioso que saber que está muerto.

Los ojos de la joven se abrieron con sorpresa. Se levantó con presteza y se alejó de su cuñado sintiendo miedo por lo que este le había contado.

Daisy había visto eso y al poco tiempo se sentó junto a su esposo.

—¿Qué pasó con Primrose? —cuestionó Daisy.

—Nada. Es una joven sensible y perturbada. Le faltan una o dos copas de vino para que vea que la vida es bella.

Dejó a su esposo y fue a buscar a su hermana. La encontró temblorosa en el pasillo.

—¿Qué ocurre, Prim?

—Tu esposo tiene una mano que le obsequió el duque... —declaró esperando que su hermana se horrorizara, pero al ver que ella colocaba una sonrisa, deseó correr porque pensaba que se había vuelto tan demente como su Charles.

—Oh, sí. Fue un detalle soberbio. Era lo que Charles más deseaba en la vida. Creo que nunca podré comprar algo tan valioso para dárselo. Estaré siempre a un paso atrás de ese presente.

—¡Es una mano humana!

—Sí, pero de alguien que de humano tenía poco y de monstruo, mucho. No temas. Charles no es malo y el duque mucho menos. Nos hizo un favor, es alguien con quien no es bueno hacer tratos si piensas en traicionarlo. No ve con buenos ojos la traición. Me asusta pensar que pudiste haber estado a solas con él. Debió pensar al menos unas cien veces en que era mejor matarte que devolverte por temor a que lo culparan por tu desaparición. En estos tiempos es difícil ser un buen samaritano. Mañana estará aquí, solo sé cortés para que no quiera cortar tu mano...

La palidez en el rostro de Primrose hizo sonreír a Daisy. Suponía que con eso ella estaría segura y no pensaría en el duque como un ser de luz cuando no lo era. Romper la burbuja heroica era lo más importante para que pudiese enfocarse en buscar un esposo, ya que suponía que por lo acontecido su hermana se creería enamorada de él.

Para ese punto, Primrose tenía dudas de la integridad del duque y más sabiendo lo que había hecho para secuestrar a un niño de los brazos de sus padres. Él no era capaz de perdonar y eso no era algo que le pudiese acarrear cosas buenas. Su mente solo podía pensar en el inocente que estaba en camino a esa propiedad con alguien que descuartizaba personas. Ya no creía en que no le haría daño. Un corazón endurecido por el odio no podía ser capaz de cuidar de un niño. Necesitaba hacer algo por él y por el mismo hombre que no se daba cuenta de que ese no era el camino.

***

Alexander había dormido todo el día hasta despertar por la tarde, solo para la hora del té. Por un instante creyó que todo había sido un sueño y que nunca secuestró a lady Primrose Lowther; sin embargo, la señora Clayton, tan astuta como metiche que era, reventó su burbuja preguntándole cómo le había ido dejando a la joven en su casa.

El ama de llaves me sirvió el té con muchas masas para que pudiese sentirse satisfecho, pues no había cocinado para él y solo lo hizo para el resto del personal de la casa que había trasnochado por él.

—Mañana iré a cenar a casa de esa gente. Pensé que todo terminaría devolviendo a la joven, pero no, esas personas quieren agradecerme.

—Pobres, no saben que fue usted quien raptó a la pobre niña —dijo la señorita Clayton en un tono que no dejaba dudas de ser acusatorio.

—Estoy en el largo proceso de olvidar este error, señora Clayton, no hace falta que me torture con sus opiniones.

—Es que merece un buen estirón de orejas, excelencia. Lo que hizo fue peligroso y casi obliga a una joven tan dulce a contraer matrimonio con usted por una verdadera tontería. Ella hubiese sufrido mucho.

—No soy un monstruo, señora Clayton. No intente retratarme con un ser desalmado que vive de la sangre de sus oponentes, me parece poco realista por su parte.

—Debe admitir que no es la mejor persona de entre todos los seres, excelencia. Mandó secuestrar a un niño, pero antes usted mismo le hizo eso a una pobre mujer inocente. ¿En qué parte no es un ser desalmado?

—No le haré daño a nadie. Al niño quiero darle una buena educación para que no sea como ese imbécil de su padre. Será un hombre con valores. ¿Sabes qué le puede enseñar ese tipejo?

—Sí, pero me preocupa más lo que usted puede mostrarle después de haber raptado a una dama. Tampoco es un ejemplo muy digno si quiere que alguien no cometa errores.

El duque sorbió un poco de su taza y observó a su ama de llaves con desaprobación.

—Me equivoqué, ¿está contenta? Cometí un terrible error y al final de cuentas terminé con las manos atadas y dando la bendición para un matrimonio que jamás hubiese aprobado si no me ponían condiciones para que yo mismo no me casara. Era Marcus o yo, hice lo correcto al escoger a mi capataz que quería cometer un error. No voy a responder por él cuando chille como un cerdo en el matadero después de que lo engañen. Esa tal Meryl debe acostarse con todos los mozos de cuadra. Así son las mujeres.

—Debería evitar esos comentarios si quiere mantener a Marcus en su vida. Sea respetuoso o él se irá apenas pueda.

—Él nunca me dejaría, crecimos juntos. Sería incapaz de traicionarme...

—Cuando los hombres están enamorados son capaces de todo. Imagine lo que usted hizo sin estarlo, ¿qué haría de estar enamorado de una joven? Me da miedo pensarlo.

Después de que lo dejara la señora Clayton, él pudo disfrutar de su té en paz, pero solo por un rato, ya que Marcus regresó.

—Disculpe la interrupción, su excelencia —habló el capataz.

—Regresaste antes, Marcus. ¿Qué ocurrió?

—Me temo que hemos tenido un problema con el hijo del barón...

—Por favor, no me digas que lo mataron, eso es imperdonable. —El corazón de Alexander estaba en su boca por la desesperación. Su intención nunca fue hacerle daño a un inocente.

—No, excelencia, el niño está bien. Lo tomaron en el parque cuando estaba con su niñera, pero...

—¡Habla ya o quieres que estallen mis venas!

Marcus hizo un gesto con la mano para que entrara el encargado de tomar al niño.

—¡Pero si eso es un bebé! ¿Cuánto tiempo tiene? —los reprendió el duque.

—Alrededor de dos años, excelencia. Ellos tienen dos niñas que son mayores, pero usted pidió por el heredero y ese es este niño —dijo el encargado.

—Se equivocó en las cuentas y ahora tenemos un bebé que no ha dejado de llorar, no ha comido y está asustado.

El duque se golpeó la frente con una mano al darse cuenta de que estaba metido en un problema terrible.

—Pues lo cuidaremos. Ya está aquí y si están seguros de que es el hijo de esos sinvergüenzas, me quedaré con él. Consigan una niñera. Vaya, quería mostrarle cosas interesantes y ahora solo tengo un enano llorón. No era lo que imaginaba para torturar a nadie. Esto parece más una tortura para mí.

—Lo mejor sería devolverlo, es muy pequeño —dijo Marcus que se compadeció del pobre niño.

—No, él es el pago que merezco por haber sido humillado. Con esto consideraré saldada la cuenta de esos inmundos.

—Tendremos problemas, excelencia. Sus padres lo buscarán.

—Que lo hagan, veremos si son capaces de llegar hasta nosotros.

—Lo harán porque saben quién es la persona que más los odia en toda Inglaterra. No deben ser unos genios para sospecharlo.

—Créeme que de genialidad no tienen mucho. Tardarán meses en saber en dónde estoy. Quizá ni siquiera me encuentren ni encuentren al niño.

—Debería buscar una esposa y no secuestrar niños ajenos.

—No quiero que me des consejos, Marcus, aunque necesito hablar contigo sobre algo importante.

—Lo escucho...

—Contra mi criterio y mi buen juicio, he decidido que te daré mi bendición para casarte con esa doncella que quieres. Comprendí que no puedo salvar a quien no quiere ser salvado de una desgracia segura.

Los ojos de Marcus se iluminaron y sonrió con sinceridad.

—¿Está hablando en serio? ¿Qué lo hizo cambiar de opinión?

—Sí, y no lo hice porque ame la idea de que cometas un error, solo debo aceptar tu decisión...

—No puedo creer tan buena noticia. Se lo contaré a Meryl. Ella tenía mucho miedo de que usted la desaprobara, pero ahora podrá estar más tranquila al saber que las cosas serán diferentes y que no hay nada de que temer. Muchas gracias, excelencia.

Capítulo 13

Aquel asintió y después miró al niño que tenía un caballo de madera que estaba metiendo en su boca. Lo cogió de la ropa y lo alzó hasta la altura de sus ojos.

—Sin dudas es el hijo de ese miserable. Es idéntico —alegó bajándolo en el suelo otra vez—. Díganle a la señora Clayton que se ocupe del niño hasta conseguir una niñera.

Marcus asintió, feliz. No podía estar más contento por lo que ocurría con su vida. Lograría ser feliz con la mujer que amaba y eso era todo lo que le importaba.

—Por supuesto...

Los dos hombres dejaron al niño en el salón del té. A Alexander todavía le quedaban un par de galletas, cogió una y se la mostró al crío.

—¿Quieres una, pequeño?

El infante estaba asustado al no reconocer el lugar ni a las personas. Comenzó a llorar con amargura diciendo Mary, que debía ser el nombre de su niñera.

—Lo mejor es que te acostumbres a estar aquí. Este será tu hogar hasta que puedas reclamar lo que te corresponde. Dejaré de perjudicar a tu familia, pero no por ellos, sino por ti, te convertiré en un gran hombre, uno digno de admirar y de temer, aunque no parezcas tan inteligente. Es culpa de tu padre, mas no hay nada que no pueda solucionarse con educación y buen trato. —Alexander

acarició el cabello del niño y le sonrió ofreciéndole la galleta. El crío la agarró y le dio unas mordidas con sus dientes pequeños.

La puerta del salón del té se abrió y ahí estaba la señora Clayton, impactada al ver a un niño pequeño y no a uno de unos seis años.

—¿Qué ha hecho, excelencia? Oh, Dios mío...

—Un diminuto error de cálculo. Pensé que el niño era mayor, pero los sinvergüenzas tenían dos niñas que son mayores que este. Las otras no me sirven y él sí. Lo llamaremos David y será tratado como mi pupilo y protegido con todos los privilegios. Nadie puede negarle nada. Tendrá todo lo que necesite y desee.

—No debería pensar en malcriar a este niño. Tiene padres, excelencia, es muy cruel de su parte. Es tan pequeño y bonito. —La señora Clayton lo cogió en sus brazos y lo apretó contra su pecho, enternecida por lo perfecto que era aquel.

—Prepare una habitación para niños para que David sea acogido como debe.

—Sí, excelencia.

La mujer no dejaba de mirar al niño, del primer impacto que la asustó, pasó a sentirse enamorada del pequeño de cabello oscuro y ojos azules.

Él suspiró al estar solo y sabía que todo lo que había hecho en los últimos días estaba mal, pero no había forma de echarse atrás. Tenía un niño que atender y una cena a la cual asistir y superar. Si pensó que librarse de Primrose sería sencillo, se daba cuenta de que no era así, pues no solo era porque la joven era insistente con el asunto de conocerse, sino que también Alexander notó que su compañía era gratificante cuando no hablaba demasiado, si lo hacía

comenzaba a desesperarse, pero en términos generales, le resultaba agradable, no para casarse, pero sí para algunos momentos de paz y compañía. Además, según tenía él entendido, ella no se quedaría mucho tiempo, solo un mes para después regresar a Londres y conocer a algún caballero. Esto último, pese a no importarle, no le hacía gracia. Primrose era extremadamente determinada y no comprendía las negativas sin discutirlas y cambiarlas a positivas.

Desde que despertó de su sueño no había dejado de pensar en todos, en especial en ella y en su perseverancia. Era cierto que lo había golpeado, pero lo aceptó porque merecía que alguien le sacudiese la cabeza para que dejara de hacer esas tonterías. Esperaba que Marcus no se enterara de lo que había hecho o terminaría enfadado con él y no quería tener conflictos con su sirviente más leal.

Al terminar su té, él fue a su despacho a leer papeles y responder cartas comerciales. Tenía mucho que hacer porque se encargaba de estar respirando en la nuca de varias personas y no cambiaría ese control estricto por nada. Era una buena forma de invertir su tiempo.

Al día siguiente, sabía que tenía que ir a casa de lord Riverside a mentir con descaro por lo que había hecho. Le agradecerían por salvar a la persona que había raptado. Era contradictorio recibir un halago por algo que él mismo había provocado. Suponía que sería la última vez que se cruzaría con estas personas en lo que le quedaba de tiempo en ese condado antes de ir al siguiente.

Por la noche, se preparó y mandó llamar a Marcus. Este, al verlo tan elegante, frunció el ceño.

—¿A dónde va, excelencia?

—Vamos, Marcus, no voy solo. Tengo una cena en casa de lord Riverside, por lo que tú puedes ver a la doncella sin interferir en sus

actividades.

—Me atrevo a preguntar si durante mi ausencia no se ha golpeado la cabeza con alguna cosa...

—No, no me ha ocurrido nada, Marcus. Acepta lo que te digo o te retiro la invitación.

—Iré a por mi abrigo, excelencia.

Eso significaba que sí había aceptado acompañarlo.

Dentro del carruaje, Alexander observaba el paisaje oscuro que solo se iluminaba por el cielo nublado. La nieve comenzaba a desaparecer con lentitud y pronto comenzarían los primeros vestigios de la primavera.

—¿Por qué lo invitaron si los vecinos no lo conocen, excelencia?

—Por cosas del destino. Conocí a la sobrina de ellos y eso es todo.

—Quieren casarlo. Es un buen candidato y usted va directo a la boca del lobo. Milady es hermosa e inteligente. Ella es capaz de impresionar a los caballeros porque no solo es de la alta sociedad, tiene un encanto natural con los animales por su voz tan excepcional. Si fuese usted, la consideraría como candidata a esposa.

—Sabes que no me casaré, ninguna vale la pena para volver a correr el riesgo.

—Le aseguro que esta es una buena mujer. Ha sido bien criada.

—No me cabe duda de eso. Mi prometida que me convirtió en un venado también era una joven bien criada. Eso no la convierte en

inmune a los otros hombres, ¿o sí?

—En eso tiene razón; sin embargo, podríamos decir que los cimientos de su prometida estaban podridos, pues lo engañó por alguien que vale mucho menos que un duque. Ella escogió mal.

—En eso tienes razón, pero sabes que nunca me ha gustado que me juzguen por mi título, porque deseo algo verdadero y no por lo que tengo, quiero que me amen por lo que soy. Después de que ella en realidad demostrara que no era suficiente, entendí que ni siquiera me quería por mi dinero.

—No era buena persona, es todo. No debe darle más vueltas a ella en la cabeza. Lo importante es seguir y ver lo que el mundo tiene para ofrecerle. No debería desaprovechar esta oportunidad de tener una diversión diferente a la que acostumbra con las damas. De vez en cuando debería nutrir su intelecto con una conversación interesante.

—Tal vez te haga caso, pero eso no significa que me guste, Marcus. Seré agradable como siempre acostumbro, pero no diré mucho más de lo que corresponda para quedar bien. No programaré visitas ni aceptaré que me visiten. Vine aquí para estar solo y no para que me agobien faldas que quieren que yo las levante.

—¿No se siente halagado de que alguien quiera que le levante la falda? En mi caso estaría inflando el pecho.

—No, eso es muy vulgar. Después de lo que vi, quedé impactado de por vida.

Marcus le sonrió, entendiendo que su patrón solo quería ser educado y no más que eso. Ciertamente, no acostumbraba a cenar con personas ajenas a su familia por motivos evidentes, como las habladurías sobre su momento menos honorable.

Alexander y su sirviente llegaron a la residencia. El duque le ordenó a Marcus que fuese por la puerta trasera para hablar con los sirvientes, mientras que él golpeaba la puerta para entrar.

Cuando le abrieron la puerta, el mismo sirviente de ayer le sonrió y se hizo a un lado para que Alexander entrara.

La calidez de la habitación lo sorprendió. En aquel lugar podría quitarse el abrigo porque lo habían acondicionado a la perfección.

—Buenas noches, excelencia, ¿me permite su abrigo? Aquí no hace falta que lo lleve. La chimenea hace un excelente trabajo con la distribución del calor.

—Puedo notarlo —respondió quitándose la capa y su sombrero.

Los otros invitados a la cena y los anfitriones se giraron al verlo entrar.

—¡Oh, su excelencia! —exclamó la tía de Primrose—. Lo estábamos esperando. John y Martha ya lo conocen de la temporada anterior en la propiedad de su madre. Fue una historia interesante...

Él se acercó a saludarlos a todos. De cierta forma, conocer a esas personas le resultaba un ambiente familiar y no uno incómodo en el que tendría que inventarse algo o a pensar demasiado. Con ellos podría simplemente hablar sin demasiadas vueltas. Cuando vio a lord Mulgrave su rostro parecía iluminarse, pues compatibilizaba con aquel como pocas veces podía hacerlo con otro noble.

Cuando llegó el turno de saludar a Primrose, cogió su mano para dejar un beso en ella, pero antes de hacerlo, observó a su alrededor. Lo estaban mirando como si él fuera a hacer una declaración de amor o algo similar. Sus rostros expectantes le decían que aquellos pensaban que él estaba muerto de interés por Primrose y que pronto festejarían una boda.

—Es un placer verla en otras circunstancias, milady —dijo en tono burlón.

—Es cierto, excelencia. Prometo que esta noche será más grata que la anterior...

Primrose le sonrió y se sintió complacida al verlo. Lo notaba más atractivo que antes, aunque también le tenía más respeto, pues era alguien de temer.

El duque no perdió tiempo y enseguida se refugió cerca de Charles.

—No sabía que andabas salvando damiselas tontas por los rincones de este condado —afirmó Charles con una sonrisa socarrona en el rostro.

Alexander llevó la copa a sus labios y le sonrío displicente.

—No andaba haciendo eso por gusto, fue solo por ayudar a los vecinos que tocaron mi puerta en plena madrugada.

—Todavía me cuesta creer que una persona tan astuta como Primrose se perdiera. Si algo aprendí en estos meses de conocer a esta familia es que ninguna de estas mujeres es tonta. Si uno las juzga, pierde la batalla. No creo el cuento de que se perdiera, está ocultando algo. Estoy seguro de que se encontró con algún hombre en la pradera, no pudo escapar con facilidad y quieren echar el muerto en alguien con excelente reputación.

—Me temo que estás equivocado. No hay nada en estas tierras que puede hacerle daño a tu cuñada.

—Llámame paranoico, pero aquí hay algo sospechoso...

Él tragó su whisky y después su saliva. Por supuesto que lord Mulgrave siendo inteligente no se tragaría el cuento que inventaron. Una cuñada avispada era incapaz de perderse en cualquier sitio y menos en uno en donde dijo que había crecido. Suponía que Charles estaba tirando una advertencia para Alexander en varios aspectos, desde ser el culpable de su desaparición hasta que querían encajarle un problema.

Mientras que ellos dos conversaban, Primrose no perdía de vista al duque, lo estudiaba intentando sopesar a los dos hombres que vivían dentro de ese ser. El caballero que cortaba manos no era compatible con el secuestrador con quien hizo un trato. ¿Qué estaba diciendo? ¡Era un maldito villano y ella intentaba encontrarle algo bueno!

Sabía que comenzarían a murmurar cosas si se acercaba al duque, pero Primrose le daría al público lo que esperaban, ya que necesitaba conversar sobre lo que sabía y no podía continuar en las sombras sobre la verdadera naturaleza de quien compartía el mismo espacio con ellos.

Se acercó a su cuñado y al duque para integrarse a la conversación y después echar al conde de Mulgrave de ahí.

Capítulo 14

—¿Te importaría que te robara a su excelencia, Charles? —preguntó Primrose con sonrisa fingida.

—No, estaba a punto de ir a conversar de barcos con mi concuñado. Ten cuidado, Alexander, o terminaréis conversando de obsequios extraños en poco tiempo...

Charles no dejó mucho a la imaginación de ninguno de ellos, ya que ambos estaban al tanto de lo que hablaba.

—Estaba a punto de preguntarle sobre los presentes, en especial uno que le dio a mi hermana y mi cuñado...

—Los presentes son íntimos, no tiene razones para ser conocido por todo el mundo.

—Una mano en alcohol no es algo que la gente obsequie como si fuese una bolsa de dinero...

—Veo que le han contado. ¿Tiene algún problema con eso?

—Sí, por supuesto. Era la mano de alguien, de un humano.

—No se confunda. No era la mano de un humano, era de un monstruo. No ando cortando extremidades de gente buena, solo aproveché que estaba muerto y le di un obsequio quizá un poco inquietante, pero deseado. El señor Damon fue un hombre malvado que no solo torturó a lord Mulgrave cuando era un niño, sino también lo hacía con mi hermano. Para usted, que cree ser la intercesora de los inocentes, tal vez todos merezcan una oportunidad, todos menos él, porque no quería cambiar. Lo hice

arrastrar por caballos, nadie toca a mi hermano pequeño y vive para contarlo.

—Entiendo que se sienta mal y hasta apoyo su idea. Es que no puedo juntar al hombre que conocí con el hombre que corta manos.

—No piense demasiado, le hará daño a su mente generosa y que espera lo mejor de las personas. No todos son buenos y ya me conoce, no se hace falsas expectativas sobre mí. No le hablaré con premisas que no estén a mi altura o a mi disponibilidad. Para mí que esa sinceridad es más importante que cualquier otra cosa.

—Me parece importante ser sinceros, pero considero que ciertos asuntos es mejor tenerlos en secreto, como por ejemplo: obsequiar partes del cuerpo de otra persona.

—¿Me dejará en paz si prometo no volver a hacerlo? Solo quiero paz. Si una mujer no me da lo que busco, lo mejor es alejarme y si sigue insistiendo, me perderá por lo que resta de la noche. No la estoy sentenciando, solo me gusta tener mis asuntos ordenados. Eso significa que cada uno sepa su lugar. Si quiere agradarme, no me agobie.

—Comprendo. Debe ser muy duro para usted tener que tolerarme esta noche. Tuve que ponerme del lado de mi tía para poder volver a verlo.

—No se ilusione con eso de que me volverá a ver. Estaré ocupado con mi pupilo.

—¿Qué pupilo?

—El niño, el hijo de la mujer que me traicionó.

Primrose se llevó la mano a la boca ahogando un grito.

—Entonces lo hizo, no pensé que sería capaz.

—Ese plan estaba antes de conocerlo. No me hizo cambiar de parecer, milady.

—Excelencia, no puede raptar a un niño.

—Si me quiere hacer rumiar esos consejos en mi mente, haga fila, hay un par intentando dar consejos que nadie solicitó. No estoy interesado en sus alguien quiera corregir mi comportamiento. No creo hacer nada malo criando a un niño lejos de personas inoperantes, improductivas y, para colmo de males, imbéciles.

—Oh, excelencia, su vocabulario para decir barbaridades es un poco extenso. No debería andar de esa manera. Lo considero una persona buena, aunque peligrosa. Lo de la mano me hace pensar que no es una persona apta para ocuparse de un niño. ¿Qué edad tiene?

—Alrededor de dos años. ¡Ya sé lo que va a decir y prefiero que se lo guarde! —expresó con presteza al ver que el bello rostro de la joven se descomponía.

—¡Es un bebé!

—Sí, sí, lo sé y no cambia nada mi realidad. Ya lo tengo y se quedará conmigo. Estoy decidido a hacer el bien por él...

—No es apto para hacer el bien. Lamento tener que decirle que me ocuparé de la seguridad del niño, ya que tiene antecedentes de conducta violenta.

El duque rio a carcajadas y llamó la atención de todos alrededor. No podía creer la audacia de esa jovencita. Debía estar bromeando, pues no creía posible que le gustara andar como sabueso detrás de él. Eso era imposible.

—¿Qué es eso tan gracioso que has dicho y hasta le ha sacado lágrimas al duque, Primrose? —curioseó Daisy.

—Si el chiste se repite ya no tiene gracia, milady... —alegó el duque para responder a la hermana de Primrose. Por nada del mundo podrían repetir lo que había dicho ninguno de ellos, sería un suicidio social.

—Lo que dice el duque es cierto... —A ella no le quedó más remedio que seguirle la corriente a lo que había dicho él para salvarse.

Daisy los dejó en paz para que continuaran conversando.

—¿No toma en serio mi ofrecimiento? Tengo un sobrino pequeño, deje que pueda encargarme del niño para que no le haga daño. No confío en que pueda llenarse de rencor en un determinado momento y el pobre crío tenga que sufrir más de lo que necesita, aparte de estar lejos de sus padres.

—Tiene dos años, ni los recordará en pocas semanas. Créame, los hijos de los nobles no saben quiénes son sus padres hasta que la criada se los muestra. Él creerá que soy un tío.

—¿Y cuándo crezca? ¿Qué le dirá? ¿Que apareció en su puerta?

—No es una mala idea, puede darme un par para poder sostener esta mentira al menos por unos años. Cuando su padre muera lo devolveré a su casa para que se haga cargo del título y lo ayudaré a volverse rico. No soy una persona tan mala con intenciones ocultas, de hecho, mis intenciones son muy claras: evitar que este niño, David, sea un desgraciado como su padre. Aprenderá a no tocar la mujer de su prójimo y saber a quién temerle por su propia seguridad. Es importante que piense dos veces en lo que hace.

—No me confunda más, excelencia. Ya no sé si usted es un héroe o un villano.

—Me gusta ser un héroe disfrazado de villano, así la gente que no me sirve se aleja de mí...

—Debería considerar sus opciones siendo buena persona. Casarse es el objetivo de vida de cada uno de nosotros. No puede seguir pensando que todas las damas lo traicionarán.

—No quiero que sea la voz de mi conciencia, es solo una vecina temporal metiche. Llevo siete años alejado de todo lo que me hace daño. No vendrá usted a cambiar las cosas. Es más, no estoy interesado en ningún tipo de cambio. No quiero pensar en el futuro más allá de lo que me depara mi próxima comida o las proyecciones de mis tierras.

—¿No le dije que soy buena con los números? Mi hermana, Iris, y yo ayudábamos a nuestro padre y después a nuestros hermanos para que sus números fuesen claros.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Que puedo ser una excelente compañera para usted.

—¿Por qué sospechaba que terminaría ofreciéndose?

—Tal vez porque me ofrecí como compañera muchas veces durante mi estancia en su residencia.

—¡Shhhh! No hable de eso o todos sabrán sobre la farsa.

—Es cierto, prometo no volver a decir eso. ¿Por qué mejor no me habla sobre sus aficiones? Está aquí para conocernos mejor.

Usted ya conoce las mías a grandes rasgos, y ahora quiero conocer las suyas con más detalle.

—Le responderé solo para que podamos pasar la noche en paz y que no sea tan aburrido. Me gusta cabalgar, perseguir a mis administradores y llevar mi propia contabilidad. Es un hábito que tengo para ocupar el tiempo. Pensar mucho no ayuda, solo entorpece el camino a la redención.

—¿Cómo sería la redención para usted si no hace nada para cambiar lo que le ocurrió? Siendo su propio empleado no hace la diferencia en nada más que en cómo gasta su tiempo. La redención estaría en ser feliz después de la adversidad.

—¿No se puede ser feliz en solitario? ¿Es necesario que esté acompañado de una mujer que pueda mentirme? La redención es algo que me haría feliz y no significa casarse solo para alcanzar un ideal vacío para tener herederos.

—¿Siempre pensó eso del matrimonio?

—No. Quería casarme a los veintitrés años porque estaba enamorado de lo que creía que era una historia de amor; sin embargo, fue una vergonzosa historia de engaño y humillación pública.

—En honor a usted, buscaré a un buen hombre, alguien con valores como los de mi familia. Somos únicos y para nosotros lo más importante es respetar al otro. Los dos matrimonios de mis hermanas me inspiran, pero el de mis padres son mi gran ejemplo de amor incondicional. Quiero ser como ellos que dejaron todo lo que creían para criar a siete niños huérfanos. Usted busca redimirse con soledad y yo busco seguir una gran obra que tiene sentido para mí. Si cambia de opinión podría formar parte de eso. Solo obsérvelos interactuar toda la noche para sopesar si puede soportar estar con nosotros.

—No me llevará al altar, milady, pero admito que me divierte cómo insiste. Hace que me sienta deseado, aunque sea solo por el estatus.

—Mi estatus le sería más útil que el suyo. Eso realzaría la imagen de un caballero humillado en el pasado, pues pudo conseguir a una dama importante. ¿No le parece lógico?

Ella rio ante lo que había dicho. Le divertía poder hablar sin mucho protocolo. Con el duque no lo necesitaba. Lo había conocido lejos de los círculos de la alta sociedad. Este contacto le parecía más genuino que cualquier otro, ya que le permitía conocer los alcances de este hombre en todos los aspectos, no solo conocerlo mejor en persona, sino también saber cómo pensaba y de qué era capaz. Sabía más de él de lo que necesitaría saber de un probable esposo. Le asustaban algunas de sus costumbres, aunque le convencían otras cosas. Era un tira y afloja interior para entender lo que ocurría en su propia mente.

—Por favor... Usted es capaz de divertirme demasiado, lady Primrose. No solo se ofrece como esposa, se adula como pocas personas lo hacen. Siente un amor desmedido por su propia vida y esto me asombra, pero me hace considerar que la vida está llena de variedad. Admito que me hace sentir vivo con todas las sandeces que salen de su boca.

—Estamos a mano. A mí también me divierten sus verdaderas tonterías. ¿Se da cuenta de que podríamos ser felices?

—Sí, pero no me arriesgaré. Ella también era maravillosa y terminó apuñalándome por la espalda.

—Por esta noche no lo seguiré molestando con la idea de que quiera mi compañía. Otro la valorará. ¿Sabe que esta noche Daisy

tocará el pianoforte y yo cantaré? Todo eso es para agasajarlo, excelencia.

—Al menos sé que mis oídos no sufrirán. Dicen que su hermana sabe tocar el pianoforte y de primera mano sé que usted sabe cantar. Tiene una voz especial...

Su voz era hermosa al igual que ella. Todos en Primrose la hacía ser distinta a muchas damas con las que se había cruzado recientemente. Debía admitir que conoció a varias por insistencia de su madre en su propiedad la temporada pasada, pero no le habían convencido de nada, no quería casarse porque ninguna de ellas era suficiente para él. Primrose era graciosa. Actuaba como si tuviese derecho a todo y se ofrecía para ser su esposa. En verdad, a ella debió dolerle el hecho de ofrecer en sacrificio su oportunidad de casarse con un duque por darle eso a Meryl y Marcus. Esa idea lo salvó de su propia tontería. Debía aferrarse a esta otra oportunidad de estar soltero y no tratar de empatizar con la joven, porque sabía que eso era peligroso. Era demasiado inteligente y podía utilizar cualquier espacio para colarse en su vida. Era oportunista y lo notaba en su mirada que lo estudiaba buscando una oportunidad de desarmarlo.

Capítulo 15

Prince llamó a los comensales para que se acercaran a la mesa. Un gran pastel de carne de venado los esperaba en el medio de la mesa, al igual que una pata de cerdo con patas hervidas se veía tentador haciéndole sombra al otro platillo.

—Esta noche estamos reunidos para agradecerle al duque su heroica acción de buscar a Primrose durante la noche helada. Fue una bendición que apareciera en su propiedad. Es como una señal divina... —pronunció la condesa levantando su copa y dirigiendo su mirada no solo a Alexander, sino también a Martha y John que entendían lo que ella deseaba hacer.

Mientras su tía se llenaba la boca, Primrose quería cavar un hoyo y arrojarse dentro para no tener que oír cómo la estaban tratando como si fuese una mercadería en el mercado. Pronto dirían que era una manzana y que la tocaran para saber que estaba crujiente.

Alexander no se inmutaba. Se limitaba a sonreír y mirar de reojo a lord Mulgrave que, era evidente que había perdido su forma más seria. Quería decir todo lo que le pasaba por la mente y entre eso estaba que todo le resultaba extraño. Él sospechaba sobre la verdad, aunque ni siquiera imaginaba cómo se había dado el encuentro entre ellos.

Mientras en el comedor todo era sonrisas educadas, Meryl fue a buscar otra botella de vino a la cocina. Al entrar ahí vio a Marcus. Ella no había entrado a ese lugar en toda la noche porque estaba arreglando la mesa y atendiendo a los invitados en el salón en compañía del mayordomo.

—¡Marcus! —Ella se acercó y lo abrazó con fuerza.

—No me fui por mucho tiempo, Meryl, solo fueron unos días. Fui a cumplir un encargo y después regresé —dijo correspondiendo—. El duque me trajo, me dijo que tenía una cena importante aquí.

Meryl tragó saliva. Primrose le había dicho que no contara nada de lo que había ocurrido, puesto que sospechaban que Marcus se enfadaría con el duque y diría cosas que no quería para desagradar a su amo.

—Sí, vi al duque. Todavía no sé en dónde se conocieron...

—Por supuesto que lo sabes, jovencita —masculló la cocinera—. El duque encontró a milady durante la madrugada en su propiedad y la trajo aquí. Ahora los patrones quieren que él se case con ella...

—¡Señora Wilson! —espetó Meryl, sonrojada.

—¿Cómo es eso de que milady estuvo perdida en la propiedad? Tú dijiste que ella conocía cada rincón.

—Sí, cada rincón de esta propiedad, no de otra —respondió mintiendo con naturalidad, aunque le estaba carcomiendo la conciencia.

—Entiendo. ¿Sabes qué me ha dicho el duque? Que nos da su bendición para casarnos. Podremos hacerlo, Meryl, y él no se opondrá. Temía su reacción, pero ahora sé que nos apoya y podremos ser felices y conservar nuestros trabajos. Hablaré con él para que me rente una casa en la propiedad, tiene varias y un par está sin rentar. Será un buen hogar para nosotros y nuestros futuros hijos...

—Eso me pone tan feliz, Marcus...

—Meryl, el vino, ve a buscarlo —ordenó Prince que la encontró hablando en lugar de hacer lo que debería.

—Sí, Prince...

Ella corrió hacia la bodega para coger uno de los mejores que tenían en la colección.

—No distraiga a la doncella, señor. Ella está atendiendo una cena. Una vez que termine de servir puede conversar.

—Disculpe, así será...

Marcus retrocedió unos pasos y salió de la cocina para esperar a Meryl fuera de la casa, mientras fumaría un poco para pasar el tiempo.

La doncella regresó con la botella y la cocinera le dijo que Marcus la esperaría afuera y que fuera a servir para poder terminar antes y hablar con él.

Mientras Meryl iba hacia el comedor, su mente repasaba lo que ocurría con Marcus y ella y también lo que le había ocurrido a Primrose y el duque. Se estaba cumpliendo lo que le había dicho la mujer sobre que el patrón de su amado les daría la bendición; sin embargo, ella se sentía mal por cómo se habían dado las cosas. La cena era incómoda para la sobrina de su amo y también para el mismo aristócrata que había hecho el desastre y debía tolerar las incesantes insinuaciones de los tíos de Primrose. Ese era su castigo.

En el comedor, Primrose trataba de no hablar demasiado, pero Charles le insinuaba que sabía que había algo sospechoso en el asunto. Se lo había murmurado al menos unas tres veces a lo largo de la cena y ella solo podía dar unos sorbos de su copa para evitar responder. El duque estaba sentado frente a ella y cada vez que

saltaba alguna idea que comenzaba a parecer descabellada, la observaba con una extraña diversión que se reflejaba en su mirada.

—Esta noche, Daisy y Primrose estarán encargadas de la ambientación. Disfrutaremos de mucho talento. Siempre he sabido que la nueva condesa de Mulgrave era talentosa en el pianoforte... —dijo la condesa de Riverside con una sonrisa hacia Daisy.

—Me sentiré honrado al escucharlas. Recuerdo que en raras oportunidades disfrutaba de las veladas musicales... —comentó con una sonrisa tranquila.

—No debe preocuparse por ningún dolor de cabeza, excelencia. Mis cuñadas son excelentes intérpretes —alegó Matthew—. No tendrá que taparse los oídos. Puedo atestiguarlo.

—Sí, es cierto. Hay talento familiar para la música y para que las damas se metan en problemas... —habló Charles en tono burlón.

—Oh, Charles. Eres injusto con nosotras. No es nuestra culpa terminar perdidas en el monte. A veces somos antojadizas para experimentar la soledad... —intervino Daisy. Claramente su esposo buscaba algún escondrijo para pillar a Primrose en su mentira. Estaba convencido de que algo ocultaban y ella también comenzaba a sospecharlo por el silencio de la joven.

Antes de tocar el pianoforte, Meryl se acercó a Primrose y le susurró algo al oído.

—Marcus ha regresado y está en la puerta trasera. Vino con el duque, ¿no le contó nada de lo que pasó, milady?

—No se te ocurra. El duque teme que su compañero de infancia lo odie por lo que quiso hacerte.

—Pero ¿no cree que se enterará tarde o temprano, milady? Hasta a él le resulta sospechoso que le dijera que daría su bendición. Esto no tardará en estallar, no es tonto. No sé si sabe atar cabos, mas esto no pinta bien.

—No pienses en cosas negativas. Trata de disfrutar de lo que conseguí.

—Perdió la oportunidad de ser duquesa por dos sirvientes.

—No, por dos personas buenas y especiales, ¿comprendes? Además, me creo muy importante para conseguir a un duque por mi cuenta, no necesito que la vida me haga un favor, puedo conseguirlo con esfuerzo y ser tan constante como una termita.

—Usted es un ángel, milady. Se merece lo mejor.

—Lo que merezco es que llenes mi copa de vino para que mi garganta no esté seca para cantar. Debo causar una buena impresión, sabes que el duque de Pemberton me llevará el doble de trabajo, pero créeme, la señorita Bruster estará orgullosa al saber que no fue un escándalo el que me llevó al matrimonio, sino que fue mi determinación.

A Meryl le brillaban los ojos cuando escuchaba hablar a la joven, era realmente admirable.

—Sí, milady.

Daisy y Primrose prepararon lo necesario para poder dar un buen concierto. Acordaron tres canciones para alegrarlos y nada más, pues ellas también tenían derecho a disfrutar de las buenas conversaciones.

—Oye, Prim, ¿no crees que el duque es perfecto para ti? —preguntó Lily cogiendo a su hermana de la mano.

—Sí, es muy adecuado, pero su encanto está un poco escondido.

—Mejor encanto escondido que dinero extraviado. Te dará una gran vida si logras conquistarlo. Haré que tengas esa oportunidad. Después de cantar, irás con él a un rincón y le mostrarás los retratos de nuestros padres. Contarás una historia triste, esperarás que te consuele y...

—Y dejas de conspirar contra el duque. No le voy a contar una historia lacrimógena. Si lo conquistaré será por lo que valgo, no por lo que no soy, pero sí lo llevaré ahí, aunque no para lo que tu mente piensa.

—Oh, por claro que sí. Nosotras sabemos que nuestra mente no tiene razón —insinuó Daisy haciéndole guiños a Lily.

Las dos rieron, burlándose de Primrose. Sabía cómo eran sus hermanas. Pensaban que ella haría alguna tontería, pero era más inteligente que eso, no daba un paso en falso ni se dejaba intimidar con facilidad. La oportunidad de estar a solas con el duque no le parecía descabellada, sino una forma de acercarse, para que pudiesen compatibilizar aún más. Aquel no parecía darse cuenta de que las chispas saltaban como el crepitar de la leña cuando se veían. Era alguien que estaba inmerso en el pasado y ella quería que dejara aquello y se enfocara en el presente.

Primrose se colocó de pie junto a su hermana que estaba sentada en el banco de pianoforte. Sus oyentes ya estaban ubicados en el salón, sentados, con copas en la mano. Todo estaba preparado para el deleite que les daría la música. Los tíos tenían la esperanza de que, a través de las notas, Primrose consiguiera el interés del duque. Era un candidato al que, entre bromas coloridas: querían hincarle los dientes para ella. Era comprensible que pensaran en lo mejor para sus seres queridos, pero ellos no eran los que

comenzaban a luchar contra el muro que había construido ese hombre alrededor de su corazón. Era una fortaleza a la que debía encontrarle una debilidad para explotar.

Alexander se acomodó para oír a Primrose. La canción de la última vez fue corta, pero le hizo darse cuenta de que le sobraba talento.

—En la música ella es la mejor de sus hermanas, excelencia. Quizá no pueda tocar los instrumentos con una gran destreza, pero su voz es capaz de hacer que hasta el corazón más duro se ablande —dijo John halagando el talento de Primrose como lo que era: un padre orgulloso.

—Estoy seguro de que milady es talentosa, lord Preston. Después usted y yo podríamos conversar sobre negocios. Tengo gente de la que desconfío y es en mis asuntos legales.

—Las puertas de mi despacho están abiertas para usted siempre que lo necesite. Estaré encantado de ayudarlo.

A John le gustaba pensar en que el duque fuese su cliente. Sabría todo sobre él, la intimidad de un noble radicaba en la información que proporcionaban. Sus secretos estaban guardados detrás de firmas y palabras de no divulgación. Amaba ser el único que dominaba esos asuntos.

Los primeros acordes se escucharon a través del pianoforte y unos segundos después, la voz dulce y afinada de Primrose llenó la habitación. El cuerpo de Alexander se estremeció al oírla y al gesticular. Se pensaba aún más cuando ella dirigía su mirada a él. No comprendía lo que esa mujer le hacía sentir. Debería estar enfadado por la bofetada de días atrás, pero lo compensaba con la idea de que se lo merecía. Se sentía fascinado que no solo la escuchaba con los oídos, también parecía hacerlo con su boca, ya que no podía cerrarla. La forma en que gesticulaba con sus manos

transmitía aún más que solo al oír la melodía. Primrose solo le había dejado ver una parte minúscula de su talento. Su madre estaría encantada con esta dama y la aprobaría. Si estuvo a punto de tirarlo a los brazos de la que ejecutaba en el pianoforte, en esta ocasión lo colocaría en el regazo de la cantante.

Él no quería que acabara ese momento tan mágico. No podía evitar aplaudir con los demás cuando terminaban una canción. No merecía estar en ese lugar apreciando el espectáculo. Si conoció a esa mujer con la cara llena de lodo fue por culpa de su locura para remediar lo que su sirviente estaba haciendo con su vida, aunque al final el que estaba complicando la suya era el mismo Alexander al exponerse a pasar más tiempo con Primrose, que era más peligrosa de lo que debería para su soltería que deseaba mantener.

Capítulo 16

Al acabar, Daisy y Primrose hicieron una reverencia para su público entusiasta.

—Considero que el talento familiar es algo cautivador. Imagine la buena impresión que dará Primrose como la esposa de un aristócrata importante —comentó Martha que se colocó junto al duque.

—Cualquiera se sentiría orgulloso de tener a una dama tan talentosa, milady —afirmó con educación.

—Merece ser la esposa de un duque... —Siguió Martha, sonriente.

—Madre, deje tranquilo al duque. Va a extender los pies conmigo por un rato. Le mostraré el retrato de mis padres...

—Espero que disfruten de este momento, querida. Los veré después...

Martha se retiró y Primrose se acomodó el cabello antes de observar al duque.

—Lo salvaré llevándolo a un lugar seguro. No lo morderé si no lo desea...

—Se agradece su apoyo. Su familia es un tanto intensa. Incluso Charles se ha puesto intenso con los meses, la influencia es grande.

—Sígame, por favor. No los considero así, pero es cierto que en esta oportunidad han visto un festín y como moscas se retuercen las manos antes de acercarse a devorarlo.

—No quiero pensar que soy el festín. —El duque la siguió.

—No se equivoca. Le juro que no he dicho nada, solo se están ilusionando con algo que no pasará. Solo deje que todo se asiente con el tiempo y se darán cuenta de que no somos más que personas que cruzaron sus caminos por una situación peligrosa.

—La situación peligrosa fui yo. Lo lamento.

—Sí, sé que ahora lo lamenta más que antes, después de conocer a mi familia. —Ella abrió una puerta grande y pesada. La galería familiar se extendía a lo largo de ese salón. Todas las paredes estaban llenas de retratos.

—Se parece a la galería de mi casa. Es complicado conocer a tantos ancestros —comentó el duque que se acercó a una de las lámparas encendidas. Todo parecía pensado para que estuviesen ahí. Él comenzaba a sospechar de su compañera, pero quería saber hasta dónde llegaba.

—Sí. Esta es la casa de mi tío y la historia recién empieza en aquel rincón con la pintura de mi tía. Era tan joven y hermosa... —La describió colocándose frente al óleo.

—Sigue igual, no he notado mucha diferencia... ¿Quién es madre?

—Ella... —señaló a una mujer parecida a Lily, pero con el cabello más oscuro y los ojos azules—. Su nombre era Lorraine y era la hermana de mi tío John, que es mi padre desde que los míos murieron.

—Ya entiendo de dónde sacó la belleza —dijo adulador y continuó caminando a la siguiente pintura. Un hombre alto de cabello rubio y ojos azules.

—Él es mi padre, el duque de Welberg.

—¿Es la hija de un duque?

—Sí, creo que usted no escuchó cuando se lo dije. Quizá estaba nublado de mente porque nada le salió como quería.

—Tal vez... No le diré a mi madre que conocí a la hija de un duque o terminará enamorada de usted y me obligará a tomarla como esposa. Ella es muy voluntariosa con eso.

—Se preocupa por usted, debería valorar ese afecto. Y en esta pintura, estamos los cinco: Mi padre, mi madre, William, Lily y yo. Es una réplica del que está en casa de mi hermano. Mi tía deseaba tener a su familia cerca.

—Lamento que murieran...

—Yo no los recuerdo. ¿Ve que era muy pequeña? Mis padres son Martha y John...

La voz de la joven se había suavizado y Alexander la observó viendo que un mechón de su cabello rozaba su rostro. Ella lo apartó y le dedicó una media sonrisa.

—Lo que importa es que lo salvé. Después de esta noche no estará obligado a saber de mí, pero yo sí quiero saber sobre el niño y sobre usted también. No quiero que esté torturando sirvientes. Cuente conmigo para su contabilidad.

Él rio y la miró con más interés.

—¿Me trajo aquí para despedirnos?

—Sí. Me despido de la oportunidad de ser la duquesa y paso a ser la vecina temporal. —Ella le sonrió, burlona.

—Me parece justo, pero prefiero que no interfiera en mi vida y que permanezca lejos de mi propiedad. No me gusta la gente metiche.

—Usted es siempre tan amable y agradable. Si no me quiere volver a ver, hagamos un trato.

—Usted y sus tratos que parecen que pueden salvar al mundo, pero al fin de cuentas termina complicando al resto.

—Me conoce más de lo que debería. Aquí va mi trato: me dan un beso y no me daré por servida.

Alexander levantó la ceja, sorprendido. Había imaginado cualquier cosa, menos eso.

—¿No prefiere alguna joya o un caballo? Lo que pide es descabellado y más aún aquí, en su casa. Es más que estar en la boca del lobo, estaría en su estómago.

—Tengo joyas y caballos, pero no sé lo que es un beso. Las personas buscan cosas valiosas que puedan obtener y una experiencia nueva es mejor que las cosas que me sobran...

—¿Sabe que no nos casaremos?

—Absolutamente...

—Espere un momento, ¿no se supone que un trato ganamos todos? ¿Qué gano yo con un beso?

—El acercamiento de una mujer que no es una suripanta como a las que quizá esté acostumbrado. Ah, y no lo perseguiré aparte de ver si el niño estará bien.

No era una negociación ventajosa para él, porque comenzaba a entender cómo funcionaban los tratos para ella. Eran simple palabrería.

—Solo uno... —aceptó. Por un lado, pensaba en el beneficio del beso y por el otro la falsa promesa de no meter su nariz donde no la llamaban.

—Está bien. Béseme, porque no sé cómo hacerlo.

El duque hizo que ella girara sobre sus talones para estar frente a frente. Movió aquel mechón molesto del rostro de la joven y colocó ambas manos en las mejillas de Primrose. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que su respiración estaba agitada. No podía dejar de mirar a los ojos hipnóticos de ella. Movió una de sus extremidades al cuello y la acercó a sus labios hasta que hicieron contacto.

Primrose no había sentido algo tan suave pegado a sus labios como la boca del duque, ni la seda más delicada se comparaba con estar tocando el cielo con las manos. Aquel no le demostraba urgencia, solo un roce suave con respiraciones calientes y la mezcla de postre con whisky y vino. Era embriagador.

Ella abrió su boca porque su instinto le decía que así debía hacerlo. Recibió con gusto a la lengua hambrienta de Alexander, que había dejado de lado la delicadeza inicial que quizá se debía al hecho de que estaba en casa ajena besando a la joven promesa.

Él sentía la necesidad de tomar más de lo que debía de ella. Su otra mano fue a la cintura de Primrose y la pegó a su cuerpo. Sentía su figura esbelta bajo su extremidad y su mente comenzaba a

formar imágenes insinuantes con la dama. Todo lo pecaminoso estaba en su cabeza haciendo estragos, devorando la lengua de aquella y atrapando cada milímetro de su busca en la suya. Ese beso y esa mujer podrían convertirse en una gran adicción si no ponía un alto a la situación; sin embargo, era imposible. ¿Cómo podría ser cortés con ella después de esto? No sería capaz de mirarla a los ojos sin desear repetirlo. No era lo mismo que estar con alguna fulana por ahí, a esas podía verlas y no sentir nada, pero con Primrose todo era más difícil porque, para él, su responsabilidad estaba más comprometida con una aristócrata que con cualquier otra mujer, así fue educado, por lo que la veía de diferente.

Primrose movió sus manos para rodear al duque por el cuello y con eso aferrarse a él para que no se le escapara. Estaba disfrutando de ese momento. No importaba que se estuviese quedando sin aire. Sus besos la volvían apasionada.

—Alguien entre los dos tiene que ser racional —dijo el duque cogiendo a Primrose de sus manos para alejarla. Después le dio la espalda poniendo distancia entre ellos—. Se pone apasionada, milady. Necesito respirar.

—No sabía que besar me hiciera ver tan apasionada. Después de esto espero que recapacite y quiera pedir mi mano. Será feliz si lo hace.

—No puedo creerlo, me engañó. Era un beso de despedida.

—Tal vez de despedida de la vida de soltero —se burló la joven que mordió sus labios.

Él negó con la cabeza. No podía creer que hubiese caído en los juegos de una debutante.

—Es una timadora profesional, milady. En verdad creí que cumpliría, así como yo lo hago. Teníamos un trato del que se quiere

salir. Si me arrastra a un matrimonio, haré todo lo que esté a mi alcance para separar a Marcus y la doncella. Recuerde sus palabras.

—No estoy haciendo nada que pueda llevarlo al altar conmigo. Si así hubiera sido, mi familia estaría aquí acusándolo y diciendo que en un mes me convirtiera en su esposa; sin embargo, estamos solos y yo solo quiero persuadirlo de que piense mejor. Necesita una buena esposa y me considero una candidata digna. Pese a mi concepto sobre usted es mixto y sesgado por todo lo que he sabido. Si antes lo creía un poco demente, ahora no me quedan dudas de que lo es, aunque con paciencia considero que podría cambiar su comportamiento.

—¿Qué? ¿Que cambie mi comportamiento? Quiero que sea muda por un día, solo por uno y sé que sería feliz.

—Mejor pida ser sordo y ciego también si no quiere verme. Sé que el pasado tiene mucho que ver con sus decisiones y estoy segura de que, si no lo hubiesen traicionado, no estaría enviando manos en alcohol, secuestrando niños y equivocándose en el rapto de una mujer. Debería considerar la forma en que la frustración se manifiesta en usted. Cualquiera estaría pintando un cuadro o cabalgando, pero usted no, hace cosas terribles que no haría cualquier persona en su sano juicio.

—No me conoce bien. Para mí es un pasatiempo ser malvado. No lo soy constantemente. No puede juzgarme con tanta dureza; de hecho, no me importa que me juzgue tan mal. Lo mejor es que me vaya y evitemos volver a encontrarnos. Es por nuestro bien, desde que nos conocimos solo sabemos que no coincidimos en muchas cosas y que no queremos lo mismo.

—Quizá no quiera casarse, pero lo desea. Seguiré atenta a sus actividades, excelencia. Ahora es momento de regresar, no quiero que piensen que nos casaremos, eso podría hacerle daño a usted.

—¿Siempre acostumbra a burlarse así de las personas?

—No, no soy de hacerlo con frecuencia, lo rechazo porque me rechaza, eso es igualdad.

La joven se acercó a la puerta y la abrió para que ambos salieran de la galería. El encanto del beso quedaría en el recuerdo, puesto que no pasaría de eso. Aquello no era dañino porque nadie los había visto.

La joven iba un paso más frente al duque. No regresaban de ahí como habían salido. Una extraña neblina de incomodidad los cubría y no era porque Primrose fuese difícil, sino porque Alexander no abría su mente y creía que la joven era demasiado invasiva para su vida tranquila. La vitalidad de ella era muy difícil de asimilar para él, ya que no estaba acostumbrado a tanta emoción después de estar en un limbo sentimental.

Él sospechaba que el beso fue el peor error de su vida, no porque estuviese mal darlo, sino porque de cierta manera, abrió la puerta a algo que no esperaba y no quería o, tal vez, su primer error estuvo en intentar mandar en la vida de su sirviente, urdir un plan que falló de forma espectacular y después hacerse pasar por un vecino preocupado devolviendo a la pequeña niña de la familia a su hogar. Estaba participando de una farsa de la que fue partícipe desde un principio por no aceptar las decisiones ajenas.

—¿Qué le pareció el recorrido por la galería? —preguntó el conde de Riverside al duque cuando se sentó en el sillón.

—Educativo, es un rincón interesante... —respondió mirando a la Primrose que para ese momento de la noche pretendía continuar siendo amable y responder a la lluvia de preguntas que vendrían después de que se fuera.

Capítulo 17

Después de conversar un poco más, el duque se despidió para regresar a su residencia. Marcus lo esperaba recostado en el carruaje conversando aún con la doncella. Ella le sonreía y por su nariz salía el vapor caliente cada vez que su sirviente la hacía reír. Debía admitir que se veían demasiado felices para su gusto. Esto no era exactamente lo que deseaba para separarlos.

—Excelencia, quiero presentarle a Meryl, mi prometida... —Él levantó el dedo de la joven y le enseñó un modesto anillo con un diamante.

Alexander sabía que le pagaba muy bien a Marcus, él ganaba más que un administrador y no estaba en desacuerdo con su paga, por lo que ese anillo era digno de su buen salario por tolerarlo.

—Felicitaciones. Tú y yo debemos conversar sobre cómo trabajarás estando casado si siempre viajamos.

El capataz asintió. Sabía que esa sería otra conversación dura.

—Te veré pronto, Meryl...

Ella bajó la cabeza y dejó que él besara sus manos. De reojo miró al duque antes de ir raudamente hacia la casa.

—Por el amor de Dios, ten compasión de mi estómago con tanta cursilería. Esto me resulta grotesco. Apenas sobreviví a esta cena y, para colmo, debo ver el cortejo de mi capataz —se quejó Alexander que subió a su carruaje seguido por Marcus que cerró la portezuela a su espalda y después frotó sus manos.

—¿Cómo le fue?

—Como le puede ir a una lombriz en un gallinero, Marcus. Estuvieron a poco de comerme. Me escondí lo mejor que pude y salvé mi pellejo por hoy.

—¿Qué significa por hoy?

—Sé que tendré más noticias de esta gente y no me dejarán ir. Soy como el venado en la pradera, están buscando cazarme para entregarme como sacrificio a lady Primrose.

—¿Y no le agrada milady? Escuché que canta como los ángeles. Será una gran anfitriona para usted.

—No quiero una gran anfitriona, para eso tengo a mi querida madre que puede encargarse de todo lo que necesito. Espero que nunca escuche cantar a esa dama o estaré en serios problemas. Un par de cartas serían solo el principio del fin. La tendría respirando en mi nuca, promoviendo encuentros y situaciones que me compliquen. Así es ella cuando quiere lograr sus objetivos.

—Pensé que cambiaría de opinión sobre milady esta noche.

—Oh, claro que cambié de opinión, es la criatura más peligrosa de Inglaterra. Si quiero conservar mi soltería, debo escapar de sus garras y no es alguien de quien se pueda escapar con facilidad, pues su primera arma es su carisma y después su encanto. Es capaz de hacer lo imposible por lo posible y negociar con ella es perder una batalla. No sé cómo la educaron, pero solo sé que mi paciencia es con lo único que puede lidiar. Otros caballeros no tendrían tanta consideración como yo que casi soy un santo por soportarla. Tiene una voz hermosa, pero en las dos veces que la vi, deseé que se quedara muda.

—Las mujeres pueden hablar mucho y sé que ella es de esas damas que gustan de charlar. El silencio no es tan apreciado por la joven como por usted. Si llegara a casarse con milady, tendría que rogar para que se callara.

—Me temo que el parloteo es el mayor defecto de las damas que no valoran la quietud y la paz. Esa es otra razón para mantenerme soltero. No necesito que nadie perturbe mi paz.

Cuando llegaron a la residencia, la señora Clayton estaba recorriendo el salón con el niño abrazado a su cuello, sollozando.

—¿Qué le pasa al niño? —preguntó acercándose a la mujer.

—Quiere a su niñera. Dice que no puede dormir porque necesita una canción.

—Llévalo a su habitación, iré junto a él después de cambiarme —dijo Alexander, sorprendiéndose por lo que decía. No debería involucrarse con el pequeño, pero no era un ser insensible y sin corazón, era un bebé y necesitaba cosas que no podían darle. Encontrar una niñera estaba siendo difícil.

Una vez que terminó de cambiarse, fue a la habitación de David y este tenía muchas cosas desparramadas en el suelo. Era evidente que su aburrimiento lo había llevado al nivel destructivo.

La señora Clayton lo acostó en la cama, pero el niño se puso de pie, llorando, y pidió que lo cargara otra vez.

—David, quédate quieto. Te contaré una historia divertida para dormir.

Al escuchar la palabra historia, la asociaba con tranquilidad para el descanso, al igual que las canciones. Se sentó y cogió el caballo de madera que estaba en su cama.

—¿Eso es brujería, excelencia? —curioseó la señora Clayton al ver que el niño estaba completamente calmado después de oír al duque.

—No, no lo es. Señora Clayton, vaya a dormir, me encargo de David.

La mujer obedeció y se fue. Alexander miró al niño y suspiró. Sabía que era más fácil colocar una almohada en la cara del niño, pero ya dio su palabra de contarle una historia.

—¿Te gustan los cuentos?

Vio que David asentía.

—Entonces, considero que mereces escuchar una historia. Se trata de un caballero que quería rescatar a una dama de un enorme dragón... —Alexander se explayó contando esa historia por un buen rato. Tuvo que rellenarla con todo lo que encontraba, incluso con un duende que conducía un carruaje, pues se estaba quedando sin ideas—, pero ella prefirió quedarse con el monstruo y tener hijos con él...

El niño lo observaba con los ojos desorbitados. En un primer momento, el duque creyó que lo había asustado, pero al ver que aquel colocaba una sonrisa, se alivió.

—Y... y... la canción... —pidió el niño.

—No le cuentes a nadie que te canté una canción o pensarán que soy una buena persona. Tampoco cuentes que no canto bien.

David asentía sonriente, abrazando el caballo de madera.

Él tuvo que tragarse su orgullo e inspirarse en Primrose. Esa canción para dormir que ambos escucharon de pequeños era la única forma de que el niño durmiera y Alexander también pudiese descansar.

Cantó la misma canción al menos cuatro veces hasta que David se quedó dormido. Aquel era una tromba llena de energía y él apenas podía contenerlo. Se levantó de la cama y fue caminando hacia la puerta. Se detuvo antes de salir y lo observó con detenimiento. Alexander sabía que si no se casaba no tendría hijos ni la oportunidad de criarlos. Pese a que se llevaba muchos años con su hermano menor, nunca había hecho el papel de padre, él tenía uno que siempre estaba detrás. Nunca sintió envidia de Louis, puesto que él también había tenido el mismo amor y atención que su padre durante su infancia. Con David las cosas eran distintas, sabía que sus circunstancias no eran las mejores para tenerlo en la casa, pero lo hecho, hecho estaba y debía asumir su responsabilidad. Lo trataría bien, como si fuese su propio hijo, y lo educaría de la mejor manera. El niño tendría todo lo que necesitaba a su lado y más aún los valores de los que sus padres carecían.

Fue a su habitación y al recostarse miró al techo y solo podía oír a los renacuajos que estaban en algún charco cercano. El coro era molesto con sus notas altas que hacían que él tapara sus oídos para no escucharlos más, pero sin éxito.

Evaluó su noche, a la que consideró una cacería de brujas. Estuvieron a punto de ponerle una fecha en la frente para que se casara con Primrose que, sin dudas, era una mujer demasiado vivaz para ser una debutante tonta. Era evidente que en esa familia no existía la estupidez. Fueron criados con la ventaja de la inteligencia y por supuesto que la usaban para sacar ventaja a los demás. El beso con la joven fue el verdadero punto de inflexión para Alexander, pues se había negado a cualquier tipo de contacto con las damas de la aristócrata y no le había servido para nada porque estaba metido hasta el cuello con Primrose en su mente. Su audacia lo motivaba a

seguirle la corriente en su demencia. No podía evitarla, se sentía impotente, incapaz de negarse a nada que pudiera alejarlos; sin embargo, eso debía parar porque no se sentía lo suficientemente fuerte para negarse a ella por mucho más tiempo. Pensaba en volverse desagradable y desinteresado si volvía a verla, de esa manera se olvidaría de él, lo dejaría en paz y podría volver a hacer lo que antes hacía: vivir tranquilo.

A la mañana siguiente, bajó al salón principal y se sentó en el sillón para mirar a la nada hasta que escuchó que David gritaba y golpeaba cubiertos en el comedor. Cerró los ojos y se acarició las sienes. La paz que deseaba estaba muy lejos de volverse algo real. Se puso de pie y fue hasta ahí. Al entrar, los ojos del niño se iluminaron y este le pidió con el gesto de los brazos abiertos que lo cargara. Alexander rodó los ojos, pero de todas formas lo cogió.

—Buen día, David. Deberías cooperar con el desayuno...

—Buen día, excelencia, le serviré su desayuno para que ayude al pequeño lord a que pueda comer algo —habló la señora Clayton —. Ya tengo edad para cuidar a este niño, excelencia. Debería buscar una niñera joven para que lo atienda. Es alguien al que no se le acaba la energía.

—Estamos en eso, señora Clayton. Tenga un poco de paciencia como yo estoy intentando tenerla. Le expliqué que pensé que era más grande, pero gracias a que mis sirvientes siguen órdenes literales, me trajeron al heredero. Estoy disfrutando al pensar en sus caras al saber que perdieron a su hijo.

—Pues qué problema se ha puesto encima, excelencia. Este niño es todo un príncipe. —La señora Clayton se perdió hacia el pasillo de la cocina.

Alexander se sentó en la cabecera de la mesa con el niño en brazos y esperó el desayuno. Ni bien el ama de llaves colocó la

comida frente a él, David cogió la salchicha y los panes como si nunca los hubiese visto. El duque se fijó en el plato que el crío había rechazado y era lo mismo que tenía en el suyo.

—Páseme el plato, señora Clayton. Alguien no sabe distinguir entre lo que es suyo y lo ajeno. Al parecer, es digno hijo de su padre.

La mujer hizo lo que el duque pidió y puso el plato junto al otro.

—David, este es tu plato y ese del cual estás robando es el mío. No debes tocar las cosas ajenas. Sé que son costumbres que traes en la sangre, pero aquí luchamos por lo que es correcto...

Al pequeño no le importó, siguió comiendo el desayuno de Alexander, por lo que él tuvo que comer los alimentos babeados que dejó el niño.

Cuando le tocó comer lo que era de David, negó con la cabeza, puesto que él era un duque y estaba comiendo sobras del hijo del que desgració su compromiso. Cualquiera diría que ese era el punto de quiebre para cualquiera, mas no para Alexander que, con tal de no dejar que esa gente que lo humilló fuese feliz, haría lo que fuera.

Después del desayuno, David lo persiguió por cada rincón de la casa hasta ir al despacho detrás de él, aunque ese sí fue un punto que no estaba dispuesto a ceder. Empujó al niño fuera del sitio y cerró la puerta. Antes de que se sentara, el pequeño ya estaba golpeando la puerta como si no existiera mañana y para colmo, lloraba pidiendo entrar.

Se recostó en su silla unos segundos antes de ceder y dejarlo entrar.

—Te quedarás quieto en la alfombra, no quiero que te muevas ni hagas ruido, ¿entiendes?

Aquel ni lo escuchó, parecía alguien que no necesitaba que le den órdenes. Cada vez se le metía más en la cabeza que era la viva imagen del tonto de su padre, solo esperaba que no lo fuese una vez que creciera. Él podía enseñarle modales, pero no podía modificar la sangre.

Capítulo 18

En casa del conde de Riverside, Primrose se había despertado con la determinación de un soldado dispuesto a morir en la guerra. Quería ir a la casa del duque para verificar que el niño estuviese en buenas manos. Pese a que no aparentaba ser violento, le preocupaba que pudiese cortarle algún dedito al pequeño. Oh, por supuesto que eso era algo que la perturbaba.

—¿Tú quieres salir? —indagó su madre al ver que la joven tenía puesta la capa y las botas para andar entre los charcos.

—Sí, madre. Iré con Meryl y juntas caminaremos por la propiedad...

Martha miró a su esposo esperando que pudiese decirle algo para impedir que saliera. No quería que volviera a perderse.

—Querida, ve a caballo —pronunció John—. Cuando ellos se cansan regresan a su lugar...

—¿Insinúa que me perderé, padre?

—No, pero tienes antecedentes. Es mejor que vayas a caballo y que no te separes de la doncella que conoce este lugar mejor que tú.

Primrose rodó los ojos. Gracias a la tontería del duque, todos creían que era una verdadera inútil que podría perderse en cualquier momento. Esto tenía que agradecérselo a él, pues de haber hecho una investigación más extensa sobre la pareja de su sirviente, nada de eso estaría pasando. Ella no lo hubiese conocido, ni sabido del niño, y mucho menos lo hubiese besado. Aquel fue un gran error,

uno que disfrutó tanto que podría repetirlo mil veces con tal de experimentar las mismas sensaciones que antes.

—Fue solo una tontería. Ya sé hacia donde tengo que ir, padre. Confíe en mí. ¡Sé que suena absurdo, pero solo fue una vez! ¿Acaso no merezco una pequeña redención? —intervino la joven antes de que dijera algo que insinuara que no le creía.

La joven agitó las pestañas e hizo un puchero para conseguir ablandar el corazón de su padre.

—Sí, la mereces, pero de aquí no sales si no cumples mis condiciones —se plantó el hombre.

—Tu padre tiene razón, querida. Solo haz lo que pide y puedes salir, aunque no nos agrade que lo hagas.

Mejor eso que nada. Salir era lo importante. Meryl tendría que apoyarla, ya que tenía la forma perfecta de convencerla para que no se negara.

Las dos fueron hasta las caballerizas y ahí fueron preparadas dos yeguas. Los animales se veían felices al salir de sus cuadras para correr.

—¿Iremos a nuestro lugar de siempre? —curioseó Meryl mientras se alejaban.

—No, iremos a la casa del duque. Tú me llevarás porque sé que sabes el camino, así que no te servirá de nada negarte a lo que pido. Además, verás a Marcus. ¿No te parece que todo es perfecto?

—Milady, quien juega con fuego termina quemado. No provoque al duque en ningún aspecto, porque es de temer y lo sabe.

—¿Acaso crees que me acerco a él con malas intenciones? No le haría daño, es solo que quiero ver cómo está el niño y si puedo acercarme a su corazón que es esquivo. Entiendo las razones, pero no puedo resignarme. Anoche nos besamos y fue el momento cumbre de mi vida. Antes de conocer lo que era ese acercamiento pensaba que era feliz, pero en realidad no sabía lo que era hasta que mis labios chocaron con los suyos. Eso es más que simplemente felicidad, es todo lo que cualquiera podría desear.

—Está demente si tiene esperanzas con él. No tiene intenciones de casarse y se lo ha dicho hasta el cansancio.

—Lo dirá hasta que sea mudo, pero eso no significa que continuará así. Quiero ayudarlo a que deje el pasado atrás. Tengo un mes para lograrlo.

—Perderá mucha saliva y un mes de su vida, milady. Ha estado soltero por siete años.

—No tiene más de treinta años. Mis cuñados tienen esa edad y están casados, lo que me indica que este es el momento en el que debe madurar y encontrar su camino.

—Y usted espera que ese camino lo lleve a usted...

—No necesariamente, pero si me ve, estaré ahí. Imagíname como duquesa... Tendré joyas, reputación, una jugosa asignación y, por supuesto, un esposo con el encanto de un té sin azúcar. Puedo lidiar con él. Considero que al duque es a quien le costará convivir conmigo, pero todo puede solucionarse en esta vida, excepto la muerte y lo veo demasiado saludable para creer que le ocurrirá algo.

—Me preocupa que esté tomando esto en serio. Lo meterá en un problema con su familia porque usted sabe que ellos quieren que también se convierta en duquesa. Lo bueno es que ellos juegan de

su lado y contra el duque. A mí solo me preocupa lo que este hombre pueda hacerle.

—¿Crees que sea capaz de cortarme algo?

—Sí, milady, su lengua, ya que siempre menciona que quiere que usted sea muda.

—Tienes razón, pero me arriesgaré, todavía podría escribir y mi cara sabe transmitir mis emociones sin ningún problema. Ni sentiré que me falte algo.

La doncella negó con la cabeza aquella estaba ciega por el duque y no comprendía su encanto más allá de su dinero. Sabía que eso no era lo que motivaba a Primrose, la conocía para saber que sus motivaciones estaban inspiradas en la bondad y las buenas intenciones, aunque no sabía hasta qué punto eso podría ser seguro para ella.

La joven convenció a la doncella de ir a la casa del duque, aunque no debían permanecer demasiado tiempo, puesto que debían regresar para cierto horario.

Cuando Primrose vio la residencia apareciendo en el horizonte, sintió que su corazón comenzaba a latir con más fuerza. La ansiedad por ver a ese hombre era demasiada. Por instantes le resultaba preocupante estar tan entusiasmada con alguien que no la toleraba del todo, pero a ella le daba igual y con más palabras de desprecio de ese hombre se limpiaba las orejas.

Bajaron del caballo y Primrose golpeó la puerta con tranquilidad.

Dentro de la residencia, la señora Clayton limpiaba sus manos en el delantal y fue a abrir. Al ver ahí a Primrose, sabía que este capítulo de la vida del duque no solo no había terminado, sino que complicaría las cosas.

—Milady, no debería estar aquí... —dijo la señora Clayton todavía sorprendida al verla ahí.

—Un «buen día» hubiese sido un saludo más apropiado, señora Clayton. Está cogiendo las mañas de su amo con tanta negatividad —alegó la joven haciéndola a un lado para entrar—. ¿Y el duque?

—Está con suficientes problemas para lidiar con otro más, milady.

—Déjeme adivinar, ¿el niño secuestrado?

—Sí, milady.

—Entonces ese problema se lo buscó él, no tengo que compadecerme. ¿Puede decirle que he venido? Oh, Meryl, entra, no te quedes ahí parada.

La pobre Meryl se moría de vergüenza por cómo se comportaba Primrose, como si fuese la dueña de esa casa, pero tuvo que obedecerla.

—También avísele a Marcus que su prometida está aquí.

—Milady, soy su carabina...

—No necesito una carabina. Su excelencia piensa despacharme pronto, es un caballero muy predecible...

—La anunciaré, milady, pero dependerá de usted si lo tolera.

La señora Clayton fue hasta el despacho del duque, golpeó la puerta con suavidad y después abrió.

—Excelencia, tiene una visita... —anunció la mujer con seriedad.

Alexander, que estaba intentando trabajar, levantó los ojos al oír a su ama de llaves. Suponía que este momento llegaría, pero no creyó que sería tan pronto.

—Es ella, ¿verdad?

—Sí, excelencia. Milady ha regresado y lo ha hecho con determinación, ¿qué le hizo a esa joven?

—Raptarla, ese fue mi error, mi gran y fatal error. Cuide al niño, señora Clayton, iré a despedir a la visita.

El duque se puso de pie y salió de su despacho a largas zancadas, con el pensamiento claro de expulsar a Primrose de su casa. Toda la cortesía debía cesar para que ella entendiera que entre ellos no existiría nada.

Al llegar al salón, la vio moviendo jarrones y esculturas como si fuese la dueña de esa casa.

—¿Qué se supone que está haciendo? —cuestionó molesto.

—Los modales de la señora Clayton se resienten gracias a los suyos, excelencia. Pronto saludaré de la misma manera para que estemos en el mismo nivel. Solo vine a ver si el niño se encuentra bien y a contar sus deditos uno a uno, como dije que haría.

—¡Qué hice mal! ¡Qué hice mal! —masculló mirando hacia el techo buscando ver el cielo.

—No nos hagamos los tontos, excelencia. Su pregunta es una menuda tomadura de pelo. Se metió con la persona equivocada y le cayó el castigo. ¿Dónde está el niño?

El ama de llaves apareció con el niño en brazos y se lo enseñó a Primrose.

—¡Oh, es un encanto! —exclamó al verlo. Dejó a un lado la estatua que tenía en la mano y se acercó a la mujer para observar mejor al pequeño—. Qué niño más hermoso...

Ella cogió las manitas del niño y contó con la mirada para que todo estuviese bien.

—No hice nada a David. Es un niño feliz y tranquilo —alegó Alexander que observaba como Primrose parecía enamorarse del crío.

—Es un bebé, excelencia. Necesita cuidados... Mi sobrino es más pequeño, pero puedo encargarme de él si necesita a alguien para que lo cuide. Puedo ayudarlo por un mes hasta que regrese a Londres.

—No necesito nada. Estamos en la búsqueda de una niñera. Lo mejor sería que no se involucrara en mis asuntos.

—¿Me puede prestar al niño, señora Clayton? —pidió Primrose para tomarlo en sus brazos.

David parecía acostumbrado a estar en los brazos de todos. Quizá si lo bajaban al suelo terminaría llorando. Cuando lo cogió este la observaba con interés y ella solo le tarareó una canción y con eso robó la sonrisa y la atención del niño.

El duque no dejaba de sorprenderse con lo que era capaz de hacer esa joven y comenzaba a odiarla por eso, por ser tan perfecta, por no encontrarle más defectos que ese tan grande que él consideraba imperdonable como querer llevarlo al altar.

—David está completo y parece bien cuidado y alimentado. Solo tenga en cuenta que la señora Clayton no tiene edad para un niño que no tiene límites, excelencia. Matará a su ama de llaves muy pronto. Ah, señora Clayton, no se olvide de llamar a Marcus, por favor. Meryl lo distraerá un poco del trabajo.

—No siga sus órdenes, señora Clayton —espetó el duque al ver que la mujer se movía para cumplir con el pedido de Primrose.

—¿No puede dejar a su prójimo ser feliz? Su sirviente va y distrae a mi doncella, pero cuando la traigo para que haga lo mismo, usted no cree que sea justo. Qué actitud tan hipócrita, excelencia.

—Que vaya su doncella a buscarlo por la puerta de servicio. Qué tontería. ¿Por qué no se pone a bailar encima de mí si ya está dando órdenes en mi casa?

—No vine a pelear, sino a ayudar y acompañarlo por unas horas, después debo irme. Aproveche la mano que le doy. La soberbia no lo llevará a ningún lugar aparte de la soledad.

—La soledad no es mala, solo personas que no pueden estar calladas la odian.

—No confunda soledad con paz. La soledad es eterna y la paz momentánea. A la larga, se sentirá mal, porque le parezca o no, somos seres sociables. No puede esconderse en la falsa premisa de quedarse solo por siempre.

—Me sorprende su creatividad para justificar sus intenciones. La felicito por eso, quisiera ser tan creativo para responder, pero no podría alcanzar su genialidad.

—Solo me interesa persuadirlo para que abra su corazón otra vez. No digo que lo haga conmigo, puede ser con otra persona, tal vez una de mis hermanas o cualquier otra mujer. Lo conocí y mi

interés es apoyarlo, si le intereso es un asunto aparte, por ahora solo una amistad sería agradable.

—Y lo dice disfrazando la situación con una amistad. No me convencerá de casarme, esa puerta está cerrada.

—¿Y no le interesan sus propios hijos? Si puede tener aquí a uno ajeno, puede concebir los propios y amarlos.

—Esto es por el bien del niño. Sus padres son incapaces de brindarle una crianza decente.

—Si esa excusa lo ayuda a dormir mejor, no tengo nada más que decir. ¿No ha recibido noticia de los padres?

—No, al parecer son tan buenos que ya lo olvidaron...

Capítulo 19

Al duque también le parecía extraño que nadie fuese a buscarlo para acusarlo de algún delito como siempre ocurría. En esta oportunidad estaban tardando demasiado. Quizá hasta le estuviera haciendo un favor a esos desvergonzados.

—Puede regresar a su despacho si no quiere que lo moleste y yo me encargaré del niño para que esté tranquilo, al menos un par de horas hasta que regrese aquí —pronunció Primrose.

—Le haré caso con tal de no estar cerca de los dos... —dijo el duque y le dio la espalda.

No salió como si nada de esa conversación. En su pecho su corazón latía desbocado, como si todo lo que estuviese viviendo fuese una extraña fantasía. Primrose estaba ahí encargándose de un niño que raptó. No sabía qué pensar sobre ella. La joven estaba en todas sus maldades intentando que recapacitara, pero él no estaba dispuesto a salir de lo que conocía como su forma de vida después del desastre que fue años atrás por el dolor de la humillación. Su ego y su orgullo herido no lo dejaban tranquilo.

Meryl se acercó a Primrose para saber qué venía después.

—¿Qué hará, milady?

—Pues cuidaré a este niño tan precioso y tú irás a ver a tu prometido. Yo ya vi al duque y me doy por servida. Este angelito es mi preocupación.

—Milady, deje que yo me encargue, usted no debería estar aquí y mucho menos para hacerse cargo de las locuras del duque —alegó

la señora Clayton.

—A mí ni me molestan los niños, señora Clayton, pero sí me preocupa que nadie esté buscando a David ni que esté amenazando a su excelencia para que lo devuelva. Es evidente que si saben quién los ha estado perjudicando por años, conocen el paradero de su hijo.

—No lo sé, milady. Tal vez no saben en qué propiedad esté el duque y por esa razón no han llegado hasta aquí. Es probable que solo sea una cuestión de tiempo —correspondió el ama de llaves.

—¿Tiene ropa más abrigada para salir?

—No, milady. De hecho, he tenido que cortar y coser ropas muy rápido para hacer algo del tamaño de milord.

—Oh, pequeño. Mañana iré a comprar telas. Me gusta la costura. Haremos un par de prendas que le queden a la perfección.

—Usted es la cosa más extraña y afortunada que le ocurrió al duque, milady. Esperemos que pueda verla como una potencial esposa para que abandone esta vida solitaria, tirana y vacía que lleva. Se ha vuelto malvado y caprichoso con los años. No siempre fue así. Era tan carismático, agradable, encantador y correcto, que no tiene nada que ver con este hombre que está en su despacho, encerrado entre números y proyectos que lo mantienen ocupado.

—Por la experiencia ajena sé que hay personas que transforman a las almas más nobles, en demonios despiadados. Sepa que su excelencia pronto saldrá de este castigo que se impuso, solo debe darse cuenta de que la vida continúa y no terminó después de que lo engañaron...

Primrose cogió al niño y salió del salón, le daría un breve paseo por el lugar para que disfrutara del paisaje, solo que no lo bajaría en el suelo. Con un gesto de la cabeza le indicó a Meryl que fuese a

buscar a Marcus para aprovechar su tiempo. La doncella accedió a regañadientes. Una vez que se quedó a solas con el niño, le dio un beso en la mejilla.

—Eres un encanto, David. ¿Tu nombre es David?

Aquel negó con la cabeza y la dejó sorprendida.

—¿Entonces no te llamas así?

El niño volvió a negar.

—Oh... ¿Cómo te llamas?

—*Miord*...

—¿*Miord*? —interrogó la joven con el ceño fruncido. Ese no parecía ser el nombre de nadie, hasta que se dio cuenta de que no existía, sino que era el tratamiento que recibía por parte de su niñera. Él era milord. Era tan pequeño que todavía no distinguía su nombre, por lo que el duque le inventó uno—. Ya entiendo. ¿Te gusta llamarte David?

—Sí...

—Bien, a todos los efectos, eres David...

Ella siguió haciéndole preguntas al niño. La mayoría fueron respondidas sin sentido, pero había disfrutado de esa conversación tan breve. Después se centró en distraerlo mostrándole el paisaje, y fueron al gallinero que el duque tenía en el fondo de la casa para que Primrose pudiese enseñarle las aves de corral. Aquellos estaban cubiertos por un techo de paja y con sus lugares bien colocados para atravesar el crudo invierno. Apenas puso al pequeño en el suelo, una de las gallinas se acercó y picoteó su zapato, lo que hizo

que David corriera a los brazos de ella y llorara como si sus pulmones no se hubieran desarrollado antes.

—¡Oh, gallina mala! —exclamó abrazando a David con fuerza para después espantar a las aves—. No pasa nada, ahora iremos a ver los caballos. Creo que no te sientan bien las gallinas, querido.

Aquel estaba lo suficientemente asustado para no querer tocar una gallina en un par de años. Esperaba que los caballos fuesen de su agrado.

Una vez en las caballerizas, los ojos de David se encendieron con una luz desconocida.

—¡*Cabadito*! —gritó agitando las manos primero para después aplaudir. En verdad aquel estaba emocionado.

—Los caballos son lo tuyo. Ah, es cierto, tienes uno de madera.

El niño no dejaba de repetir «cabadito» y ella no lo corrigió. Estaba feliz de poder acompañar a un niño tan bueno y agradable.

—¿Recuerdas a tu madre y a tu padre? —indagó como si David pudiese responderle, pero aquel solo negó con la cabeza y siguió perdido en su devoción por los caballos.

Pensaba que si no recordaba a sus progenitores era porque ellos no lo habían estado mimando con frecuencia. Su sobrino conocía a la perfección a sus padres y no podía estar mucho tiempo lejos de ellos. Esto la llevaba a tener una teoría: sus padres no se ocupaban de él de ninguna manera y solo lo habían tenido después de fallar un par de veces, ya que sabía que habían tenido dos hijas antes de que naciera el heredero.

Después de cansarse de las caballerizas, Primrose quiso regresar a la casa, pero David estaba obsesionado con los caballos.

Si le decía que debían irse, aquel gritaba y lloraba. Lo único que le quedaba era mejorar sus métodos de negociación con él, aunque ella no negociaría con un niño caprichoso.

Pasó mucho tiempo intentando convencerlo para salir, mas nada resultaba, por eso tuvo que tomar la decisión de sacarlo de ahí e ignorar su llanto. David se estiraba hacia las caballerizas, amenazando con bajarse de los brazos de Primrose. Respiró e intentó otra cosa.

—¡David, calma, David! —pidió apretándolo con fuerza para que no se cayera—. Iremos a buscar comida para los caballos. La señora Clayton los tiene en la cocina.

Aquello llamó la atención del crío y dejó de hacer berrinche.

—¿Estás de acuerdo en buscar la comida? —preguntó y lo vio asentir.

Mientras ella regresaba a la casa, aliviada, el duque seguía trabajando en un par de cuentas, aunque se distraía con frecuencia. Abandonó su silla y fue hacia la ventana. Ahí distinguió a Primrose caminando con David en brazos.

—Qué mujer más terrible —dijo sin malicia, más bien era porque la admiraba. Toda la entereza y las ganas que tenía por cambiar las cosas lo hacían pensar en ella y su capacidad para vivir en el lado honesto de la vida. Era casi pura ingenuidad. Primrose aún no sabía lo que era la decepción, el orgullo, el dolor y la vergüenza. Vivía en una burbuja en donde solo parecía existir el bien y reconocía que ese era un error, pues él había vivido en ese mismo mundo durante años, hasta que la vida le enseñó lo que era en verdad.

Esperó un rato más y oyó unos golpes en la puerta.

—Adelante —vociferó para que entrara.

—Hemos regresado después de un paseo un poco agitado. No lo lleve al gallinero y procure no llevarlo a las caballerizas, aunque si lo hace, que sea con mucho tiempo de sobra —recomendó bajando al niño en el suelo.

—¿Qué pasó en el gallinero? Oye, David, ¿qué pasó en el gallinero?

—Me *modió* una gallina mala... —contó cogiendo del suelo su caballo de madera—. ¡*Cabadito*!

—Oh, no, *cabadito* otra vez —dijo Primrose entre suspiros.

Alexander sonrió al verla agotada.

—Siéntese, lady Primrose.

—¿No prefiere llamarme Primrose?

—No, eso sería como dejar que se metiera por completo en mi casa y, por ende, en mi vida. La verdad es que prefiero evitar conflictos. Llamarla por su nombre es una muestra de intimidad que no deseo tener.

—Considero que un beso es algo más íntimo que un nombre. Se llamaba Alexander, ¿no es así?

—Sí, ese es mi nombre, pero no quiero que lo pronuncie, espero que mantenga distancia y...

—Decirle Alex suena cómodo. Su nombre es largo. Mis hermanos me llaman Prim. Puede llamarme así cuando guste.

—Si le dije no con Alexander es un no rotundo con Alex. No use diminutivos, soy un duque.

—¿Acaso si digo su nombre dejará de serlo? No lo creo.

—¡*Cabadito*! ¡*Cabadito*! —insistió el niño golpeando el juguete contra el piso.

—Querido, tu padre te llevará a ver los «cabaditos» después...

—¿Qué está haciendo? No soy su padre.

—Pues él pronto lo tomará como su padre, ¿sabe por qué? Porque usted robó a este niño de su hogar y ahora necesita brindarle lo que le ha arrebatado. Sabe que pronto comenzará a hablar más y mejor, y sus preguntas lo llevarán a inventar escenarios dignos de una novela.

—Usted —la señaló con el dedo— es una víbora.

—¿Desde cuándo decir la verdad es ser venenosa? Admita que se equivocó y ahora debe hacer de padre del hijo de su acérrimo enemigo. Esto hasta podría considerarse una redención.

—¡No quiero ser el padre de nadie!

—No grite, hay un niño presente. Controle sus demonios. Si no está dispuesto a ser un padre para David, debería considerar devolverlo pronto a su familia.

El duque miró a David que parecía muy frustrado golpeando el caballo contra el piso. Podía ser posible que ella tuviese razón; sin embargo, eso sería admitir una derrota. Enviar al niño de vuelta a su hogar era lo correcto, pero no quería que fuese igual a sus padres. Equivocado o no, sus intenciones no eran tan horribles.

—Parece la voz de mi conciencia, milady.

—Hágame caso. Es un niño precioso, pero entiende que no es su responsabilidad tener que lidiar con esto. Tiene familia que debe estar buscándolo con desesperación.

—Si dice que están desesperados, eso alimenta mi maldad para no devolverlo nunca. La idea es que sufran tanto, que se arrepientan de lo que me hicieron.

—Cometieron errores que ya debieron haber pagado de alguna u otra manera. Deje que la revancha la tome la vida. La mejor forma en que ellos sufran más es verlo feliz y con una esposa hermosa, brillando más que una estrella en el cielo. Sin embargo, usted les ha dado el gusto de saber que sigue sufriendo por lo que le hicieron. Ellos han tenido hijos y han crecido como matrimonio, mientras usted se revuelca en su miseria. La mejor venganza es vivir bien. No siga dándoles poder sobre usted, Alexander...

Su nombre dicho con tanta seriedad sonaba a que él debía seguir ese camino, pero su mente aún no lo aceptaba. Todo sonaba convincente y lógico, la cuestión era aceptar aquello.

—Todo suena a rosas y chocolates, milady, pero el dolor no es así. La traición transforma corazones, destruye ilusiones y mata cualquier cosa que pueda volver a crecer. Usted no ha experimentado la realidad, vive encerrada en la fantasía que le venden a niñas incautas y a algunos incautos como yo, que el amor y el matrimonio son compromisos de por vida, pero el tiempo demuestra que eso es mentira.

—La elegida fue el problema, aunque mostró sus verdaderos colores en el compromiso. Debería agradecer que no fue en el matrimonio y que no hiciera pasar hijos de otros por suyos. A veces no vemos la suerte que tenemos, solo considere lo que le digo.

Capítulo 20

Después de que conversaran un poco más, Primrose y Meryl decidieron que debían regresar a la propiedad, ya que se acercaba la hora del almuerzo.

El duque no salió a despedir a la joven, eso no le importaba, sabía cómo era de obtuso en sus decisiones. Nadie lo haría cambiar con facilidad, lo único importante era que al menos le había dicho todo lo necesario para que tomara la decisión de cambiar lo que estaba haciendo mal. Ese niño necesitaba a sus padres, fuesen estos buenos o malos. Él no era dueño del destino para definir quién merecía tener hijos y quién no.

Desde la ventana, Alexander vio partir a Primrose. Él recostó su brazo derecho en el marco y agachó la cabeza. Debía admitir que ella lo puso a pensar de una manera en que no lo había hecho en años. De hecho, solo en los últimos tiempos su comportamiento había cambiado. De perjudicar negocios, a ordenar la muerte de alguien, raptar a una supuesta doncella para amedrentarla para al final terminar siendo el duque el amedrentado y, por último, el secuestro de un bebé. Esto coronaba la tontería extrema.

Primrose tenía razón en todo lo que decía, eso le repetía su mente, pero él no quería aceptarlo, se ponía a discutir consigo mismo como un demente. Ella le ayudó a darse cuenta de que, en lugar de que sus enemigos lo viesen con envidia, sentían lástima por él y sus actos. Pese a que ellos estaban quebrados, seguían adelante y tenían tres hijos, mientras Alexander seguía atrapado en el pasado, sin esposa, sin hijos, sin oportunidades reales de ser admirado, solo era el duque del escándalo, ese que demostró que la infidelidad podría castigarse en público sin agachar la cabeza,

aunque los desgraciados seguían con la frente erguida hasta casarse y formar una familia.

—Está listo el almuerzo, excelencia —anunció la señora Clayton levantando la voz. Su amo le hizo un gesto con el dedo sobre la boca. Ella se fijó y vio a David dormido sobre la alfombra.

—No hable fuerte —murmuró—. No queremos que la bestia despierte... Lady Primrose lo durmió con una canción

—Oh, milord se ve como si fuese un angelito, pero todos sabemos que es una criatura endemoniada. Debería devolverlo, excelencia. Considero que ha castigado a esas personas de una manera extrema.

—No considero que sufrieran lo necesario, necesitan sufrir mucho más, al menos un mes adicional, ¿no lo cree, señora Clayton?

—Lo que creo es que debería dejarse mimar por milady. ¿No sé da cuenta de que ella sería capaz de vender su alma por permanecer con usted?

—¿Vender su alma? Bien jugado, señora Clayton. Dudo que esa mujer que es tan astuta como un tiburón apueste su alma. Considero que primero apostará las nuestras y si no queda solución, lo hará con la suya.

—Es cierto que es muy astuta, tanto, que ha logrado hacer lo que ninguna mujer ha podido en siete años: hacer que usted hable de ella. Concuerde conmigo en que es una dama excepcional que busca la manera de regresarlo al buen camino.

—Señora Clayton, si algo es claro en ese mundo es que no se puede ayudar a quien no desea ser ayudado. Es una frase tan gastada, pero real.

—Y otra que dice que si hace siempre lo mismo no conseguirá resultados diferentes. Es tiempo de cambiar de táctica. Todavía es joven para atarse a la soltería y criar al hijo de su enemigo.

Alexander miró a David que dormía plácidamente.

—Es cierto, pero lo otro significa...

—Casarse y tener sus propios hijos. Créame, es más placentero que criar a los ajenos. Venga al comedor o se enfriará lo que preparé. No piense en mover al niño, le guardaré comida, usted vaya a comer con tranquilidad.

Él se puso de pie y fue hacia la puerta del despacho y echó una última mirada a David. En su pecho, algo le decía que se había encariñado con un objeto de venganza; sin embargo, era incapaz de pensar en ese niño como malo. No merecía sufrir, quería darle todo lo que un padre podría darle a un hijo, mas no podía tapar el sol con un dedo: era un niño robado.

***

Las dos regresaron a la casa del conde de Riverside exactamente para la hora del almuerzo.

—La esperaba para servir, milady... —comentó Prince al verla entrar al comedor.

—Siento el retraso, pero saben que disfruto demasiado del campo y puedo perder el tiempo, más aún cuando el cielo está gris —dijo justificándose.

—Es cierto que sueles perderte, cuñada —alegó Matthew en tono burlón. Los demás en la mesa lo acompañaban con las risotadas.

—Qué gracioso. Fue una desgracia con suerte...

—La suspicacia de que te encontrara un hombre joven, adinerado y solitario, convierte esa suerte en algo distinto: premeditación... —afirmó Charles sembrando la discordia otra vez—. Sé cómo funcionan las mentes de las mujeres de esta familia...

Daisy le dio un puntapié para que no siguiera diciendo tonterías.

—Si no crees en las coincidencias, tampoco crees en que no hiciste nada en la cabaña con Daisy. No olvides que tienes muchos pecados para andar señalando a tu prójimo.

—No ocurrió nada, pero aquí estoy, como tu cuñado.

—Fuiste salvado por mí. Deberías ser más agradecido, querido. Siempre buscas llamar la atención, después de que renunciaste como primer lord del Almirantazgo te falta algo más por hacer, no es suficiente con darte otras actividades que ayuden a que tu mente se ocupe.

—No tengo la culpa de que nada de lo que existe a mi alrededor sea un verdadero reto a mi inteligencia.

—Sobrevivir todos los días es un verdadero reto. Una mente tan aguda se aburre con facilidad. Deberías leer libros avanzados y no los que leería cualquier persona. Es la única forma de mantener a las personas más capaces formándose. Admito que por algo te apreciaban en tu puesto. Creo que te querrán de vuelta si la vida te resulta aburrida —recomendó Primrose.

—Uno solo quiere regresar a dónde fue feliz, Primrose, y no regresaría ahí ni si me ofrecieran todo el dinero de Inglaterra. Tal vez busque libros más avanzados como dices, quizá así deje de molestar...

—Nos harías un gran favor, Charles... —musitó Daisy que negaba con la cabeza. Su esposo era un carcamán al que era difícil consentir, solo a ella la respetaba y le tenía paciencia, pero con el resto de los mortales, él buscaba conflictos pequeños, algo para mantener el control con sus conocimientos.

Después de terminar el almuerzo, en lugar de ir a su habitación para descansar, prefirió ir al salón de su tía a coser y bordar. Sabía que ella tenía muchas telas que guardaba, si encontraba algo de lino, podría llevarlo a casa del duque y medir al niño para hacerle un par de camisas. El pobre parecía una persona sin hogar, aunque en realidad, podría decirse que así era.

Cogió telas y unos retazos sobrantes. Con ellas haría algo especial, además de un presente para el duque. Esperaba que le gustara lo que haría para él.

Durante la tarde, estuvo haciendo el ruedo para un pañuelo y después bordó el nombre de Alexander con cuidado. Le parecía algo adecuado para entregar, él debía comprender que ella no era su enemiga, era su aliada para dejar de hacer cosas que podrían perjudicarlo en poco tiempo.

Admiró su obra unos minutos y después llevó todo lo que hizo y recolectó a la habitación. Ahí no pudo resistir la tentación de rociar un poco de perfume sobre la tela. Deseaba que Alexander tuviese algo que le recordara a ella y a sus buenos consejos.

Durante el resto de la tarde, bebió el té en compañía de las damas, los caballeros preferían otra actividad. Todos ellos salieron esperando encontrar algo en medio del frío, dudaba que hallaran algo aparte de algún resfriado.

—¿Alguien considera que el duque podría estar interesado en Primrose? —preguntó Martha con curiosidad.

—Madre, el duque es un hombre que no exterioriza sus sentimientos, es taciturno y nunca se sabe lo que hace, aunque por mi experiencia, deberíamos desconfiar de la gente que calla, esos son los peores... —alegó Daisy.

—Exageras, Daisy. El duque es un excelente candidato y habla como una persona normal. Lo que importa es que es un duque y Primrose puede tener un buen futuro si llegara a poder conquistarlo. Creo que debería perderse más veces en esa propiedad —dijo Lily con una sonrisa burlona.

Primrose escupió su té al oír más tonterías que proponía su hermana.

—¿Por qué están empeñadas en que se case conmigo? ¿Qué daño les hice?

—Pienso igual que Primrose. Casarla con alguien así sería terminar dañándola... —apoyó Daisy.

—¿No podemos pensar en que nuestra querida Primrose sea duquesa? —interrogó la condesa de Riverside—. No veo defectos en él, salvo lo que se dice.

—¿Y qué es lo que se dice? —indagó Martha con curiosidad.

—Pues que se aisló después de una gran humillación que hizo pasar a unas personas. No sé si será cierto, pero al parecer, es un asunto de faldas.

—¿Y qué importa eso? Lo que nos interesa es cómo se sentirá Primrose. ¿Te agrada el duque, Prim? —interrogó Lily, jocosa.

—¿Estoy obligada a responder?

—Si se puede, te lo agradeceríamos —repuso su madre.

—Él no es desagradable a la vista, pero no sé si sea capaz de cambiar lo que le hace mal. Lo que oculta es un problema para el duque y para la persona que piense en casarse.

—Es cierto. No sabemos su problema, pero sigue siendo un duque con dinero y reputación. Deberíamos invitarlo a otra cena y seguir intentando —propuso Lily, sonriente.

Mientras Primrose trataba de entender lo que pasaba por la cabeza de Lily, que no dejaba de pensar en el estatus, escuchaba a las demás como si cacareaban en su oído. Lo único que deseaba era terminar con su té e ir a su habitación.

Tal como hacía su padre, se escurrió mientras las demás discutían cómo ella podía conseguir la atención de Alexander. Esperaba que llegaran a una asombrosa conclusión y se la compartieran, pues ella también tenía interés en saber cómo hacer que se interesara en su persona.

Para la hora de la cena las cosas no habían cambiado demasiado, aunque los varones hacían que las cosas fuesen más llevaderas. Matthew contaba sobre la mina en América y las joyas que le mandaba hacer a Lily por los artesanos. Charles se explayó en cómo funcionaba el sistema de defensa de Inglaterra y su tío no se detuvo para contar algún que otro fraude pequeño de sus clientes, por supuesto, sin dar un solo nombre para que no fuesen identificables. Todos ellos parecían tener la vida resuelta y vivían tranquilos, incluso el ser más desagradable del universo: su cuñado, Charles. El más agradable y encantador siempre sería Matthew.

Lo que notaba era que a las mujeres de la familia le gustan los problemáticos, querían entrenar a los hombres o, mejor dicho, educarlos de otra forma. Creía que Alexander necesitaba una reeducación completa. No podía andar por la vida matando y raptando, por su propio bien y por el peso de su conciencia.

Entendía que él consideraba que todo era por un bien superior, mas no estaba tan convencida en el caso de David ni de que amedrentara a Meryl solo por hacerse enamorado de su amigo sirviente.

A la mañana siguiente, Primrose arrastró a Meryl a la misma actividad del día anterior, aunque con la canasta con tela. Necesitaba las medidas del niño para cortar y hacerle ropa. Sería la primera vez que no haría algo para una mujer, sino que sería para un crío. Sus habilidades las usaría para el bien.

Fueron hasta las caballerizas, cogieron dos yeguas y después fueron hacia la propiedad del duque. Una vez ahí, golpearon la puerta.

La señora Clayton abrió y suspiró, pues esa joven parecía no entender que el duque no quería su presencia en la casa.

—Buen día, señora Clayton, ¿se encuentra el duque?

—Sí, milady, pero está ocupado.

—No se preocupe, no lo molestaré demasiado...

Capítulo 21

Primrose entró al salón y después no se detuvo hasta llegar al despacho, dio unos toques a la puerta y esperó, pero nadie respondió, entonces abrió y vio una escena que nunca creyó posible. El duque tenía la cabeza en el escritorio, mientras David lo golpeaba con el caballito de madera.

—¿Excelencia? —preguntó acercándose hasta donde él se encontraba.

Alexander levantó la cabeza y trató de erguirse.

—¿Qué está haciendo aquí? —increpó al verla ahí. No podía creer que lo encontrara en esas condiciones tan deplorables.

—Al parecer llegué justo a tiempo antes de que David acabara con usted...

El niño al oír la voz de Primrose corrió hacia ella.

—¿Vamos a ver el *cabadito*?

—Buen día, pequeño, primero quisiera conversar con el duque y después podríamos ir a verlos, ¿puedes buscar a la señora Clayton?

David se alejó de Alexander y salió del despacho.

—Es un niño inteligente, vine a medirlo para poder hacerle unas camisas... Pondré en prácticas mis habilidades de costura. —Ella fue a sentarse sin decir nada con su canasta en el regazo.

—Otro día que viene sin invitación y se sienta sin ella.

—Esta vez vine a salvarlo, excelencia. Vi que lo estaban masacrando.

—David amaneció juguetón y debo admitir que no puedo con él cuando debo hacer algo. Prefiere estar conmigo que con la señora Clayton. Quiere que le cante canciones de cuna...

—No tiene que ser una niñera por capricho, lo mejor es que deje ir a David y usted recupere la paz y tenga sus propios hijos. Él es precioso, pero no es su hijo. Recuerde que la mejor venganza es vivir feliz. La gente que no lo soporta, morirá al saber que vive bien. En cambio, ahora, usted les ha quitado trabajo a esos padres y debe tolerar golpes con un caballo de madera solo porque no puede dejar atrás el pasado. Admita que tengo razón.

—¿Acaso dije que no tiene razón? No lo hice, solo no estoy dispuesto a que una niña sin experiencia en la vida me dé consejos.

—No tengo experiencia, pero sí criterio. Sé distinguir lo bueno de lo malo y lo absurdo de lo conveniente. Lo que hace es simplemente meterse el dedo en la llaga infinidad de veces esperando no sentir dolor. ¿Todavía ama a su antigua prometida?

—No. Esa noche, todo lo que sentía, murió. Usted no entiende que esto no es cuestión de amor, es el orgullo herido, la humillación pública de que te cambien por un sucio barón, yo era un marqués a poco de convertirme en duque y ella me hizo eso. Mi hombría, reputación y confianza quedaron por el suelo. ¿Sabe qué ocurrirá mañana si a su prometido lo obligaran a casarse con otra y dejarla de lado? ¿Piensa que conseguiría otro matrimonio? ¿Y su confianza, sus sueños, su vida y su reputación cómo quedarán?

—Mal, pero ¿acaso sería culpa mía? No. Tendría que salir adelante de cualquier manera. Tal vez me echaría a morir unas semanas, pero como sabe, la primera temporada es primordial para

una dama, no puedo bajar los brazos y convertirme en una carga familiar. Para nosotras no hay mucho tiempo para derramar lágrimas, debemos seguir. No podría tomarme siete años para pensar en la ofensa. En este momento veo eso como una verdadera ventaja, pues a nosotras se nos inculca casarnos con un buen candidato, lo ame o no. Siempre preferiré los sentimientos sobre el dinero y espero que mi futuro esposo piense más en el presente que en el pasado.

Alexander abandonó su asiento y fue hacia la ventana para observar hacia la inmensidad del paisaje gris.

—El poder de la elección de un hombre, no de una mujer.

—Es por lo que las oportunidades son escasas. ¿Cree que su prometida se casó con su amante porque lo amaba? No, las sábanas ardían por lo que significaba lo escondido, una vez sabido el secreto, ¿qué más podría haberlos unido? La obligación y esa es una de las cosas más horribles de esta vida. Si no hubiésemos hecho un trato, hoy me estaría odiando, excelencia. Pude tener el camino fácil hacia un matrimonio, pero preferí apelar a que me quisiera.

—Por supuesto que la quiero, pero fuera de mi propiedad.

—Eso suena encantador viniendo de usted. —Primrose sacó el pañuelo de su canasto y caminó hacia el duque. Se colocó junto a él e hizo que la mirara para después coger su mano y colocar ahí el pañuelo y apretarla en un puño—. Este es un presente para usted. Lo hice ayer y espero que siempre que lo necesite para tomar una decisión lo tenga a su lado.

Él no podía dejar de observar su mano en donde le había puesto ese obsequio y luego se dirigió a ella.

—No me gustan los obsequios cuando no tengo forma de devolver el gesto —se quejó.

—Tiene algo que no cuesta mucho entregar: un beso.

Aquel no pudo evitar reír. Ella nunca dejaba de sorprenderlo con su osadía. La vergüenza debía tratarse de un término desconocido en su vida, pues desde que la conoció no la había utilizado ni siquiera para sonrojarse. Un beso no era un mal negocio, pero significaba ceder y darle esperanzas de algo que no pasaría. Esto solo los llevaría a un problema si su familia se daba cuenta de lo que ocurría entre ellos, y Alexander creía que eso pasaría antes de lo esperado.

—¿Qué pretende con toda esta desfachatez? No me convencerá de casarme con usted, ni con nadie. No me interesa, no me preocupa la idea de tener o no un heredero.

—Le llama así a un poco de emoción. Me gustó su beso anterior y como dijo que no tenía nada para darme y a mí no me costó trabajo hacer ese pañuelo, considero que es un trato justo; sin embargo, usted tiene que verlo todo como algo sombrío, macabro y con doble intención. Puede quedarse con mi presente, no me dé nada si eso hace que se sienta humillado, en Londres encontraré a alguien que quiera disfrutar de mi compañía...

Ella cogió su canasto y salió del despacho. Fue hasta el salón en donde David estaba con la señora Clayton y con Meryl, ambas hablándole para que fuese un buen niño.

—Es momento de medir a este niño tan travieso. David, ¿quieres una camisa nueva? —preguntó Primrose bajando al nivel del pequeño.

—¡Sí! Con un *cabadito*.

—¿Quieres que tu camisa tenga un *cabadito*?

El niño asintió.

—Puedo hacerlo, solo debo dibujarlo y bordar en la tela. Quedará precioso.

Se puso manos a la obra para comenzar la costura. Sacó la tela del canasto y comenzó a liarla alrededor de David para sacarle la medida a su cuerpo. Esperaba que le durara un poco más y por eso le agregaría uno o dos centímetros más. No sabía cuánto tiempo más el duque soportaría la viveza del pequeño.

Mientras lo hacía, David intentaba cantar la canción de cuna que tanto ella como Alexander le habían cantado. Era un niño inteligente y querible, temía que el duque no pudiese devolverlo no por venganza, al menos, ya no, sino por amor. Primrose sabía que solo una persona que era capaz de amar se dejaría golpear con un caballo de madera por un crío que no llevaba una sola gota de su sangre.

Cuando más pensaba en el problema en el que se había metido ese hombre por capricho, se preocupaba por él, pues temía que alguien lo delatara, aunque suponía que los padres de David sabían quién tenía a su hijo. Todavía no había podido convencerlo de devolverlo antes de que las cosas empeoraran y se encariñara mucho más con el pequeño.

Una vez que terminó de sacarle las medidas, comenzó a cortar la tela. La señora Clayton dejó al niño con ella para poder ocuparse de sus labores y Meryl fue a buscar a Marcus, pero no se fue muy lejos, ya que el capataz iba hacia ellas.

—Buen día, milady —saludó quitándose el sombrero por educación.

—Buen día, Marcus...

—¿Qué está haciendo?

—Unas camisas para David. Ya sabe que no tiene más cambios de ropa y como todo niño, necesita un par.

El sirviente suspiró y negó con la cabeza.

—No pude convencerlo de que no hiciera esto. Él no escucha razones cuando se trata de venganza.

—Me di cuenta de que hace muchas cosas sin pensar.

—Tengo una curiosidad, milady, ¿cómo conoció al duque? Escuché que los sirvientes en la casa de sus tíos dijeron que era un héroe por encontrarla...

—Oh, esa es una larga historia. Me perdí y él me encontró, fue todo...

Marcus parecía no tragarse esa explicación, algo era extraño en la forma en la que se conocieron y esa mujer estaba metida en la casa.

—Deberías decirle que devuelva a este niño a su hogar.

—Esa gente no tardará en aparecer aquí si no lo hace. Créame que he pensado en las mil formas de hacer que recapacite, pero cuando algo le entra en la cabeza no se detiene hasta convertirlo en realidad. Siempre ha sido así y recursos para cumplir lo que quiera no le falta. Nosotros solo seguimos órdenes.

—Lo sé, pero sabemos que le importas mucho, Marcus. Puede que te escuche en esta ocasión. Al igual que tú, también hablé con él y confío en que mientras más personas se lo digan, tal vez entre en razón.

—Lo intentaré, milady.

El capataz continuó su camino hacia el despacho, al entrar vio a Alexander de pie junto a la ventana, con sus manos detrás de la espalda, una pose que siempre tenía cada vez que la duda lo asaltaba.

—Con permiso, excelencia —dijo Marcus al entrar. Él giró un poco la cabeza para verlo y después continuó mirando por la ventana. Se percató de que tenía algo en la mano.

—¿Está todo bien, Marcus?

—Sí, excelencia. No hay nada extraño en la propiedad, lo que oímos ayer fueron los parientes de milady que fueron a cazar y cruzaron el límite...

—Entonces no puedo decir nada, son solo los vecinos y no gente peligrosa, aunque ella sí lo es.

—Si me deja preguntar, ¿por qué viene con frecuencia?

—Porque no entiende la palabra «no». Ella cree que todavía puedo casarme y ser una mejor persona. Es de esas típicas jovencitas ilusionadas con un esposo malvado al que pueden reformar. Ni soy malvado ni necesito que me reformen.

—Milady es bonita e inteligente. Sería una excelente esposa para usted. Noto que es razonable al querer que devuelva al niño a su familia.

—No lo haré.

—¿Y qué pasa si el barón entra con un arma y le dispara para llevarse a su hijo?

—Tal vez lo tenga merecido o quizá antes de que él me dispare, yo lo haga primero. Siempre estoy preparado, ya sabes, por aquí hay muchos salteadores.

—Excelencia, devuelva al niño, por su bien y suyo. No soy capaz de seguir cargando con la culpa de haber traído al crío. Lo mejor es que...

—No digas nada de lo que puedas arrepentirte... Te pagaré el doble de lo que ganas.

—No es el dinero, son mis valores. Considero que alguna vez me vio como amigo por ser confiable y leal; sin embargo, creo que usted y yo ya no compartimos esos mismos valores. El odio y el rencor lo han llevado a esto, a robar niños. ¿Qué vendrá después? No sé qué puede ser peor que eso.

—Me tienes en pésimo concepto... Lo hago por el bienestar de este niño, para que no sea como ellos.

—Hay miles de niños en situaciones peores y no lo veo ayudándolos. Esto es simple egoísmo y maldad contra los padres.

—¡Lo merecen! Merecen sufrir por lo que me hicieron.

—No puedo pedirle que olvide, pero sí que siga adelante. Usted se quedó en el pasado cuando todos están avanzando. Meryl y yo nos casaremos en dos meses y quería pedirle permiso para usar la capilla...

Al oír que su sirviente se casaría, sintió como si alguien apuñalara su pecho.

—¿Cómo sabes que ella no debe estar involucrándose con algún mozo de las cuadras de su patrón? Deberías considerar que puede ser una mala mujer.

—Meryl es perfecta, no es capaz de algo así. Si no quiere hacerlo, se lo pediré al conde de Riverside, su propiedad tiene una capilla.

Capítulo 22

El puñal se hundía más en su pecho al oírlo decir que buscaría apoyo en otro lugar. No quería admitir que se sentía manipulado, pero su sirviente estaba haciendo todo lo posible por hacerlo sufrir y que tomara una decisión rápida.

—Maldición... —murmuró—. Puedes usar la capilla. Ve y ocupa una de las casas de los arrendatarios para que puedas armar tu hogar ahí... Maldición, no puedo creer que me estés traicionando por una doncella.

—No es por cualquier doncella, es por Meryl, y ella es lo que deseo y anhelo. He vivido muchos años soltero y estando a su servicio, pero es momento de que haga mi vida en este aspecto. Tal como no puedo hacer nada para persuadirlo de sus maldades, usted tampoco puede conmigo. Es una ley pareja.

—La ofensa de un enemigo no duele tanto como la traición de un amigo...

—Gracias por ceder por las malas, excelencia. Por la noche estaré en las caballerizas con una botella de whisky barato si quiere acompañarme.

—Ahí estaré...

Su sirviente se retiró y Alexander tuvo que ir hacia su escritorio y reposar sus manos encima, pues estaba a punto de caer. Se sentía bajo presión por hacer lo correcto y, claramente, no devolver a David era algo incorrecto.

Miró el pañuelo que Primrose le había dejado y se lo llevó a la nariz. En ese momento sintió que perdía hasta su voluntad, pues el aroma de ella estaba impregnado no solo en ese retazo de tela, sino también en su mente. Una extraña sensación lo recorrió hasta sentir que su corazón latía sin bajar el ritmo. El poder de la joven era mucho más de lo que deseaba admitir. No quería tenerla cerca porque en verdad representaba un gran peligro a los años de estabilidad después de su gran desmoronamiento. Ella llegó a su vida para destruirlo y no porque quiso, él la metió ahí por error, por un accidente que pudo haber evitado si se informaba, si al menos hubiese preguntado las características físicas de la doncella. Estaba seguro de que todo le salió mal debido a que lo hizo sin ayuda de nadie, pues si solo hubiese dado la orden, la eficiencia de sus sirvientes hubiese sido total. No era bueno ni siquiera como villano en su propia vida.

Después de un par de horas de intentar volver a concentrarse en los gastos que debía hacer, concluyó que no podía. Era otro día de trabajo perdido. Pronto sería la hora del almuerzo y él no había avanzado nada por culpa de David y después por el pañuelo de Primrose. Esa tela era un martirio que le recordaba que ella le había pedido como pago un beso, pero él se negó, no porque no quisiera, sino por mantenerse en su postura de rechazarla. La joven era una excelente candidata y Alexander sabía que no tenía nada que ofrecer más que defectos y repudio.

Salió de su despacho y al llegar al salón, Primrose había convertido ese lugar en su salón de tejido. Trató de no estallar con un grito al ver el desorden. Se tapó la frente con una mano haciendo un pequeño ruido que hizo que ella levantara la mirada de su costura.

—No quiero creer que está enfadado. No lo molesté después de que me echó de su despacho y no pienso insistir en que me haga caso. También tengo orgullo, ¿sabe? —pronunció la joven mirándole de reojo.

—Convirtió mi casa en un atelier.

—No su casa entera, solo su salón principal. No se sienta mal por eso, son las consecuencias de secuestrar niños.

—No necesito que repita eso cada rato. ¿Y David?

—Le pedí a sus sirvientes que lo devolvieran... —dijo. Después miró hacia el duque para ver su reacción. Aquel estaba quieto, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué? —Logró articular.

—Era una broma. Está observando a los caballos con Meryl. Es un niño que ama demasiado a los caballos, debería considerar obsequiarle un pony.

Alexander volvió a colocar una mano sobre su frente. Estuvo al borde del grito más sangriento en la historia. Primrose estaba jugando en la cuerda floja de su paciencia.

—Lárguese...

—Estoy terminando la costura...

—¡Que se largue!

En lugar de obedecer, ella comenzó a tararear una canción, lo que hizo que él perdiera los estribos. A largas zancadas él fue y la levantó del brazo y la arrastró hacia la puerta.

—Esto podría ser considerado como una grosería. Excelencia, este comportamiento no es digno de un caballero.

Él no dijo nada más. La empujó fuera de la casa y después cogió todas las cosas de Primrose y las arrojó en la entrada. El canasto, las telas y los hilos salieron volando por todas partes.

Primrose en lugar de ofenderse, solo se acarició el brazo para disminuir la molestia y comenzó a recoger lo que él había tirado. Este era el fin. Ya no ayudaría a quien no quería ser ayudado. Dios era testigo que puso su predisposición para salvar a ese hombre de su propia estupidez. Lo intentó, quiso llevarlo por el camino del matrimonio y tampoco quiso, lo mejor era hacerse a un lado y esperar a que se cumpliera el tiempo de regresar a Londres y buscar un esposo que no tuviese traumas tan profundos que lo orillaran a hacer cosas malas.

Sin decir nada, comenzó a guardar todo con cuidado, doblando las prendas que estaban casi listas. Regresaría al día siguiente, pero solo para dejar lo que terminaría esa noche en su habitación. No quería que su familia viera algo y preguntaran sobre el niño, era un terreno en el cual no quería entrar.

El duque la vio recoger lo que él había arrojado con una gracia desbordante. Nada parecía tambalear a esa joven. Por último, ella hizo una reverencia hacia Alexander y después se dirigió hacia las caballerizas. Al poco tiempo de verla desaparecer, se arrepintió de lo que había hecho, pero era demasiado tarde. Ese arrebato fue un verdadero desacierto.

Primrose fue junto a Meryl y al niño que estaban en las caballerizas.

—Nos vamos, Meryl —anunció con tranquilidad.

—Sí, milady. Llevaré al niño a la casa y regresaré para irnos...

Ella asintió y esperó a que su doncella regresara. Los mozos que estaban ahí la ayudaron a colocar su caballo en condiciones para

partir junto a su doncella. Cuando Meryl regresó, salieron de la propiedad en silencio, algo que le pareció extraño.

—¿Está bien, milady?

—Sí, lo estoy. Es solo que entendí que no me quieren aquí. Al menos te conseguí la bendición, Meryl.

—Me siento tan culpable.

—No vengas con ese asunto de la culpa, no te corresponde cargar con nada de eso. El único responsable es el duque, que quiere jugar a ser juez y juzgar a todos como si fuésemos pecadores. Estoy pensando en darme por vencida con este hombre o terminaré utilizando una aguja contra su ojo.

—¿Qué pudo haberle dicho para que cambiara drásticamente su opinión sobre él?

—No es lo que dice, es lo que hace. Arrojó mis costuras fuera de su casa, aunque no por eso le cortaré la mano o secuestraré a su sirviente favorito. Haré como si nunca lo hubiese conocido. Mañana traeré las dos camisas para David y después no me volverá a ver.

—Es mi culpa, si no me hubiese fijado en Marcus...

—Ya te lo dije, no es tu culpa. No podrías adivinar sobre lo antojadizo que es el duque para conservar a sus seres queridos.

—No sabía que actuaría como un demente y la raptaría pensando que era yo. A estas alturas me hubiese olvidado de Marcus si me atrapaba y no por el dinero, sino por el temor. Ha matado a un sirviente superior, ¿qué haría conmigo que soy comida de hormigas?

—Es cierto. Ahora solo puedo pensar en ese inocente que fue separado de sus padres. No importan los defectos que estos

pudiesen tener, nadie tiene derecho a llevarse a un bebé. Este fue el acto más cruel que pudo cometer el duque, pero debo aprender a soltar las cosas que no me competen. No soy amiga de la injusticia, pero no puedo hacer nada, porque lo poco que intenté, fue arrojado por la puerta.

—Lo siento tanto. Ese hombre no sabe valorarla. Es una suerte que no esté comprometida con él, pues si lo estuviese, su vida sería un verdadero infierno. Es malo y morirá solo con todo su dinero.

—Sí, espero que se asfixie con él y que le dé mucha satisfacción lo que hace.

Pese a no ser una persona rencorosa, Primrose estaba viviendo su momento más bajo en ese aspecto porque le deseaba el mal a su prójimo.

Al regresar a su casa, ella fue hasta la habitación y dejó ahí el canasto. No quería que nadie viese su secreto. Después de mañana no existiría nada que lo uniera al duque, ni siquiera la lástima por un niño.

***

Después de que la joven se fuera, el duque pasó el resto del día en una neblina mental sobre lo que había acontecido para que se comportara de esa forma. No encontró una explicación aparte de su poca paciencia.

Por la noche, en las caballerizas, Marcus le entregó la botella de whisky y este le dio un trago largo.

—Diablos, ¿qué me estás dando, Marcus? —Alexander devolvió la botella.

—Es un whisky bastante fuerte, excelencia. No es nada de otro mundo. ¿Por qué está tan pensativo el día de hoy?

—Porque me he comportado como un verdadero rufián de poca monta con lady Primrose.

—Menos mal se da cuenta de lo que hace. Debería enviarle un presente por sus atenciones para el niño. No tiene ninguna obligación con él.

—Viene a contarle los dedos porque teme que se los corte. No soy esa criatura malévola que cree. Tú me conoces desde que yo era un niño y tú un adolescente, Marcus.

—Eso no significa que no cometa errores, excelencia.

—¿Todo lo estoy haciendo tan mal porque soy rencoroso? No puedo olvidar lo que me hicieron, es imposible que pueda presentarme en Londres como un caballero normal. Todos sabrán que parezco un ciervo.

—Ocurrió hace demasiado tiempo, excelencia. Es momento de pensar en lo bueno. Si se casa con una mujer que tenga una buena familia, le aseguro que la gente lo admirará. Compararán la vida del barón y de su esposa con la de usted con una mujer joven a su lado como la duquesa. Ahora solo es un hombre despechado que no aparece en Londres por vergüenza, una que no debería sentir, cuando los que deberían sentirla viven como si nada y usted se aísla.

—Me veo tan mal. Pensé que alejarme de las mujeres era lo mejor. La traición está en ellas y no quiero volver a sufrir.

—Sufrir es parte de esto que llamamos vida, excelencia. A mi edad quiero tener una pequeña familia, es por lo que cuando conocí a Meryl solo pude pensar en que ella era la indicada. Trabajadora,

hermosa, dedicada, obediente y amable. Las mujeres del pueblo no son así, esas a las que visitamos solo quieren nuestro dinero.

Alexander bajó la cabeza. Admitía que las damas de la noche eran costosas, pero menos peligrosas que una prometida de familia adinerada. Marcus tenía razón en cuanto a eso. Era algo vacío que solo servía para que toda la frustración tuviese un frasco en el cual colocarse.

—No sé si deba pensar en casarme, no estoy seguro de poder aceptar eso. Fueron siete años viviendo de cierta manera.

—Pero fueron veintitrés los que vivió con valores que tenían al matrimonio como centro. Sus deseos de casarse no pudieron haberse extinguido, solo están en el fondo de su memoria. Debería recordar lo que pensaba sobre pasar su vida con alguien, qué lo llevó a considerar hacerlo tan joven...

Para el duque, lo que decía Marcus eran revelaciones de su pasado, uno que iba más allá de los siete años más miserables. ¿Cuáles fueron sus motivaciones para querer casarse a los veintitrés?

Capítulo 23

La compañía de Marcus esa noche no solo hizo que sus sirvientes lo llevaran a su dormitorio porque no podía arribar las escaleras, sino también porque le hizo ver algo que él omitió por completo: su pasado antes de Frances.

Durante su infancia y parte de su adultez vio la felicidad en el rostro de sus padres y lejos de sentirse intimidado por el matrimonio, deseó casarse con una buena mujer. Su madre estaba tan orgullosa de él cuando a los veintitrés años dijo que quería casarse. Su padre intentó persuadirlo para que esperara un poco más porque creía que era precipitado y que debía experimentar con su vida un poco más para no llegar al matrimonio sin experiencia y después desear saber qué se sentía hacerte tal cosa. Ignoró este último consejo y conoció a Frances. Quedó prendado al instante. Parecía una joven decente. Hasta ese momento él no sabía la diferencia entre ser decente y parecerlo, pero después de unos meses lo descubrió. Su compromiso fue tan fugaz como un estornudo. Sus sueños de una familia como la suya se fueron por dónde llegaron y a él no le quedó más que echarse a morir en un rincón después de endurecer su corazón.

El duque no sabía de dónde había sacado tanto valor para hacer lo que hizo con esos amantes descarados, solo sabía que la humillación era algo que jamás podía permitir por decencia y por su educación. Él era un hombre importante en la sociedad, pero esa mujerzuela quiso verle la cara, solo que fue más inteligente y no esperó a conversar, actuó. ¿Qué podría decirle Frances para cambiar lo que él había visto? No era algo que otra persona vio o escuchó. No había forma de que alguien le hiciera cambiar de opinión. La ofensa que sufrió fue tal que todo en él cambió de manera radical, solo con su familia intentaba mantener la paz. Ese era su refugio, su

lugar seguro. Los demás no eran dignos de nada, cuando antes Alexander confiaba en los demás. A Marcus tampoco lo puso en duda porque desde la infancia fueron inseparables, aquel lo cuidaba como si fuese un hermano mayor, y él hizo lo mismo con Louis.

Por la mañana despertó con una claridad que no lo visitaba desde hacía años y también con los golpes de David que parecía tener la energía de un orfanato entero.

Se levantó arrastrando los pies, se arregló y fue al comedor en donde mantuvo la mirada perdida, aunque pensaba en David, en lo que era correcto y en su actitud con Primrose, la mujer que él mismo metió en su vida.

Al terminar su desayuno, el niño se aferró a una de sus largas piernas y Alexander tuvo que llevarlo de esa manera hasta el despacho. Después quitó al niño con una mano estirándolo de la ropa como si fuese una sanguijuela.

—Quédate quieto, debo concentrarme en ciertos asuntos. Después los sirvientes te llevarán a dar unas vueltas por las caballerizas...

El niño no le hizo caso y cogió todo lo que había a su alrededor y comenzó el desastre.

Unas dos horas después oyó el relinchar de un caballo. Se asomó por la ventana y vio a Primrose cabalgando hacia la propiedad y su doncella detrás de ella. Debía admitir que la joven parecía una verdadera amazona. Su rostro no dejaba lugar a dudas sobre su determinación, tuvo tiempo para conocerla un poco.

Estuvo observando por un rato hasta que la doncella bajó y se acercó a la puerta. Primrose solo miraba a su alrededor como si observara el paisaje que no era interesante, solo gris. De repente, sus ojos se encontraron a través de la ventana. Ella no hizo ni un

ademán para saludarlo y eso parecía un golpe a su ego. ¿Por qué la joven no lo buscaba como antes? Esperó algún gesto, pero no vio nada. Estaba a punto de abrir la ventana y gritar, pero se dio cuenta de que eso resultaría inconveniente.

Primrose fue a cumplir con la entrega de la ropa. Solo estaba aburrida, esperando a que Meryl terminara el encargo en el que trabajó toda la noche, cuando vio al duque pegado como una mancha al cristal de su ventana. Su corazón se detuvo por un instante para después latir con más fuerza. Sabía que esa sería la última vez que lo vería. No regresaría a esa propiedad. Si alguna vez tuvo alguna ilusión con ese hombre, el día anterior eso terminó. No quería cambiar su actitud y, ella, pese a ser paciente, tampoco podía tolerar faltas de respeto. No era eso lo que le enseñaron en su casa.

Cuando Meryl terminó, las dos espolearon a sus yeguas y se fueron sin perder más tiempo.

Ver que Primrose lo ignoró hizo no tenía el efecto esperado de indiferencia, sino que le dolió mucho saberla tan lejos de él y fue por su culpa. Estaba seguro de que no volvería a escuchar ninguna canción suya otra vez y eso, lejos de gustarle, le producía tristeza y una soledad mucho más profunda. Ella era una persona que con poco era capaz de cambiar mucho y Alexander sabía que sus traumas pasados le hicieron perder a una mujer valiosa. No sabía cómo actuar ni qué hacer a partir de ahí.

Con decisión, se alejó de la ventana y abrió uno de sus cajones del escritorio, en uno de ellos había un joyero que contenía algunas joyas de la familia que fueron heredadas, unas eran parte del título y otras no.

Abrió el alhajero y comenzó a recorrer entre las joyas buscando algo apropiado, una excusa valiosa para poder tener un plan. Lo único que se le ocurría para acercarse era un agradecimiento hacia la confección de un pañuelo, uno que estaba junto a él

desconcentrándolo, pues su aroma era como revivir los momentos junto a Primrose. Ese beso en su casa representaba el principio del fin de su vida como la conocía y el duque no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde.

Unos días después, sus padres y sus hermanas se prepararon para dejar la propiedad del conde de Riverside. Primrose todavía se quedaría unas dos semanas más.

Abrazó a todos para despedirse y se quedó un poco vacía, pero era momento de que regresaran para atender a sus hermanas menores que quizá estaban incendiando la casa.

Después de que se fueron, ella buscó a Thea y fue a las praderas para practicar sus saltos con los troncos de práctica que tenía su tío en la propiedad. Ese día quería estar sola y lejos de la casa para poder repasar lo que ocurría en su vida.

Hasta ese momento, cumplió con los deseos del duque de no volver a su residencia y él no la buscó en esos tres días en que no lo había visto. No esperaba nada de aquel. Por un lado, su estima por la vida humana le decía que fuese a esa casa para saber que el niño estaba entero y también que Alexander estaba vivo en manos del pequeño y, por otro, su dignidad le decía que mantuviese distancia, que ya le había dicho suficientes barbaridades y ni siquiera apreció su presente. Tal vez fue porque no estaba a la altura de un hombre como ese.

Estuvo ahí durante al menos dos horas entre pensar y entrenar. Su yegua era la que más disfrutaba de todo, pues no importaba que ella pensara o entrenara, todo lo hacía encima de ella y la hacía moverse como llevaba tiempo sin hacer.

Cuando llegó el tiempo de regresar, lo hizo con lentitud. No tenía mucho que hacer. Todavía seguía cansada después de la costura que hizo para David. Utilizó toda su energía y sus dedos

todavía estaban pinchados en algunas partes, pero eso no significaba que no lo hizo con gusto o con un propósito.

Una vez en la casa, fue a cambiarse para no oler a caballo después de haber hecho mucho tanto ejercicio con su yegua y esperó que sirvieran el almuerzo.

—Hoy me encontraré con Marcus, milady, ¿quiere acompañarme? —preguntó Merly que se acercó a ella para susurrarle en el oído.

—¿Te aseguraste de que fuese él quien te pidió verte?

—Sí, milady. Era su letra.

—Me alegro por ti, pero en esta ocasión me quedaré, estoy intentando dejar atrás el asunto del duque y ver a su sirviente es como verlo a él, es como una extensión de su amo.

—Dios nos libre que se parezca en algo. Entonces seré breve para no molestar a los patrones.

—Ellos ya saben sobre tú y él, no hay razones para esconderlo, solo es cuestión de solicitar el permiso correcto.

—Lo sé. Me da un poco de vergüenza.

—Ve y no tardes demasiado, si viene con una capa que le cubre toda la cabeza, huye, no es él.

Meryl sonrió.

—Lo haré, milady.

Durante la hora del almuerzo, ella conversó con sus tíos y estos no mencionaron al duque ni una sola vez, parecían sentir que, si

alguien más hablaba de eso, las cosas se arruinarían. Suponían que las cosas no habían salido como ellos deseaban.

Por la tarde, Primrose se sentó en el pianoforte y comenzó con unas notas sencillas para acompañar su canto. Esas habilidades no debía olvidarlas, pues cuando estuviese en Londres, tendría que participar de veladas musicales en donde debía impresionar a los candidatos que podrían ser su futuro esposo. Su primera opción para cubrir esa vacante era el duque de Pemberton, pero no por el hecho de desear ser la duquesa, esa no era su verdadera motivación, sino él era quien le agradaba con todo lo tosco que podía ser, consideraba que todavía tenía salvación con la persona correcta; sin embargo, debía comprender que ella no era lo que él necesitaba. Quizá fuese demasiado intensa para alguien que precisaba más lentitud para aceptar que debía continuar con su vida, los siete años no le resultaron suficientes.

Mientras ella tocaba el pianoforte y cantaba con el libro que le había dado su tía, el mayordomo fue hasta la puerta y la abrió.

Alexander estaba en la entrada de la casa del conde de Riverside. El mayordomo se hizo a un lado y lo dejó pasar sin decir mucho. Sabía que los tíos de la joven estarían encantados de ver que aquel hombre había llegado ahí sin que nadie lo presionara.

Fue hasta donde el sonido de la voz de Primrose llenaba el ambiente y se paró cerca sin que ella pudiese verlo.

Quería esperar que ella se diese cuenta de que estaba ahí, entre tanto, él disfrutaría de su talento. Tardó tres días en decidir sobre lo que haría con su vida después de los consejos que la misma y Marcus le habían dado.

Ajena a quien estaba cerca, Primrose terminó su práctica, cerró el pianoforte y también el libro. Al levantarse, observó hacia la entrada del salón y vio al duque de pie ahí. Su corazón comenzó a

latir presuroso, porque no sabía cómo actuar. Quería saltar de felicidad y buscarle una explicación racional para que él estuviese ahí. Su primer instinto era mostrarse carismática y cercana; no obstante, sabía que Alexander no valoraba su buena actitud. Lo mejor era actuar con educación y distancia. Entonces, hizo una reverencia para saludarlo.

—Buenas tardes, excelencia.

Él correspondió con una inclinación de cabeza, dándose cuenta de que ella no haría lo que solía hacer, que era hablar como si no tuviese que respirar para vivir.

—Buenas tardes, milady, disculpe la intromisión...

—No se preocupe, por favor, pase a sentarse.

—No he venido a tomar asiento. Quisiera hablar con usted en privado y considero que el aire fresco del jardín podría ser agradable y necesario para ese fin.

—Por supuesto, podemos ir al jardín...

Todavía hacía mucho frío fuera de la casa con las chimeneas encendidas y que mantenían la temperatura para que pudiesen estar cómodos. La joven le pidió a Prince que le alcanzara su capa para salir, mientras sus tíos descansaban en sus aposentos.

Una vez fuera de la residencia, Alexander la observó y se detuvo.

—Tenía razón... —pronunció.

Capítulo 24

La joven se sorprendió al oír eso, pero no lo demostró, pues estaba sumida en su papel de educación distante.

—¿En qué tenía razón? —cuestionó Primrose.

—En lo que se refiere a David. Debo devolverlo. Mis intenciones quizá fueron malas al principio, aunque con buena intención al final. Él tiene derecho a que lo críen las hienas que lo engendraron. Hice cosas malas, los llevé al límite financiero, pero por él les devolveré lo que he perjudicado. No puedo continuar viviendo en el pasado y haciendo daño. Lo que me mueve es mera maldad y egoísmo. Los hice pagar la deuda con mi orgullo durante todos estos años. Es momento de parar y seguir adelante...

Ella no podía creer lo que escuchaba. Todavía le costaba entender lo que ocurría, pues unos días atrás se había puesto de mal humor por los consejos que quería darle y, prácticamente, la echó de su propiedad sin la educación necesaria.

—Me alegra que lo pensara con detenimiento y decidiera de la manera más lógica posible —logró articular después de la sorpresa inicial.

—¿Es todo lo que me dirá?

—¿Qué más debería decirle? Está haciendo lo correcto. Eso es lo importante.

—Pensé que estaría más contenta, ya que insistió tanto —comentó un poco decepcionado. No la veía destilando orgullo y felicitaciones hacia él.

—Considero que, de forma conveniente, usted omite lo que ha hecho días atrás. Me gritó, ofendió y maltrató por mi deseo de ayudar. No crea que lo aplaudiré por eso, ese día me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo intentando algo bueno que usted despreciaba.

—¿Qué quiere? ¿Que le pida perdón? Pues perdón, milady. He sido un completo idiota. Demostré que la educación que recibí fue pésima por cómo me comporté. Creí que por haber sido traicionado merecía que las personas a mi alrededor me rindieran pleitesía y se arrojaran al piso, humillándose por mí. Estuve equivocado. ¿Esto la conforma?

—No, pero me sorprende. No puedo creer que usted esté asumiendo esto. ¿Está seguro de que no se golpeó la cabeza?

—Entiendo la desconfianza. He sido un ser irracional durante los últimos años. No puedo cambiar con facilidad. Asumir esto carcome mi orgullo.

—Y esa ha sido su razón para hacer todo lo malo que hizo. Me alegro de que cambiara su vida y que ahora esté dispuesto a hacer el bien y continuar, pero eso no cambia nada para mí. Lo felicito, mas por mi bien, prefiero mantener distancia entre nosotros. Quizá dentro de una semana regrese solo para decirme que nunca se arrepintió y que he sido un problema en su vida y que perdió su arma más poderosa para dañar a su prójimo: el niño.

—Es comprensible el concepto en que me tiene. Tampoco aprecié el pañuelo que tiene impregnado su perfume. Asumo que no he podido despegarme de él y por esa razón también debo admitir mi culpabilidad. No he sido un caballero con una dama que no pidió conocerme. La metí en mi vida por accidente y la eché como si se hubiese metido con un propósito —proclamó con la mirada puesta en ella—. Le traje un presente. Le dije que no me sentía cómodo sin

corresponder... Como usted no quería molestar, sugirió un beso que rechacé.

—Ah, es cierto. Otra humillación para mí, pero no se preocupe, lo comprendí.

—Usted es sensacional para hacerme sentir culpable y miserable, milady —la acusó con sorna—; sin embargo, siento que con este presente al menos lograré que tenga una retribución justa. No lo hice yo con mis manos, pero mi intención es enmendar mi pésima educación, sin pretensiones.

Él sacó una gargantilla de esmeraldas de su bolsillo y se la enseñó.

La joven quedó con la boca abierta a causa de la joya que brillaba bajo ese cielo gris.

—¿Una gargantilla? —preguntó sorprendida.

—Sí, lo consideré justo. Es una joya familiar. Le pido que la acepte sin compromiso alguno de su parte y de la mía.

Primrose le dedicó una sonrisa sardónica.

—Me alegro de que la gargantilla venga sin el cuello de su anterior portadora, pues usted acostumbra a hacer obsequios exóticos y realistas.

Eso sonaría ofensivo para cualquiera, pero esa era Primrose, la mujer que él recordaba de sus encuentros.

—Vale más que un beso, supongo —siguió la joven como un reproche.

—Si valora lo material sobre lo sentimental, por supuesto que sí, milady.

—Con usted no existe lo sentimental, excelencia. ¿Le molestaría colocarme el obsequio?

La dama le dio la espalda para que él colocara la joya. Recogió su cabello para darle acceso a su cuello.

Al acercarse para ponerle el presente, Alexander temblaba un poco, pues el aroma de su perfume viajaba hacia sus fosas nasales nublando su juicio. Intentó ponerlo con cuidado, pero sus guantes de cuero cada vez rozaban más la piel de Primrose como si lo hiciera con intención y, tal vez, sí lo estaba haciendo así, porque asumía que esa mujer a la que rechazaba era alguien que en su interior le importaba demasiado. No le daría una joya a nadie que no lo mereciera. Ahí estaba él dándole algo valioso, que para sus arcas estaba perdida, pero ella lo merecía por soportarlo.

La piel se le puso de gallina a Primrose y su respiración se hizo más rápida y fuerte por lo que sentía. Las sensaciones que recorrían su cuerpo eran capaces de tumbarla si no pisaba con fuerza. Lo que estaba ocurriendo parecía más un sueño que una realidad. El duque que ella conocía no era capaz de admitir sus errores y este que, frente a ella, no solo había admitido lo que hacía, sino que le estaba devolviendo un gesto. Era increíble.

—Es talentosa y merece un buen futuro, uno que no soy yo —confesó el duque cerca del oído izquierdo de Primrose—. Puedo contar mis culpas, pero eso no significa que esté curado ni sea un buen candidato. Sé lo que espera, pero conmigo no lo tendrá...

Aquel retrocedió y se alejó. Esa era la despedida definitiva para él.

Cuando ella se giró sobre sus talones, lo vio irse. Ni siquiera se despidió y eso la dejó herida. No podía seguir ilusionada con alguien así, sería sufrir como tonta por nada y dejar ir oportunidades esperando por algo que jamás pasaría.

Al entrar a su casa, sus tíos la vieron con esa preciosa gargantilla en el cuello. Prince les había comentado que el duque estuvo en la casa.

—¡Esa joya debe significar algo! —exclamó su tía que corrió hacia Primrose para observar esa joya majestuosa.

El conde también se acercó y sacó su monóculo del frac para observarlo.

—Es precioso y muy valioso. No creo que el duque no entregara esto sin alguna intención verdadera...

—Es una lástima que Martha se fuera sin ver esto, estaría extasiada al saber que sí eres del interés del duque —manifestó su tía.

—Les pido que no se ilusionen, solo ha sido amable, no hay nada detrás de presente, de hecho, debería devolverlo.

—¡No se te ocurra, Primrose! —expresó la condesa con presteza —. Esta es la prueba de que pronto te pedirá matrimonio.

Ella solo buscaba la forma de quitarse la gargantilla, no porque fuese fea o algo así, sino porque era incómodo tener que estar soportando las miradas ilusionadas de sus familiares. Quizá Primrose también se tragó el cuento de que se casarían a la larga o de que había un interés. Él había dejado claro que eso no iba a ocurrir de ninguna manera y se lo dijo, no podía omitir ese detalle.

Una vez que logró quitársela, ella la tuvo en su mano izquierda.

—¿No quieres ir al pueblo? Podríamos ver algo que puedes comprar para combinar con esas esmeraldas, querida —propuso la condesa.

—Ir al pueblo suena bien, dejaré la gargantilla en mi habitación y volveré para salir con ustedes...

Salir, distraerse y conversar era una buena opción, aunque no quería hablar del duque, era como revivir una mala experiencia una y otra vez, aunque sabía que no podía rehuir del tema.

Cuando salieron, Primrose trato de cortar lo referente a Alexander para evitar futuras decepciones, aunque era evidente que estaba fracasando. Era un error suyo creer que se rendirían fácilmente. Era la comidilla de su propia familia al intentar que ella conquistara a un duque. Lo peor de todo era que tenían razones suficientes para pensar de esa manera después de ver la joya.

Al llegar al pueblo, el conde fue a buscar balas para sus armas, mientras que Primrose y su tía fueron a la boutique. Ella encontró unos guantes de cabritilla que le gustaron mucho, un sombrero nuevo y unos listones. Estaba gastando el dinero que le había dado su padre, pues aquel sabía que en cualquier momento caería en el vicio de comprar alguna cosa. Su tía compró un chal y unas medias cómodas de algodón para colocar después las de lana y que no le dieran picazón.

Salieron de la boutique y, mientras caminaban por la acera, Primrose oyó unos pasos veloces detrás de ella hasta que la persona se colocó frente a ella y su tía. Lo reconoció al instante.

—¡Es usted! —exclamó el hombre con una sonrisa.

—Ah, usted es el caballero de la posada...

—Sí, milady, Andrew Martins, conde de Stell. Es un placer volver a verla. No me dijo su nombre y ahora no perderé la oportunidad de saberlo —advirtió con una sonrisa locuaz.

—¿Lo conoces, querida? —preguntó la condesa.

—No, pero se acercó en la posada en donde estuve con mis hermanos una noche. Este caballero tiene falta de escrúpulos, pero nunca se ha propasado por más que parezca tener comezón en sus pantalones.

Andrew se sonrojó ante lo que decía la joven, aunque se recompuso.

—También es un placer conocerla, milady. Considero que la dama es creativa en cuanto a sus descripciones. Al parecer, no le halaga tener un pretendiente...

—¿Un pretendiente? ¿Quién es usted? —curioseó la tía de Primrose entregándose su mano para que la besara.

—Andrew Martins, conde de Stell, milady.

—Oh, un conde, querida Primrose... Soy la condesa de Riverside.

Ella rodó los ojos después de oír que su tía contaba su nombre.

—Es un gusto. ¿Milady se encuentra bajo su tutela? Si es así, quisiera solicitar una visita.

Tanto la joven como su tía estaban asombradas por la rapidez con la que este caballero se movía.

—Por supuesto que sí puede... —concedió la mujer mayor dándole un suave codazo a su sobrina.

—Iré mañana temprano. Siempre es mejor sentir el aire fresco, nos hace pensar mejor. Hasta mañana, lady Primrose, lady Riverside...

El conde hizo una inclinación de cabeza y se retiró sonriente.

—¿No te parece un hombre atractivo? Además, se ve entusiasmado por ti.

—Eso es lo que me asusta, ¿no le parece sospechoso? Debe tener más deudas que Matthew cuando conoció a Lily. No seré la salvación de nadie. Estoy segura de que este hombre no tiene una mina en América o en la India. Sé que no soy codiciosa, pero tampoco hago caridad.

—Creo que estás siendo dura. No te niegues a conocer a nadie.

—No estoy siendo así, sino que soy precavida. Este quiere darse un baño de monedas con mi dote. Si es lo que desea y me convence de que dejarme robar es algo bueno, estaré complacida de hacerlo por voluntad propia.

Ambas regresaron al carruaje y encontraron ahí a lord Riverside. Aquel compró un reloj nuevo para su bolsillo, el anterior estaba gastado porque era alguien que adoraba ver cómo pasaba el tiempo.

La condesa le contó a su esposo sobre el conde de Stell y que este se demostraba como un ave intentando una danza de apareamiento alrededor de Primrose.

Él era tan escéptico como su sobrina, no veía como algo bueno que alguien fuese muy insistente y girara alrededor de una dama como una serpiente constrictora.

Cuando llegaron a la casa, era la hora del té. Su tía no dejaba de hablar de lord Stell mientras lo tomaban. Su tío solo asentía porque no quería pasar mal la noche en conflictos con su esposa, mientras que Primrose sabía que, al igual que el conde, debía asentir y responder con monosílabos esperando un milagro que quizá jamás se diera para que la condesa dejara de hablar.

Capítulo 25

Al día siguiente, Primrose y Meryl salieron de la casa y fueron hacia su lugar favorito. La nieve estaba casi derretida en su totalidad y todo estaba húmedo. Les gustaba que la primavera estuviese cerca, aunque para Primrose eso significaba irse para buscar su destino.

El capataz de la propiedad también fue a encontrarlas en aquel lugar de referencia. Primrose había llevado otro pañuelo para bordar mientras que Meryl y Marcus conversaban y a veces se acordaban de meterla en las conversaciones. Se divertía al oírlos intentar ser románticos entre ellos, no porque fueran exagerados, sino porque imaginaba al duque diciendo esas cosas y eso le daba risa. No lo imaginaba así, de hecho, ya no era de esa manera después de lo que le aconteció y ella lo comprendía.

Tenía la capacidad para empatizar con los problemas ajenos que tuviesen sentido para ella. Consideraba que Alexander era víctima de su título, pues estaba segura de que desde pequeño le habían enseñado quién sería él en el futuro, nada más y nada menos que un duque. Lo que significaba que no debería ser humillado ni despreciado por nadie. No solo su corazón se rompió, sino también hirieron de muerte a su orgullo.

—Hoy vendrá un caballero a visitar a milady —contó Meryl para que Marcus lo supiera.

—¿Es verdad, milady? —indagó Marcus que sabía que esa información resultaría vital para Alexander.

—Oh, es algo sin importancia, Marcus. Algún cazador de dotes, tal vez —dijo ella haciendo un ademán con la mano para

desacreditar el chisme.

—Ese caballero la está siguiendo desde que estaba camino a este lugar, la abordó en su posada.

—Eso parece peligroso —intervino el capataz preocupado por la situación. Quizá ese hombre buscara comprometer a la joven de alguna manera para apropiarse de su dinero.

—No deben darle más atención de lo que merece. Es una simple visita. Para mí es un trámite más. Lo importante estará en Londres.

El sirviente de Alexander olía el peligro en lo que le contaban y solo quería que le dijeran más para saber cómo actuar en caso de necesidad, porque él no se quedaría callado, esto lo sabría el duque por más que se negara, pues tenía sus intereses puestos de alguna manera en la joven.

Después de que Marcus se despidiera de las jóvenes, él se apresuró a llegar a la propiedad. Entró y vio que David estaba siendo colocado en el carruaje para partir a su casa. Ese era un acto que aquel hombre no hubiese hecho si no estuviese influenciado por Primrose.

Alexander observaba al pequeño mientras que un sirviente se sentaba junto a él en el carruaje y otro iba con el cochero para cuidarlo. Esto era lo correcto y lo sabía, pero no podía evitar que su corazón le doliera.

—Irás a tu casa, David. Regresarás con tu padre y tu madre. Prometo que haré que tu vida sea mejor... —Alexander tocó la mano del niño que llevaba su caballo con el que había llegado.

La señora Clayton dejaba caer unas lágrimas al ver que el niño se iría.

—Adiós, milord... —se despidió Marcus acercándose.

Una vez que la portezuela se cerró y el carruaje avanzó, Alexander miró al cielo y después al suelo antes de entrar a la casa. No quería que nadie viese la tristeza en su rostro.

—Su excelencia... —lo llamó Marcus que se puso a su lado.

—Siempre te escapas de tus responsabilidades para ver a esa doncella. Te está llevando por el mal camino. —El duque le colocó una mano en el hombro para que ambos entraran.

—Vengo de hablar con Meryl y lady Primrose... —comentó.

Oír el nombre de la joven lo hizo suspirar como si estuviese cansado.

—¿Está todo bien con ellas?

—Sí. Meryl me contó que hoy irá un caballero a visitar a milady. Es uno que conoció en su trayecto aquí, un tal conde de Stell.

El ama de llaves negó con la cabeza ante lo que contaba Marcus. Esta noticia solo haría que él se pusiera peor. Ya era malo tener que devolver a David, pero esto era un claro golpe a su estima por la dama.

Él sintió un puñetazo en el estómago. Se quedó sin aire y solo pudo acercarse a un sillón para tomar asiento. No sabía qué decir y no quería pecar de sentimental frente a nadie.

—Ah, no es asunto mío —afirmó con fingido desinterés.

—¿A quién quiere engañar? Le llevó una joya y ayer vino como si le hubiesen dado un puntapié en la entrepierna, excelencia. Recuerde que los celos y el odio no se resuelven enterrando

personas. Ni a milady ni a sus pretendientes. Usted prefirió dejarla ir para bendecir la futura unión de Marcus...

El sirviente miró a su amo con los ojos desorbitados.

—¿De qué habla la señora Clayton, excelencia?

—No hace falta que le diga que está despedida, señora Clayton —masculló el duque, al que se le comenzaban a sumar los problemas.

—Está bien, pero si quiere contratarme, le cobraré el doble... — La mujer levantó la nariz y fue hacia el área de servicio a recoger sus cosas.

Se levantó del sillón y se acercó a Marcus, colocó ambos brazos sobre sus hombros y suspiró.

—Cometí un error. ¿Recuerdas que decían que era un héroe por encontrar a milady en mi propiedad? No soy un héroe y tampoco la encontré. La secuestré por error, ella no era mi objetivo...

Marcus todavía lo miraba sin entender nada, salvo lo que sospechó desde un principio: que él no la salvó. Todo era extraño, turbio y hermético.

—¿A quién quiso secuestrar?

—A Meryl...

Los ojos del capataz se desorbitaron por la sorpresa.

—¿Por qué Meryl? ¿Qué quería con ella?

—La cité imitando tu letra, mala imitación, por cierto. Solo quería persuadirla de que te dejara. Tú eres la única constante en mi

vida que no me ha fallado y que no es parte de mi familia. Creí que hacía lo correcto. Estaba dispuesto a amenazarla y darle mucho dinero para que te quedaras aquí siempre; sin embargo, al momento de tomarla del monte, me equivoqué y traje a la sobrina del conde.

—No puedo creerlo, excelencia. —Marcus retrocedió y las manos de Alexander cayeron al costado de su cuerpo.

—Pues lo hice, para mi vergüenza, sí lo hice. Después de que ella me contara que era la sobrina del conde, por fin pude sentir a mi corazón latir, pero del susto porque pensé que ella me obligaría pedirle matrimonio por haber pasado la noche bajo el mismo techo. Todo me inculpaba, la rapté, la retuve y no la liberé hasta que su familia tocó la puerta y tuve que meterme en el papel de mentiroso. Para que yo dejara de escuchar mis propios latidos en el oído, ella dijo que no diría nada a cambio de que diera mi bendición para que tú y esa doncella pudiesen formalizar. Tuve que aceptarlo para salvarme y te di lo que querías...

El capataz rio sin humor.

—Lo que yo quería... Lo único que deseaba era que me dejara hacer mi vida. No puedo imaginar lo que vivió milady encerrada aquí...

—Al menos fue una buena consejera y compañía. Me hizo ver mis errores y hoy el niño ya está camino a su casa.

—Sigo creyendo que actuó con cobardía al no asumir sus culpas. Correspondía que indemnizara a la joven con un matrimonio, excelencia.

—Nadie sabe nada de eso, Marcus. Ninguno de los dos quiere casarse.

—Ella sí. A usted lo tiene en alta estima por más que no lo merezca, se ha comportado de manera ruin con alguien tan carismático.

—No me hables de su carisma. Estoy harto de ella. Nunca debí cometer ese error, si me hubiese mantenido tranquilo y aceptado tus deseos, seguiría como si nada. Ahora no puedo dar un paso sin pensar que al poner el otro pie estaré en el infierno por su condena.

—Es la honestidad personificada y debería valorarla. Es la esposa que necesita y no entiende. Ahora viene un conde con claras intenciones de conquistarla y usted está aquí, revolcándose en el lodo de las consecuencias de sus actos. El otro hombre terminará, pero revolcado en la cama de este caballero.

Esas palabras apretaron con fuerza el pecho de Alexander hasta perder el control, cogió a Marcus de su ropa y lo zarandeó.

—¡No vuelvas a decir algo así! —espetó furioso.

—¡Entonces deje de estar lamiéndose las heridas y luche por lo que quiere! —masculló empujando a su patrón—. Estaré en las caballerizas esta noche.

Su amigo se retiró y Alexander se recostó en la pared para pensar en qué hacer. No quería correr hacia la joven y arrojarse como alfombra a sus pies. No se sentía listo para avanzar, sabía que no podría ser un buen esposo, estaba podrido por dentro y no sabía si le quedaba algo que ofrecer. Ni siquiera sabía qué era lo que le impulsaba a pensar en ella. Lo único que podía controlar era no perder a la señora Clayton, porque esa se convertiría más en una muerte física que en una espiritual. No podría vivir con queso rancio y pan enfurecido sin esa mujer.

Fue hasta el área de servicio, la vio doblando sus vestidos sobre la cama y oyó que tarareaba una canción.

—Señora Clayton, ¿qué hace?

—Me despidió y me voy.

—No parece triste.

—No lo estoy. Me siento afortunada por liberarme de usted y de sus demonios milenarios. Criando cerdos me tratarán mejor de que aquí.

—No exagere, señora Clayton. No le pediré disculpas porque los duques no las piden, la contraparte es la que siempre está equivocada.

—No espero eso de usted ni en un millón de años, excelencia. Me conformo con saber que soy libre y que tendrá que contratar a otra desafortunada criatura para que lo atienda y tolere. Pobre de ella si intenta darle un sabio consejo, puede terminar en un hoyo en el jardín para que después lo conviertan en abono para los tulipanes de su madre.

—Ese es un pésimo concepto de su patrón, señora Clayton. Debería sentirme ofendido, pero entiendo que está enfadada. Le ofrezco un trato justo. Retiro el despido y conserva su trabajo.

—¡Oh! ¡Qué generoso, excelencia! Pero no, debo declinar su generosa oferta de conservación. Prefiero mi paz a seguir soportando su insolencia y ocurrencias.

—No sea sarcástica. Si usted se va, ¿a quién le contaré los nombres de quienes abonan mi tierra?

—Esa es más información de la necesaria. Espero que no se lo diga a nadie, porque no lo volverá a visitar ni su madre.

—¿Y qué hago ahora, señora Clayton? ¿Me ayudará con el hoyo en el jardín para ese hombre que persigue a lady Primrose o dejo que todo siga su curso y continúo aquí como siempre?

La mujer se giró sobre sus talones para observarlo con verdadera sorpresa.

—Usted no entiende que enterrar a sus enemigos solo da de comer a los gusanos, si no hará algo bueno por milady, deje a ese hombre y si la quiere, vea para conquistarla...

—Los gusanos también merecen comida, señora Clayton. No pensé que pudiera ser tan egoísta.

—Por favor, tome las cosas en serio o terminará solo.

—Está bien, señora Clayton... Piense en algo para que pueda echar a perder los planes de milady y que su supuesto encuentro con este hombre acabe sin tener un inicio.

—Solo si usted se casará con ella.

—No puedo prometerlo.

—Entonces no puedo ayudar a espantar al pretendiente de una dama.

—Esto es chantaje. Solo deme ideas y yo las consideraré con mi almohada.

—Llévele algo a milady, alguna ofrenda o solo diga que está de visita. No es muy difícil amargar el día de las personas. No hay nada mejor que una visita indeseada.

—El único indeseado es ese hombre. Milady me prefiere y lo sé, el problema nunca fue ella, siempre he sido yo.

—Ahora enfrenta un verdadero dilema. Se pone los pantalones de una vez o pierde por otros pantalones. No hay atajos, solo decisiones. Es momento de que encamine su vida y coja al toro por los cuernos para decidir si quiere seguir siendo este solterón amargado o quiere ser el esposo de una joven que jamás dejará de cacarear en su oído.

Capítulo 26

La señora Clayton sabía cómo persuadirlo, pero para que perdiera el juicio. Cada vez que ella insinuaba que ese hombre le haría algo a Primrose, su mente parecía nublarse, ya que recordaba la traición y lo que sus ojos habían visto en aquella fiesta años atrás. No creía que pudiese tolerar una imaginación tan vívida como esa y menos con alguien tan delicada como ella. Su voz, su caminata, sus gestos y todo lo que la rodeaba tenía un aura distinta a cualquier otra persona. Vio mujeres hermosas durante toda su vida y ni siquiera Jane, antes de serle infiel, podía igualar el atractivo que Primrose y su familia tenían. Ya conocía a dos mujeres de la familia aparte de ella y se parecían mucho, aunque cada una con una belleza destacada. Eran personas con buenas perspectivas para sus hijos.

Después de solucionar su problema y volver a contratar a la señora Clayton, Alexander cogió su caballo y fue hasta la propiedad de lord Riverside para desbaratar los planes que ese hombre tuviese. No sabía qué inventar al llegar ahí, pero algo se le ocurriría.

***

En casa del conde, Andrew Martins había llegado hasta a su destino. La casa era grande y se podía notar que ellos gozaban de una buena posición. Al golpear la puerta, un mayordomo abrió y lo hizo pasar.

En el interior de la residencia había un aroma particular de perfume femenino colándose por su nariz. No era desagradable, sino al contrario, le gustaba que cuidaran ese aspecto.

—Pase, milord. El conde de Riverside lo espera en el salón en compañía de su esposa y milady —comunicó Prince.

—Por supuesto. —Andrew entregó su abrigo y sombrero antes de continuar su camino.

Primrose estaba en el salón con el aburrimiento pegado en la cara. No quería recibir a ese hombre. Para su tía podía considerarse un candidato, pero para ella era como ver a uno de sus hermanos, lo único que le faltaba era rascarse la entrepierna como hacían ellos.

—Lord Andrew Martins, conde de Stell… —anunció Prince al entrar al salón.

Tanto Primrose como sus tíos se levantaron para dar la bienvenida al caballero.

—Buen día… —saludó Andrew.

La condesa y su sobrina hicieron sus respectivas venias, mientras el conde hizo una inclinación de cabeza para recibirlo.

—Es un placer conocerlo… —pronunció lord Riverside para romper el hielo.

—El placer es mío, milord.

—Mi sobrina me ha contado que lo conoció en una posada.

—Sí, milord. Fue la mañana más afortunada de mi vida. Vi a una dama solitaria y no dudé en ir a cuidarla de cualquier hombre malintencionado.

—El único malintencionado ahí era usted y nadie sacará eso de mi cabeza —dijo Primrose con una pizca de humor en su reproche.

—Esa es una acusación dura, pero también comprensible. Era una oportunidad para conocerla y no quise desaprovecharla. ¿Con qué frecuencia alguien encuentra a una belleza solitaria? —preguntó el hombre—. Sería un tonto si no lo hubiese hecho.

—Eso suena digno de admiración —comentó la tía que miró a Primrose y esta solo podía verla como si hubiese perdido la razón.

—Nosotros no somos sus tutores, solo sus tíos. Sus padres están en Londres —contó el tío.

—Ese no es un problema. De hecho, le dije a milady que nos veríamos en Londres durante la temporada, pero como la encontré en este lugar, decidí que comenzaría aquí.

—No se ven a jóvenes tan entusiastas desde mi tiempo, milord. ¿Qué edad tiene? —curioseó el conde.

—Veintiséis años, milord. Considero que es momento de comenzar con la búsqueda de la futura condesa de Stell.

La joven quería rodar los ojos al ver que sus tíos sí quedaban convencidos con las majaderías que decía ese hombre, mientras que ella no confiaba en nada de lo que él decía, porque le parecía sospechoso que estuviese interesado en ella de la nada.

—¿Su intención es salir a montar, caminar alrededor de la casa, sentarse y charlar aquí en el salón…? —indagó el conde.

—Lo importante es estar con ella. Ustedes pueden escoger la actividad que crean más conveniente para la tranquilidad de su sobrina. Sé que tal vez no me soporte, pero es porque no valora la sinceridad.

—Por supuesto que la valoro. Estaré encantada de conversar con usted aquí. Meryl puede acompañarme —declaró Primrose para

sorpresa de sus tíos. Ella prefirió quedarse ahí, en el lugar más seguro por varios motivos y el principal era la desconfianza.

—Así será, querida. —Lord Riverside agitó la campanilla del salón y Prince se acercó.

—Dígame, milord…

—Trae a Meryl, será carabina de Primrose.

—Sí, lord Riverside.

Los condes procedieron a retirarse para dejar que los jóvenes conversaran una vez que llegara Meryl. Cuando lo hizo, lady Riverside le indicó en qué lugar estar de pie para vigilar mejor.

Lord Stell se acercó a Primrose que lo miraba como si fuese a prenderle fuego. Era alguien que parecía estar a la defensiva todo el tiempo, pero era más grosera de lo que recordaba.

—¿Por qué me odia cuando lo único que hago es halagarla?

—No lo odio. Espero que comprenda que desconfío de usted y de sus intenciones. Todo me parece demasiado extraño, como si estuviese buscando algo que no se le perdió.

—Entiendo que quizá no fui a un salón ni le pedí a sus padres o sus hermanos que me dejaran visitarla. No considero que eso sea un pecado. Soy una buena persona, tal vez un poco atrevido, pero eso no me convierte en un monstruo. Quiero pedirle una oportunidad de conocerla…

Ella suspiró y después miró al caballero. Era atractivo, pero no podía evitar compararlo con el duque, solo que Primrose debía entender que Alexander estaba fuera de cualquier discusión. Él lo había dejado claro, no intentaría nada y como una persona

entendida, la joven decidió no insistir para poder expandir sus horizontes y encontrar a un buen esposo. Para consuelo, ahí tenía a uno que no lo convencía, pero eso era mejor que ninguno.

—Le daré una oportunidad, pero deberá convencerme. Cumple con ciertas expectativas familiares como un título nobiliario, ahora es cuestión de que me agrade a mí. Veo que puede ser encantador con mi familia, pero conmigo es otro asunto.

—Créame que puedo ser lo que necesita…

El conde de Stell no dudó en aprovechar cada segundo que podía para poder ganar el favor de Primrose, y lo hacía por medio de ser gracioso, contando anécdotas de su vida y de su última salida en la que vio a sus hermanos peleando en el burdel.

—Uno de ellos cogió una de las mesas y la arrojó sobre otro caballero… tuve que correr porque estaba cerca, pero de todos modos terminé mojado por el whisky barato… —contó Andrew haciendo reír a Primrose.

—Ese debió ser Dimitry, es muy temperamental —replicó entre risas.

—No sé sus nombres, pero estoy seguro de que esos dos no andan en buenos pasos. Tuve esa edad y esos malos hábitos.

—Si los tenía y ya no los tiene, ¿por qué fue a un burdel?

—Oh, maldición… me descubrió…

Fuera de la casa, Alexander bajó de su caballo y se acercó a la puerta. Dio varios golpes apresurados.

Meryl, que oyó el sonido insistente, fue hacia el umbral y ahí vio la alta y atlética figura de duque con aquella cara que decía que la

amargura era el pan de cada día en su vida.

—Buen día, excelencia… —saludó con una reverencia, mientras las risas se escuchaban de fondo.

Alexander no podía con sus ansias de ver qué hacía Primrose. Empujó a la doncella y entró. Caminó con paso firme hacia el salón hasta que sus ojos se encontraron con los de la joven.

Tanto Andrew como Primrose dejaron de reír al ver al duque con su imponente presencia.

—Excelencia, ¿qué está haciendo aquí? —interpeló Primrose sorprendida al verlo y también hizo una reverencia apresurada.

Ese era el momento para el que no se había preparado antes de salir de su casa. Debía pensar en algo inteligente, pero no podía hacerlo, pues necesitaba un ambiente tranquilo y whisky, algo que no le permitiera decir que estaba tomando una pésima decisión.

—Estaba buscando a mi sirviente y como siempre está corriendo tras la falda de su doncella, no se me ocurrió otro mejor lugar para encontrarlo…

Una excusa creíble desde cualquier punto de vista. Esperaba que Marcus le perdonara haber usado su nombre en vano.

El rostro de Meryl estaba rojo de la vergüenza. No podía creer lo que escuchaba.

—Marcus estuvo con ella más temprano, yo misma lo vi —contó la joven.

—Entonces pudo haber regresado por otro camino y no nos cruzamos… ¿Y el caballero? —interrogó Alexander sin dejar de observar a Andrew?

—Lord Andrew Martins, conde de Stell, excelencia —se presentó el conde.

—Ajá… —El duque lo miraba por encima de los hombros, era más alto que aquel—. Alexander Pemberton, duque de Pemberton…

—¡Usted! ¡Oh! Usted es una leyenda en los salones. Un ejemplo para no hacer tonterías. No puedo creer que tenga el honor de conocerlo. —Andrew se acercó a observarlo mejor con un brillo de admiración en los ojos.

Para Alexander esto era algo en lo que no había pensado. Quería que se abriera la tierra bajo sus pies. No solo no quería hablar de su pasado y menos con un hombre que perseguía a Primrose.

—Eso fue hace mucho tiempo… —dijo Alexander intentando no darle importancia al asunto.

—Le digo que ha curado a varias generaciones de hacer tonterías en un baile. Nadie es capaz de exponerse de esa manera. Debería ir a los salones, será recibido como lo que es: un exponente de la dignidad masculina.

La quijada de Primrose estaba en el suelo. Andrew no era lo que parecía, este hombre era un demente completo que estaba enamorado de lo que Alexander hizo con el amante de su prometida en el pasado. No había imaginado algo así, creyó que lord Stell sería amable y gracioso, pero zalamero, no lo creyó posible. Era como un perro cediendo ante uno más grande, le estaba mostrando la panza.

—Le agradezco el reconocimiento, pero…

—Siéntese con nosotros. Estoy contándole a esta dama muchas anécdotas divertidas. Como lo que usted hizo es algo inolvidable, ha

servido para educar muy bien. Recuerdo a…

Ni Alexander ni Primrose pudieron detener al hombre con todo lo que tenía que decir. Hablaba hasta por los codos porque le gustaba contar historias, tanto suyas como ajenas. Debían admitir que la gracia y locura se le daban bien para creer que perdió el juicio. El duque rio en muchas ocasiones y hasta cierto punto sintió orgullo por lo que decía ese caballero. Aun creía que la gente pensaba que había sido avergonzado; sin embargo, se enteraba de que era un mito viviente entre los caballeros que querían un buen matrimonio. Su orgullo fue fortalecido por ese extraño y lo odiaba por eso. Había ido hasta ahí para acabar con él, pero para su gran sorpresa, estaba a su lado y pronto pasarían al comedor del conde de Riverside para almorzar, porque lord Stell no dejaba de contar lo que se le venía a la mente.

Los ojos de Primrose siempre se cruzaban con los de Alexander, quería saber a ciencia cierta lo que estaba haciendo en la casa de su tío. Por ningún motivo había creído el asunto de que Marcus se le extravió. Lo único que podía pensar era que el capataz contó lo que sabía de la visita y por eso se presentó sin avisar y sin ser invitado. No quería guardar esperanzas de que estuviese interesado en ella y que había ido a declarar su amor. En sus pensamientos se reía de sí misma y se sentía ridícula por soñar con algo así, pero al verlo riendo y conversando, notaba que debajo de esa fachada de crueldad, estaba el caballero, amable, atento, sensible y empático que siempre fue.

Cuando llegó el momento de irse por educación, los dos caballeros decidieron retirarse al mismo tiempo. Andrew todavía seguía parloteando sin descanso, intentando saber más de lo que ya sabía de la propia fuente del escándalo, hasta que Alexander tuvo que contarlo todo o no podría salir de ahí. En parte había cumplido con su cometido, aunque a cambio de su paz.

Capítulo 27

Alexander regresó a su casa y lo hizo solo para descansar hasta la cena, porque estaba exhausto. Ese tal conde de Stell era la definición exacta de la palabra intensidad. Era un hombre que no se quedaba tranquilo con una simple respuesta, aquel quería el origen de todo antes de llegar al presente. Tratar con él era agotador, aunque a la vez no hacía que fuese tediosa la convivencia.

Aquel era un ser social por naturaleza y el duque se definía como alguien socialmente oxidado para hacer una buena conversación o charlar sobre algo actual. Prefería la tranquilidad al barullo que significaba estar entre varias personas. Andrew se movía como un pez en el agua cuando se trataba de hablar y encantar a la gente con lo que fuese, hasta con lo más mínimo. Había logrado convertir una situación desgraciada de humillación pública en lo que llamaba: «leyenda». Nunca lo hubiera imaginado. Desde su cueva siempre se imaginó que lo recordaban como el duque que fue cambiado por un barón y eso hacía que en su mente la humillación resonara con más fuerza; sin embargo, esa mañana supo que lo veían de otra manera, como un ejemplo de dignidad y orgullo. Eso no estuvo nunca en su cabeza. Todos lo habían tomado como una manera de honrar los compromisos y, además, Jane fue la más perjudicada dentro de todo lo que ocurrió, porque ella no pudo salvar su reputación y quedó como la suripanta que dejó a un duque por un barón de medio pelo. Literalmente, aquel hombre comenzaba a quedarse sin sombra en la frente.

Durmió durante toda la tarde hasta que fue la hora de la cena. La señora Clayton preparó un pastel de carne y una sopa. Mientras comía se daba cuenta de que estaba solo como un perro y que debía disculparse con Marcus. Después de sus confesiones de hoy se dio poco tiempo para evaluar lo que había pasado. Perdió a David,

Marcus descubrió sus mentiras y Primrose tenía una visita de un conde. Fue un día lleno de emociones para él. Tener que actuar para salvar a la joven de un error fue lo que más energía consumió de su día. Después de la cena, fue a las caballerizas y ahí estaba su capataz, con la botella de whisky en la mano.

—¿Podemos hablar, Marcus?

—Adelante, excelencia. No sé qué más tenga que decir.

—Debo disculparme por todo. Fui insensato al urdir ese plan para separarte de la mujer que quieres. Mi experiencia me cegó y no me importó nada.

—Le dije que le hacía falta una esposa y era para esto, para no molestar a los demás. Estoy tan decepcionado de usted, pensé que éramos amigos de verdad y no solo sirviente y amo.

—Lo somos, Marcus. ¿Qué quieres para perdonarme? ¿Dinero? ¿Alguna propiedad? Puedo darte todo lo que quieras, solo no me retires tu amistad.

Marcus lo miró y notó el arrepentimiento en su mirada y le dio la botella.

—¿Sabe lo que tiene que hacer?

—No, no lo sé, por eso pregunto sobre lo que deseas. Si fuera adivino me hubiese ahorrado muchas cosas.

—Solo es hacer lo correcto. Asumir su culpa por raptar a milady diciendo la verdad a su familia. Ella es lo que le conviene y lo sabe. Desperdició una oportunidad de corregirse por un trato a mi favor. La joven siempre ha sido amable conmigo, pero no necesitaba que dejara su futuro de lado por Meryl y por mí, porque yo hubiese dejado todo si no me daba su bendición. Esta vida es una sola para

volver a encontrar el amor. Deje de mentirse y engañarse con sus propios pensamientos. A esa dama también debería darle ese consejo, pues se ve que tiene sentimientos por usted, solo que, al ser rechazada, se resignó. ¿Se da cuenta de cuánto ha cambiado su vida desde que ella entró?

—Mucho, Marcus. No sé qué siento por ella, solo sé que la extraño, que su presencia tan agotadora es algo que me gustaría tener cerca. Me desespera, pero a la vez me llena de emoción. ¿Qué es toda esta contradicción? No puedo pensar en que lady Primrose se quede con otro hombre, pero no puedo quedarme a su lado. No seré un buen esposo. He sido una mala persona todo este tiempo y ese tal Andrew Martins es... Grácil, agradable, atractivo y tiene un título. Lo odio, lo detesto y quiero que alguno de ustedes me acompañe para persuadirlo y que se aleje, mas pienso, si espanto a sus pretendientes, ¿qué será de ella? No puedo seguir siendo egoísta.

—Si tomara la actitud de intimidar a alguien, espero que sea para pedirle matrimonio y no actuar a su antojo, echarse atrás y después dejarla a su suerte por cobardía. Debe decidir lo que en verdad quiere.

El duque bebió un trago largo y después miró a su sirviente.

—Quiero hacerlo, pero me resisto hasta lo último. Sé que no puedo entrar en una iglesia y robarme a la novia. Es tiempo de pensar si continúo en el pasado o decido vivir el presente.

—Piénselo esta noche, no querrá despertar mañana y saber que ese hombre está persiguiendo a su futura esposa.

—Tú y la señora Clayton tienen el don para ponerme los pelos de punta con esto. Este caballero es encantador, no tengo queja. Porque me agrada, no le cortaré la lengua o algún dedo para que se aleje. —Alexander rio.

—Es bueno que practique la compasión.

—Sí, lo estoy haciendo ahora. No soy como dice la señora Clayton, no abono el jardín con nadie, al menos con nadie que no lo merezca. Hablaré con lord Stell para que se retire de esta lucha con la dignidad intacta y el cuerpo igual.

Marcus asintió ante lo que decía Alexander. Por fin lo escuchaba decir palabras alentadoras sobre su futuro. Ya no estaba centrado en el pasado, sino en lo que esperaba con esa mujer que metió a su vida por error, pero para transformarla por completo.

Al día siguiente, Alexander despertó decidido a hacer algo bueno por primera vez en mucho tiempo. Aparte de haber liberado a su hermano de un preceptor malvado, no había mucho que rescatar de su vida, solo citar sus errores hasta quedarse sin dedos en las manos para poner un límite.

Se preparó con elegancia y fue hasta el pueblo en compañía de Marcus. Ahí buscaron a Andrew en la posada. El posadero les dijo en qué habitación estaba y ambos fueron hasta ahí.

El duque golpeó la puerta varias veces hasta que Andrew abrió con el cabello revuelto, con el camisón arrugado y sin pantalones.

—¿Excelencia? —preguntó desconcertado.

Alexander lo miró de pies a cabeza antes de responder.

—Buenas piernas, lord Stell. ¿Me invita a pasar?

Andrew estaba confundido al verlo ahí, pero se hizo a un lado para que pasara.

—Si me da unos segundos me pondré el pantalón. ¿Le molesta?

—No, hágalo, quiero verlo con dignidad para lo que tengo que decir.

Lord Stell cogió sus pantalones y se los puso con prisa. No era de esos que demostraban sus atributos a todos y menos a un duque. Una vez listo lo invitó a sentarse en la única silla de la habitación.

—¿En qué puedo ayudarlo, excelencia?

—He venido a conversar sobre cierta jovencita... —Alexander se acomodó y sacó de su frac una pistola y un cuchillo bien afilado.

Ese detalle no pasó desapercibido para Andrew a quien se le borró la sonrisa de una manera espectacularmente rápida.

—Veo que será una negociación hostil —dijo Andrew sentándose en la cama sin poder alcanzar su almohada bajo la cual se encontraba su arma en caso de necesidad.

—No lo creo. Seremos razonables hasta donde se pueda ser.

—Lo escucho.

—¿Qué intenciones tiene con lady Primrose?

—Supongo que son las mismas que cualquier caballero que se fija en una dama de clase y prestigio.

—Ajá. Sea más específico. ¿Estamos hablando de matrimonio?

—Sí, claro. Jamás me atrevería a algo distinto sabiendo tanto de su familia.

—¿Por qué sabe mucho de ellos?

—La investigación es un proceso importante para poder buscar una esposa adecuada. Lo aprendí para no tener el mismo problema que usted. La decencia es importante.

—Buen punto. Por eso me agrada hasta cierto grado, veo que, pese a todo, es un hombre inteligente y que sabrá apreciar mis palabras.

—Eso no está en discusión. Usted es un ejemplo para mí.

—Sí, soy bueno en el ejemplo de lo que no se debe hacer y usted será igual si no se aleja de lady Primrose. Será mi esposa y le pido con educación que se haga a un lado.

—Al parecer no soy tan inteligente como cree, excelencia, porque no me di cuenta de nada ayer. Creo que estaba demasiado ocupado conversando. Es uno de mis errores más comunes, soy un entusiasta de las conversaciones.

—De eso no me queda duda. ¿Qué me dice de lo que le propuse?

—No quiero terminar como el barón con dientes falsos. Hay otros peces valiosos en el mar. Tiene dos hermanas más, así que no me sacrificaré por alguien que tiene un mejor lugar. Además, ella no me quiere. Eso es lo que cuenta.

—Es muy sensato. No pensaba hacerle daño, solo intimidarlo. Cuídese, lord Stell. Hay salteadores por el camino. Gracias por su atención.

—Ha sido un verdadero placer verlo, excelencia.

Él se puso de pie. Hizo una inclinación de cabeza, cogió sus armas y se retiró cerrando la puerta a su espalda.

El conde se quedó quieto y suspiró.

—Esto no le gustará a Cedric, pero al menos salvé mi pellejo.

Ese mismo día el conde de Stell partió rumbo a su próximo destino, Derbyshire. En el camino su carruaje se detuvo al ver que se acercaba un imponente caballo negro con un hombre que tenía una un pañuelo negro cubriendo la mitad de su rostro y solo dejaba ver sus ojos tan verdes como esmeraldas.

El cochero detuvo la marcha de golpe cuando este se colocó genere a él y desenfundó un arma.

—No debería asustarnos así... —gruñó el cochero al ver al hombre.

—Lo siento, es la costumbre de apuntar y después mirar —declaró el hombre.

Andrew asomó su cabeza por la portezuela del carruaje y salió de prisa.

—No pensé tener noticias tuyas en poco tiempo, Andrew.

—Mi buen Cedric, hemos tenido un revés con el objetivo —anunció Andrew.

—¿Qué tipo de revés?

—Milady tiene un pretendiente que quiere casarse con ella. Es el duque de Pemberton. No es por nada, pero sabes que él no es alguien con quien debamos jugar.

—¡Maldición! Necesitaba a esta mujer.

—¿No te estás apresurando demasiado?

—No, tengo esta información de primera mano y quiero dejar esta vida miserable y riesgosa de una buena vez.

—Pues tendrá que ser con otra persona. Tiene dos hermanas.

—Esta ni siquiera ha debutado y la otra no sabemos cuánto tardará. Necesito que el letrado esté de mi lado cuando llegue el momento o me volveré loco.

—No pierdas el buen juicio, Cedric. Todo tiene solución, menos la muerte que casi me persigue por andar mintiendo y haciendo favores para amigos en situación de necesidad como tú.

—Desde que tengo memoria he sido alguien con necesidad, pero ahora más que antes.

—La vida está llena de situaciones terribles, pero debes perseverar.

—Si yo puedo perseverar, él también puede hacerlo y adelantarse. Lo que sé ahora es solo porque pude convencer a su ayuda de cámara para que me dijera todo lo que sabía y poder tomar ventaja. John Preston tiene lo que necesito y lo obtendré de primera mano y será por intermedio del matrimonio para asegurar que me favorezca.

—Esperemos que sea tan fácil como crees, aunque deberías olvidarte de que será sencillo. Tiene hermanos y lord John Preston no es un idiota. Tendremos que cambiar de plan si quieres ir a por la hermana, porque a mí me han visto y no creerán que ande rondando con buenas intenciones. El próximo año será tuyo, amigo. Esperemos que la muerte no esté cerca aún.

Capítulo 28

Para Primrose el día anterior fue extraño, pues el duque apareció de la nada y después de que se fuera no dejó de pensar ni un minuto en su presencia. Podía pensar que lo hizo por celos y egoísmo porque quería conquistarla, pero conociendo a Alexander solo un poco, podría darse cuenta de que era una falacia, él no haría eso, no era capaz de humillarse un poco para hacerla sentir importante.

En ese momento no sabía nada de aquel, solo quiso amargar su encuentro con lord Stell. Entendía si ese hombre no quisiera regresar a verla si pensaba que siempre tendría a un sabueso detrás de ella, uno peor que sus hermanos, pues ellos la habían dejado a su suerte para que cualquier sinvergüenza la abordara mientras ellos dormían después de una noche intensa arrojando mesas y sillas en una pelea por meretrices.

Ella y Meryl salieron a pasear, pero la doncella no le dijo que se encontrarían con Marcus, por lo que suponía que nada de eso pasaría.

—Lo que dijo el duque fue la peor excusa. Marcus no sale sin que él sepa todos sus movimientos, es evidente que solo quería acercarse para causar incomodidad con su pretendiente.

—No es un pretendiente, Meryl. Lord Stell es; en pocas palabras, un hombre de la vida alegre. Ayer lo oíste, ese no es capaz de tener esposa sin al menos mantener tres amantes. Es cierto que gracia y carisma le sobran, no como al duque.

—Cualquier cosa podría volverse agria en las manos de ese caballero, pero lastimosamente, ese es el que le gusta a usted.

—No me gusta, no digas esas cosas.

—Sí, le gusta, pero como usted es igual que él, no lo asumirá por orgullo. Ambos son demasiado vanidosos para admitirlo.

—El afecto es recíproco, Meryl. Si él no es capaz de darlo, yo no estoy obligada a hacerlo, es recíproco.

—Él no sabe expresar sus sentimientos.

—Es viejo para esas excusas. Tú tampoco deberías excusarlo, te recuerdo que estuvo dispuesto a destruirte. Solo Dios sabe qué te hubiera hecho si no se equivocaba de mujer.

—Tampoco quiero imaginarlo. Prefiero pensar que fue una víctima de las circunstancias.

—Y yo fui su víctima al entrar en su vida, un daño colateral. Ahora pienso en todas las cosas que no estoy segura de poder volver a hacer. Antes creía que escoger esposo sería un reto maravilloso, de hecho, intenté las artimañas con el duque, pero fracasé estrepitosamente. Ahora no sé si seré capaz de ver a otro hombre con los mismos ojos que lo miran a él. Esto es lo difícil de tener sentimientos por alguien. Si mi corazón no estuviese ocupado por este energúmeno, ya me hubiese fijado en lord Stell, pues con sus cualidades me hubiese conquistado sin contratiempos.

—A esto me refiero con que le gusta, y eso no es todo, usted lo ama.

—Tal vez, pero él no me merece.

Cuando regresaron a la casa de su tío, vieron al duque y a Marcus bajando del carruaje. Primrose y Meryl se apresuraron para saber qué había pasado para que ellos estuvieran ahí.

—Ahí viene milady, excelencia —informó Marcus mirando hacia donde se encontraban las mujeres caminando.

—Espero que no moleste… —espetó viéndola acercarse cada vez más.

—Buen día, excelencia, ¿se le hizo costumbre comer en casa ajena o ha tenido un viaje de culpa que lo trajo hasta aquí? —curioseó Primrose, afilada y acompañada por una reverencia suya y de su doncella que miraba a Marcus esperando respuesta a preguntas que nadie había hecho aún.

—Buen día, milady… —Él cogió la mano de la joven y la besó sin dejar de mirarla a los ojos—. Para su tristeza, no me trajo ningún viaje de culpa, solo he venido a conversar con su tío sobre los límites de nuestras tierras. Pienso cercarla para que no vuelva pasar hacia ahí.

—No podría imaginar algo distinto a eso… —dijo sin querer mostrar su decepción—. Con permiso…

Primrose cogió a Meryl del brazo y la arrastró hasta el interior de la casa, mientras la pobre doncella dejaba los ojos abandonados en la entrada por tanto mirar a Marcus.

—¿Por qué le dijo eso? —interpeló Marcus, confundido.

—Ella empezó y porque no quiero que me ponga sentimental. No es fácil hacer esto. Puedes quedarte aquí y perseguir la falda de tu prometida.

Prince invitó al duque para que entrara.

—¿En qué puedo ayudarlo, excelencia?

—¿Se encuentra el conde de Riverside? Tengo un asunto que discutir con él.

—Está en su despacho, lo anunciaré. Por favor, siéntese.

Alexander esperó unos minutos, y si bien pensó en lo que dijo en la entrada, no se arrepentía, ya que Primrose fue la primera en lanzar la piedra y él se la devolvió. Le parecía justo para que ninguno perdiera su encanto.

El sirviente del conde regresó y le indicó que le siguiera.

Lord Riverside estaba confundido por la visita del duque. No quería ilusionarse con que pediría la mano de Primrose, aunque su presencia el día anterior le hacía pensar diferente.

—Buen día, excelencia. Es un placer verlo. —El conde extendió la mano para saludarlo.

—Buen día, milord… Es probable que me vea muy seguido por aquí. —Alexander estrechó la mano del conde con firmeza.

—Siéntese y cuénteme qué lo trae por aquí.

—Sé que usted no es el tutor de milady; sin embargo, sería de mal gusto que proceda a una propuesta matrimonial sin conversar con el dueño de la casa en la que reside temporalmente…

El conde no podía articular una sola palabra. Tapó su boca con una mano a causa de la emoción por lo que escuchaba.

—Oh, excelencia… Esto no lo esperaba —logró decir después de unos segundos de silencio.

—Yo tampoco, pero debí tomar la situación de ayer como lo que era: un verdadero riesgo para la soltería de milady. Sé que no soy

tan agradable como el bufón de ayer, pero sabe lo que soy capaz de dar y que, para mí, la fidelidad y el compromiso lo son todo.

—Mi esposa se morirá al saberlo. Por favor, proceda con su propuesta. Estoy seguro de que John y Martha lo aprobarán…

—No sé si me aprobarán en realidad. Tengo que algo que confesar, lord Riverside. ¿Recuerda el día que se perdió su sobrina?

—Sí, por supuesto. Fue el susto más grande de nuestras vidas. Pensamos que algún sinvergüenza que deseaba aprovecharse de su dote se la había llevado.

—Bien, pues yo no quería su dote…

—¿Cómo dice?

—Secuestré a su sobrina por error. Pensé que era la doncella. Espero que no me juzgue por confundirla, porque no era la mejor vestida de la región en ese entonces. La llevé a mi casa y la retuve en contra de su voluntad… Iba a devolverla en la madrugada después de aclarar las cosas, aunque sin que nadie me viera, pero como usted apareció en mi puerta, tuve que fingir que la encontré.

El tío de Primrose lo miró con desaprobación.

—Esto cambia muchas cosas, excelencia.

—Sí, pero terminaré casado con ella de cualquier manera. Si esto sale de aquí, nadie la querrá porque pensarán cosas inapropiadas. Desde ese día, no he dejado de pensar en ella, es vivaz y de lengua afilada. Es a quien necesito como compañera. Puedo tener a cualquier dama si lo deseo, pero ninguna como ella que también me desea…

Por más que estaba enfadado, lord Riverside escuchó con atención e intentó comprender al duque por más que no tuviese forma de salvarse del matrimonio.

Los dos conversaron un poco más y el duque tuvo tiempo de explayarse sobre lo que había ocurrido en su vida años atrás y que lo había marcado hasta que llegó Primrose y le hizo dudar de todo lo que conocía como cierto o correcto.

Mientras ellos conversaban, Primrose estaba en el salón de costura en compañía de su tía. Dejó que Meryl fuera a ver a su prometido porque tenía el corazón sensible con la gente que tenía mirada de perro.

—¿De verdad crees que vino por unas cercas? —interrogó su tía.

—También pudo venir a persuadir a mi tío de que reniegue de usted porque la soltería es mejor que estar con una mujer.

—Creo que estás siendo cruel.

—Soy realista, pero está bien que no me crea —dijo bordando con tranquilidad—. No puedo desengañar a quien quiere ser engañado.

—Solo digo que su visita fue afortunada cuando estabas cuando estabas con otro caballero. Se enteró y vino a coser tu falda a tu piel.

—Eso sería pensar que se preocupa por mí y usted sabe que no tiene obligación para hacerlo.

—No, pero es evidente que algo se trae entre manos…

La puerta del salón se abrió y entró el conde de Riverside. Detrás de él estaba el duque. Ambas damas se levantaron e hicieron reverencias.

—Querida, ¿me acompañas? Primrose, dejaré la puerta abierta… Prince estará aquí…

La condesa le tocó el brazo a Primrose y se apresuró para alcanzar a su esposo.

El duque dio unos pasos hacia ella, aunque no dijo nada.

—Siéntese. Este es el salón de costura. Aquí le hice el pañuelo —contó ofreciéndole un asiento.

—No vine a calentar los sillones, milady. —Tragó saliva. Ese era el momento que estuvo dilatando.

—Entonces hable… —pronunció ocultando su nerviosismo.

—Después de ayer, entendí que no puedo con esto que me aprieta el pecho. Me consume pensarla día y noche, sufro con la idea de que otros se acerquen a usted. Mis sentimientos me están matando, me asfixian… Hasta aquí me resistí. Quiero arriesgarlo todo por una oportunidad con usted. Viví años sin esperanza, sin esperar nada bueno y; sin embargo, llegó a mí la persona que lo cambiaría todo… —Él se rebuscó en su frac y le enseñó un anillo de zafiros y diamantes—. He sido grosero, pero espero que me excuse y olvide mi trato si sus sentimientos son iguales a los míos…

No debía desmayarse, pero la emoción estaba recorriendo cada poro de su piel. Esto era un sueño y no quería despertar.

—Después de sus groserías, petulancia, rechazos y malos tratos, ¿cómo puede suponer que quiero algo con usted? —Ella observó la palidez en el rostro del duque al decir esas palabras. Le colocó la

mano en la mejilla—. Pues si lo supone, está en lo correcto. No puedo pensar en otro si usted habita en mi mente. Me resigné a que nunca sería mío y creo que esto es un verdadero sueño y no deseo que desaparezca. Dígame que es real…

Después del susto al oír sus primeras palabras, pudo sonreír. No era una sonrisa común, era la más genuina de todas. Una que demostraba su verdadera felicidad.

—Es tan real que duele y hace feliz a la vez. Pensaba que solo la tristeza dolía, pero la felicidad se siente tan deliciosamente dolorosa. —Alexander cogió la mano de la joven y deslizó el anillo en su dedo —. Puede cambiarlo cuando guste por otros mejores que tengo en el joyero de Londres.

La joven observó su mano con emoción. Sin poder soportarlo más, ella se arrojó a sus brazos e hizo que él bajara la cabeza para besarla en los labios. Aquel beso era suave, lento y demoledor, cargado de espera y anhelos de un futuro juntos.

El carraspeo de Prince hizo que ambos se separaran de los labios, pero Primrose se abrazó a él con fuerza.

—Este es mi lugar… ¡Tío, tía! —Los llamó para contarles lo que ocurría, mientras que Alexander se veía conforme y orgulloso de haber tomado esa decisión.

Final

Días después…

Tanto el duque como Primrose partieron rumbo a Londres. Él le escribió a su madre para contarle la buena nueva de su compromiso. Esperaba que ella no terminara muerta de la emoción. Como caballero responsable debía presentarse ante su familia para oficializar el futuro matrimonio y llevarlo a cabo.

Alexander le contó a Primrose que dejó ir a David para que estuviese con sus padres, ambos se quedaron en silencio como si extrañaran a ese niño de alguna manera. Quedaron en que irían a la casa de la familia del barón para pedir disculpas por la desaparición de su hijo. Era lo correcto.

Cuando llegaron a la ciudad, la familia del letrado ofreció una gran cena en su casa para que pudiese comunicarlo. Los hermanos de Primrose no estarían, pues no habían podido ser localizados en esos días, por lo que se encontrarían con la sorpresa de una hermana comprometida y unos tíos desaparecidos de su residencia.

Durante la cena, todos se enteraron de las circunstancias de cómo se conocieron.

—Es un maldito desgraciado. En nuestro caso yo sí fui un héroe, Daisy… —masculló Charles con sarcasmo al saberlo.

—Al menos le dio el anillo sin la mano de quien lo usó antes. Eso es algo que atesorar —replicó su esposa.

En medio de la buena noticia, llegaron su madre y Louis.

—¿Dónde está? —preguntó la duquesa viuda buscando a Primrose—. Quiero ver a quien obró el milagro…

—Por Dios, madre… —murmuró avergonzado al besar la mejilla de su progenitora.

—Soy yo, excelencia… —Primrose, sonrió.

La dama la abrazó con fuerza hasta casi dejarla sin aliento.

—No podré agradecerle lo suficiente por salvar a mi hijo. No sabe cuánto oré para que esto ocurriera. Sabía que escogí bien el nido, aunque no el pájaro —alegó refiriéndose a su hermana Daisy, que terminó comprometida en esa propiedad.

—Al parecer, su excelencia no rezó suficiente para que el duque acabara comprometido con Prim —se burló Iris.

Rompieron el momento emotivo con risas cargadas de burla. Todos se sentían tranquilos festejando aquel evento que fue anunciado, apenas Alexander conversó con John Preston.

Durante la cena brindaron por el próximo matrimonio entre ambos. Charles y Matthew le advertían a Alexander sobre las hermanas de su esposa. Las últimas dos eran pequeñas serpientes enroscadas esperando atacar a sus víctimas, mientras que las mayores eran dolores de cabeza soportables por los beneficios del matrimonio.

Al pasar un par de días del evento, Alexander buscó a Primrose en su casa y asumieron que ese era el día de pedir disculpas.

—Podemos hacerlo, Alexander. Ellos no tienen poder sobre ti —declaró Primrose que lo acompañaba. Ambos estaban de pie en la puerta de la residencia y Meryl también estaba con ellos.

Un mayordomo de aspecto cansado abrió la puerta.

—¿En qué puedo ayudarlos? —curioseó al verlos.

—¿Se encuentra el barón? —Alexander le entregó su tarjeta.

El sirviente observó la tarjeta y después miró al hombre con dudas.

—¿Qué desea?

—Hablar con él sobre su heredero.

—¿Sobre lord Robert?

—Le puse como nombre David.

—Él es Robert David, excelencia.

—Menos mal le dieron un hombre decente. Es lo mínimo que podían hacer...

Primrose le dio un codazo en el brazo. Esa no era la actitud para conversar sobre un niño.

—Pase, por favor...

Los dos pasaron la puerta y notaron que la residencia era modesta, pero tranquila. En el salón estaban dos niñas de entre seis y cuatro años.

Cuando Alexander estaba caminando, pisó un juguete de madera. Se agachó y lo cogió. Era el caballo de David.

—¡*Cabadito*! —exclamó al ver que el duque tenía su caballo.

Frances levantó la vista de su costura y vio ahí a Alexander. Se puso de pie de inmediato e hizo una venia.

—Su excelencia, ¿qué hace aquí? —interpeló. Después miró a su lado y vio a una mujer joven y hermosa.

—Milady, vine a conversar con su esposo sobre David... Le presento a mi prometida, lady Primrose Lowther.

—Es un gusto conocerla, milady... —pronunció Primrose con educación. La mujer que estaba frente a ella era preciosa y ni siquiera parecía que esos hijos fueran suyos.

—El gusto es mío.

—Frances, ¿has visto mi caja de cigarros...? —indagó el barón que entró al salón—. ¿Qué hace él aquí?

—Bonitos dientes, milord —saludó el duque.

—Lárguese de aquí...

—No he venido a pelear. Solo quiero hablar de David.

—¿Qué quiere con mi hijo? ¿Pretende seguir haciéndonos daño? Ya se lo llevó una vez y casi nos mata del susto.

La baronesa sollozó al recordar aquello. La desesperación por no saber de su hijo casi los consumió.

—Iba a confesar que yo lo llevé conmigo, pero es evidente que lo sospechaban. Me disculpo con ustedes por eso y pienso resarcir mi error de todos estos años. La humillación que les propiné debió ser suficiente, pero no pude detenerme y llegué al extremo. Por David, porque es un niño maravilloso que, para sorpresa de muchos, es hijo de ustedes, les devolveré lo que he perjudicado. Sé que la

cosecha no vuelve; no obstante, pagaré por cada una que eché a perder en estos años. No quiero que él tenga las arcas vacías.

—¿*Cabadito*? —David alzó sus bracitos para que Alexander lo cogiera.

Él no se negó y lo tomó en brazos.

—¿Cómo ha estado el caballito? ¿Te comportas mejor?

El niño tarareó como pudo la canción de cuna que tanto Alexander como Primrose habían cantado para él.

Primrose cantó un poco de la canción con su voz melodiosa y le tocó la mano. El pequeño la reconocía y le sonreía.

Tanto el barón como su esposa estaban atónitos por la cercanía de ellos con su hijo. Esto era demasiado extraño, pero traía cosas buenas después de tantos años malos.

—Quiero ser su padrino. No hay mejor protección y carta de presentación que un duque, así que puedo hacer mucho por él y por sus hijas en el futuro. No tienen la culpa de nada.

El barón miró a Frances y ella asintió.

—Aceptamos el trato. Si David y las niñas tendrán ventaja, es algo que merece la pena —declaró el barón.

La vida de Alexander cambió gracias al despertar que tuvo después de tantas malas decisiones. Este era el nuevo comienzo para él.

—Los odiaba tanto, que hoy ya no siento nada... —comentó el duque al salir de la casa.

—Es porque llegué a ti justo a tiempo.

—Cómo no amarte, Primrose...

—El amor se esconde de muchas maneras antes de demostrarse. A veces se ve como un rapto, otras como una canción que cambia el corazón y en otras como la intención más preciada de ayudar a reconstruir una vida rota. Te amo, Alexander, este es nuestro mejor momento. Todo comienza aquí...

Continúa con la serie Hijas de la desgracia

Te robé el corazón

Lady Iris Preston iniciará su temporada social con la intención de hacer sentir orgullosos a sus familiares, sus estándares son elevados para conseguir al mejor candidato que pudiera aparecer; no obstante, hay alguien que intentará cambiar la situación a su favor.

Cedric Harding solo tiene un objetivo en mente, dejar atrás la miseria que lo obligaba a delinquir y, para eso, necesitará obtener el título de su tío que tiene una importante condición: casarse con una dama de cuna, a la cuál eligió con doble propósito, pero su falta de título y dinero son problemas que deberá sortear de cualquier forma.

¿Podrá convencer a Iris de casarse por la razón que fuese para conseguir lo que quiere?

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

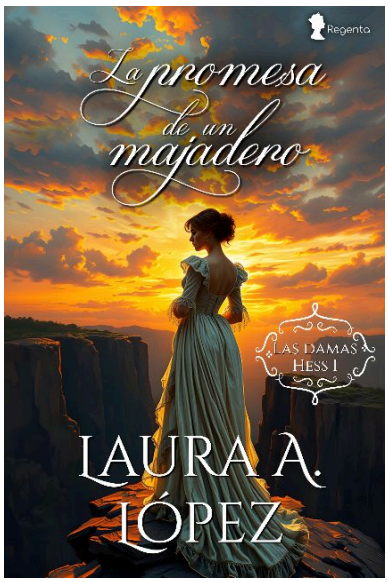


Susan Culligan, *una universitaria curiosa, amante de su país, ve con buenos ojos el matrimonio de uno de los príncipes de Westland, tanto, que decide asistir a la boda de cualquier manera, colándose entre los invitados.*

Una vez dentro de la ceremonia religiosa, corrió con la mala fortuna de parecerle agraciada a ***Arlan Wilburg-Berger, duque de Coast****, comenzando su gran sueño de cenicienta aquel día.*

No te pierdas esta novela que te divertirá.

Si te gustó No me convencerás, podría gustarte…



Lady Mildred Hess, pensaba que el amor de su vida pronto regresaría para casarse con ella; sin embargo, con un desahucio para abandonar la propiedad familiar después de la muerte de su padre, su vida ya no se tratará de esperar, sino de actuar por el bien de sus hermanas.

Daniel Cooper, conde de Cholmondeley, nuevo dueño de Autum Hall, quería tomar posesión de aquel lugar para dedicarlo a ser una residencia solariega para sus diversiones de libertino; no obstante, la aparición de una de sus residentes lo lleva a hacer una promesa a cambio del sacrificio de la joven.

¿Mildred esperará por una ilusión o terminará cediendo ante sus deseos prohibidos por Daniel?

«—¡Milord, no puedo creerlo! —exclamó con una sonrisa que iluminaba su rostro por completo.

Daniel dejó que Mildred siguiera festejando su logro. Era tan hermosa cuando sonreía de forma genuina, aunque ella tendría que saber que su generosidad traía consigo condiciones.

—Debes creerlo. Con eso tu familia recuperará su brío y hasta tendrán un protector como yo… —Él se idolatraba para que ella se sintiera aún más en deuda con ella.

—Es más de lo que esperaba. No sé la razón por la que decían que era alguien tan malvado, cuando es obvio que no lo es del todo.

—Las personas tienen razón en algunas cosas, Mildred, y lo sabrás ahora. Lo que te otorgo será bajo mis condiciones. Si quieres ver bien a tu familia, te prometo que jamás les faltará nada y será gracias a ti…

—¿Condiciones? ¿Qué condiciones? —Esas preguntas que hizo le daban temor. La generosidad no parecía ser el fuerte del lord Cholmondeley.»

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real,* y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor.* **Todos los derechos han sido recuperados en el año 2025.**

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés,*

Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada, El último soltero, La promesa de un majadero, El amor de un granuja, Las dotes de un calavera, Las argucias de un sinvergüenza, Los juegos de un disoluto, Cuando el amor llega tarde, No me convencerás, Un lord insufrible y Y llegué a ti.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford*.